



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

MEMORIAS DE LA SAL

Crónicas de San Miguel Totolcingo

Tesina

Que para obtener el título de
Licenciado en Ciencias de la comunicación

Presenta:

Alejandro Mora Morales

Asesor: Dr. Rodrigo Martínez Martínez

Ciudad Universitaria, CD. MX., 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Ojalá hubieras podido ver esto, *Martha*.
Estoy seguro de que contigo aprendí a sentir nostalgia.

Entonces... miró atrás, y se volvió estatua de sal.

Génesis 19:26

*A veces veo el resplandor del monte
sobre las grandes máquinas de la
tristeza.*

Antonio Gamoneda

Agradecimientos

A mi mamá por todo su amor incondicional. A la familia Mora Morales.

A Tania, Diana y Jairo, mis hermanos.

A Ximena Kohn, mi gran amiga y compañera de vida.

A Oscar Linares, por estar en esto de principio a fin, por estar siempre.

A Arturo Galindo, Daniel García Fernández, Gustavo de la Vega Shiota y José Luis Ibáñez. Maestros que definitivamente marcaron mi vida.

A la señora Carmen Arredondo Monje, compañera de aventuras.

A Majo, Mariela, Lore, Mario, don Alvarote y todos los que conforman San Miguel Totolcingo Identidad y Cultura. Ahí empezó esto.

A Rodrigo Martínez Martínez, por aceptar ser guía de este proyecto aun cuando no tenía pies ni cabeza.

A los sinodales de este trabajo: David Napoleón Glockner Corte, Nora Santacruz Chavando, Marco Antonio Cervantes González y Alfonso Morales Escobar.

A Guadalupe Suárez Castro, por su paciencia en la asesoría y revisión de los datos históricos y por su confianza al proporcionarme el manuscrito de su trabajo.

A Ana Mago Martínez y el grupo Paleografía Family Search. Sin sus clases no me hubiera sido posible transcribir y comprender todos los documentos antiguos utilizados aquí.

Al personal del Archivo General de la Nación y de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia por toda su amabilidad y vocación de servicio.

A todas las personas del pueblo de San Miguel Totolcingo que generosamente me compartieron sus historias.

Consideración

En algunos apartados se ha respetado la forma como aparece escrito el nombre de Totolcingo en los expedientes antiguos. Respetando las deformaciones que ha tenido a través del tiempo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	8
I	8
II	10
III.....	13
CAPÍTULO I. TRAZOS PARA BOCETAR EL ORIGEN.....	14
1.1 Totolcingo nació sobre la sal.....	15
1.2 Entre tambores y caracoles.....	18
1.3 Por no tener absolutamente tierras ningunas con qué poderse mantener	22
1.4 Los copalachtleros de Totolcingo.....	25
1.5 Tadeo Ramírez, Santiago de la Cruz y Blas de Olvera: bondades crueles	31
1.6 De Acolman al colegio de San Gregorio: la venta de Totolzingo	34
1.7 Una iglesia muy vieja e indecente	40
1.8 Los dueños de la noche: relatos de bandidos sobre el camino real	44
1.9 Cuando la mula relincha la Revolución está perdida	48
CAPÍTULO II. EL PROGRESO SIEMPRE ES VIOLENTO.....	51
2.1 Sobre parcelas desiertas cae el silencio	52
2.2 Se pudrieron las yuntas bajo el sol sin que nadie las mirara	57
2.3 Tlahuilco era un gigante enfurecido que iluminaba las noches.....	61
2.4 El progreso es un animal sin memoria	67
2.5 En los pirules se fermenta el olvido	69
CAPÍTULO III. BUSCANDO EL RASTRO DE LA MEMORIA.....	74
3. 1 El día que llovieron pescados y otras historias de agua en un pueblo seco.....	75
3.2 Alicia en su país de las maravillas.....	78
3.3 El Club Juarista	82
3.4 Artistas a medio terminar	86
3.5 Mariano Redonda: infancia y tierra.....	88
3.6 Totolandia.....	91
3.7 Yo no soy de aquí.....	93

3.8 Aquel cuarto de bóveda donde se esconden los recuerdos de Teresa Elizalde	96
3.9 El día que vendieron el pueblo	101
LA SAL	109
REFLEXIÓN FINAL.....	110
FUENTES.....	113

INTRODUCCIÓN

I

Este no es un trabajo de historia. Es un proyecto de periodismo narrativo que pretende recrear la historia del pueblo de San Miguel Totolcingo, historia que ha esperado paciente la justicia de los años. Es un relato coral pronunciado entre vientos antiguos y nuevos. Hemos partido del fracaso, de la certeza de no poseer toda la información. Nos ha quedado la posibilidad única de contar la historia a saltos, así como la memoria repentina que nos lleva de un suceso a otro y luego nos regresa para mirar detalles que no vimos del primer suceso. Hay muchas preguntas y pocas respuestas. No se puede revivir a los muertos; solamente quedan murmullos, recuerdos fugaces, algunas imágenes a las que nos hemos aferrado para intentar extraer la esencia de ese tiempo.

Totolcingo pertenece, desde 1900, según escribe Manuel Gamio en *La población del Valle de Teotihuacán*, al municipio de Acolman. Aunque el Códice Mendocino y la Matricula de Tributos dan cuenta de la existencia del pueblo desde antes de la llegada de los europeos. Durante el periodo virreinal las Relaciones geográficas refieren a Totolcingo como un barrio que formaba parte del pueblo cabecera de Tequisistlán, que se encontraba bajo la jurisdicción de San Juan Teotihuacán.

El pasado de Totolcingo estuvo repleto de carencias y vulnerabilidad. El siglo XVIII fue el siglo de la lucha por la tierra. El 4 de septiembre de 1715 los indios emprendieron un juicio ante la Real Audiencia, “por no tener absolutamente tierras con que poderse mantener, ni otro género de comercio que les pueda aliviar las cargas que sobre sí tienen”, como lo argumentó el procurador de indios de la Nueva España, José María Estrada, en uno de los actos declaratorios en favor de la dotación de tierras para los indios de San Miguel Totolcingo conservado en el ramo de Tierras del Archivo General de la Nación (AGN).

Los años más recientes, en cambio, han sido radicalmente diferentes. En 1921 los habitantes comenzaron los trámites para la dotación ejidal de tierras y lograron, unos años más adelante, la entrega de por lo menos 600 hectáreas de temporal por parte del gobierno federal. Según el padrón de habitantes de la jurisdicción de San Juan Teotihuacán del año 1791, conservado en el AGN, Totolcingo era un pequeño pueblecito con apenas 33 familias de indios del cual no había nada que mereciera referirse. Para 1930, el pueblo ya tenía 315 habitantes según el INEGI¹. Sin mencionar

¹ Censo de Población, INEGI, 15 de mayo de 1930, México

que desde la década de 1960 comenzó a crecer de tal forma que en la actualidad está por alcanzar los 4 mil.

Los techos de ramas y lodo dieron paso al concreto. Las milpas y las tierras de labor se quedaron, “allá arriba”, cercanas al cerro de Chiconautla. Totolcingo empezó a construir su día a día lejos de las carretas y el trote de las mulas. Aun así, dos preguntas son suficientes: “¿cómo era el pueblo cuando usted era niño?, ¿qué historias le contaban sus abuelos?”. Se abrirá una caja de Pandora que tiene mucho más que imágenes de templos salpicados por sangre de antiguos hombres hechos de barro, o carretas asaltadas por bandidos sobre el camino que iba de Veracruz a la capital, el camino real. Como película en blanco y negro aparecerán escenas de la cacería de patos en la laguna, historias de personajes de bondades crueles o, incluso, relatos como “El día que vendieron el pueblo” o el de una legendaria lluvia de pescados.

Todo ese recorrido ha sido acomodado en tres ejes temáticos distintos: origen, desarrollo y memoria. Sobre el origen del pueblo, aunque en algunos libros básicos antiguos se hace referencia, por lo menos en alguna página, la mayor cantidad de información fue encontrada en el AGN y el Archivo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Todo ello sin contar los documentos particulares proporcionados por habitantes del pueblo; manuscritos en los cuales Totolcingo siempre aparece escrito de diferentes maneras: Totolzingo, Totoltzinco, Totolsingo, Totalcingo y hasta Tutulcingo, como si se estuviera ensayando su mejor forma. También fue necesaria la búsqueda de testimonios que complementaron la información y ayudaron a trazar imágenes sobre el origen.

Acerca de su desarrollo, Totolcingo ha tenido un gran crecimiento en los últimos años, se ha hecho de más y más colonias. Su ubicación le ha dado cercanía con fábricas o empresas de gran magnitud como la Termoeléctrica del Valle de México y otras tantas que ya no existen, como la Sosa Texcoco, que por lo menos a partir de la década de 1960 fueron factores importantes para el mejoramiento económico de esas familias en contraste con la vulnerabilidad que tuvieron en el pasado. Por ello, fue aplicada la observación directa, que permitió poner en escena los asegunes de ese proceso e intensificar los contrastes entre pasado y presente deteniéndonos en los tonos grises. Ahí se esconden las heridas de la metamorfosis de ese pueblo, de la vertiginosa muerte de un universo rural que sin darse cuenta fue olvidando sus raíces.

Con respecto a la memoria del pueblo, la entrevista fue la herramienta fundamental para la búsqueda de esas realidades. En *Demián*, Herman Hesse plantea la idea de que cada persona es un punto particular donde se cruzan todos los fenómenos del mundo de manera única. Habría que decir que también a cada persona la atraviesa la condición histórica del lugar donde ha crecido, nunca de manera igual. Bajo esa premisa, encontramos el vuelo de patos que en sus alas se llevaron los atardeceres de una época hacia un rincón perdido o los rumores de improvisadas funciones de cine en el pueblo, en las que la gente acudía a la aparición del mundo entero desde una diminuta parte del mundo.

Así como el poeta rebautiza el mundo con cada palabra cuando escribe, los artilugios de los que se vale la crónica nos han dejado replantear la historia desde posibilidades infinitas; incluso nos permitieron recrear el pasado con la voz de sus propios protagonistas. Las crónicas aquí presentadas son una muestra de situaciones sociales, de la manera en cómo se vivieron otras épocas, de miseria escondida detrás de la máscara del progreso, de destinos similares a los demás pueblos.

II

Federico Campbell menciona en *Periodismo escrito* que la crónica “es una relación de hechos, detalles, ambientes, organizados en orden cronológico.”² Esta definición es prudente puesto que selecciona tres elementos importantes del género: los hechos, que son inseparables de la crónica ya que al tratarse de periodismo se trabaja con sucesos reales; los detalles, en los cuales se esconde gran parte de la complejidad, pues idealmente la crónica debe detenerse en descripciones y reconstrucción de diálogos o de personajes; y el ambiente, uno de los elementos que más conecta a la crónica con la narrativa.

Sin embargo, esa definición se queda corta si lo que queremos es aprovechar el género en su totalidad; sobre todo después de los grandes cambios que ha tenido en los últimos años no solamente alrededor de su definición, sino también en sus temáticas.

La crónica es un género periodístico híbrido tal como la define Juan Villoro. Para ello se vale de la imagen del ornitorrinco ya que aprovecha los artificios de los demás géneros de la escritura: novela, cuento, poesía, reportaje, entrevista, drama, entre otros, para ser ella misma y a la vez no ser ninguno de los anteriores.

² Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, p. 65

Más allá de que la reconstrucción del orden temporal exacto no es obligatoria, como lo pensaba Campbell, la crónica recrea sucesos en el tiempo tal y como el periodista lo quiera tomar de acuerdo con el tema. En su redacción, los hechos pueden ser escritos en orden cronológico (lineal) o su montaje puede ser completamente no lineal. Esta capacidad del periodista, de amasar el tiempo a su manera, se enlaza con otra idea que más adelante explicaremos: el estilo.

La crónica es el resultado de un proceso que tomó forma en la segunda mitad del siglo pasado, llamado Nuevo Periodismo norteamericano, aunque sus antecedentes son tan antiguos que incluyen obras de escritores como Daniel Defoe, Ernest Hemingway y Truman Capote, y cuyo objetivo es mezclar la información y la técnica de la literatura. Es el género periodístico más cercano a la literatura; pero el periodista no puede ni debe inventar. No conoce, como el escritor, los secretos más íntimos de los personajes. El cronista no trabaja con personajes, vinculados principalmente con la ficción, su principal fuente son personas, que se encuentran en el terreno de lo tangible. “Un periodista tiene todo el derecho a utilizar todos los recursos narrativos disponibles, salvo aquellos que impliquen la invención”³, tal como lo señala Leila Guerriero.

Al absorber recursos de la narrativa, la crónica no pretende “liberarse de los hechos sino hacerlos verosímiles a través de un simulacro, recuperarlos como si volvieran a suceder con detallada intensidad”.⁴ Afirma Juan Villoro en su ensayo *Ornitórrincos*. Para Martín Caparrós esa idea radica en poner en escena la realidad. Este autor hace una diferencia entre la prosa informativa y la prosa crónica: “una sintetiza lo que –se supone– sucedió; la otra lo pone en escena. Lo sitúa, lo ambienta, lo piensa, lo narra con detalles”.⁵ Al situar y poner en escena, el periodista propone una interpretación particular de los hechos, una manera muy específica de entender la realidad.

Puesta en escena es un concepto propio de las artes escénicas. Sergei Eisenstein lo explicó como “la manera en que la acción dramática viene realizada por los actores en el tiempo y en el espacio”.⁶ También aclaró que en el cine este concepto es la acción fragmentada en encuadres y estos en una sucesiva combinación dentro de un único flujo de montaje. De tal suerte que la obra es un diseño único; por tanto, una interpretación particular.

³ Entrevista con Leila Guerriero, *En primera persona*, <https://www.podiumpodcast.com/en-primera-persona/temporada-1/la-cronica-con-leila-guerriero-e01/>. Consultado el 01 de septiembre de 2021.

⁴ *Ib.*, p. 15

⁵ Caparrós, Martín, *Por la crónica*, p. 12

⁶ Eisenstein, Sergei, *El reparto de la acción*, p.146.

En “El estilo es un simulacro. La crónica o el discurso periodístico como puesta en escena”, Rodrigo Martínez nos ofrece una reflexión sobre este género en la que sintetiza las dos ideas base que hasta ahora hemos propuesto: el simulacro y la puesta en escena. El primero es la función y el segundo la técnica. Simular tiene el propósito de causar un “efecto que resulta del tipo de ordenamiento formal que posee el discurso”.⁷ Poner en escena “es una disposición de elementos narrativos o descriptivos que da lugar a una estructura y que condiciona el sentido”.⁸

Para Martínez, el estilo es el elemento que integra esos dos pilares de la crónica; lo define como “una forma única de expresión”.⁹ Con esa definición pone de manifiesto uno de los elementos inherentes a ese género: la individualidad del autor. En las reflexiones de Ricardo Garibay esta idea es aún más radical pues, para él, estilo y escritor son una misma naturaleza. “Se escribe desde el temperamento y el carácter, por eso el estilo es el hombre, por eso el hombre escritor no es más que su estilo”¹⁰, menciona en “Estilo y literatura”.

Recrear y poner en escena, a través de un ejercicio de estilo, ha sido la vertiente para el tratamiento de los relatos de San Miguel Totolcingo. Conectar elementos que aparentemente no tienen ninguna relación para crear unidades de sentido que trasciendan a un significado mayor que el de los hechos aislados. Esta propuesta nos salva del riesgo de caer en un trabajo de historia. A la vez nos conecta con el periodismo que no se hace aprisa; que le da al periodista o, mejor dicho, a la mirada del periodista, el tiempo que merece.

Mirar es centrar para el cronista, utilizar *la mirada de un cazador cavernario*, en palabras de Caparrós. Mirada y escritura se conectan en esa labor que, materializada, es principalmente forma. Ahí donde la escritura pesa más, donde la potencia de las palabras permite recrear universos a partir de lo intrascendente para convertirlo en excepcional.

⁷ Martínez, Rodrigo, *El estilo es un simulacro. La crónica o el discurso periodístico como puesta en escena*, p. 39

⁸ *Ib.* 39

⁹ *Ib.* 42

¹⁰ Garibay, Ricardo, *Estilo y literatura*, en *Cómo se pasa la vida*, p. 180.

III

Hubiéramos querido construir una escenografía costumbrista, pero no encontramos carruajes suficientes, ni enormes patios centrales con fuentes y arcos. Fue necesario aceptar el pasado, con toda su crudeza, aunque esto significara comunicar una dimensión que a veces se torna trágica. Totolcingo, pueblo sembrado sobre la sal que dejó un lago hoy muerto. Origen relatado al ritmo del canto de un tecolote que se perdió en la oscuridad de todas las madrugadas del mundo.

Historia en la que se posa la mala suerte, pero también la ternura de la tierra, el porvenir violento, las imágenes de un mundo tosco donde las campanas suenan para anunciar fiesta y muerte. Años sobre años que de pronto caben en un sólo instante.

CAPÍTULO I. TRAZOS PARA BOCETAR EL ORIGEN

1.1 Totolcingo nació sobre la sal

Si fijas la mirada hacia allá, muy al frente, distinguirás el pueblo en miniatura, ¿ya lo viste?

Mira bien ahí donde atraviesa la carretera que desde este punto del cerro parece una pista de carritos a escala. Ahora voltea hacia ese edificio blanco de campanas relucientes, es la iglesia. Borra con tu imaginación la carretera y las casas que están a la entrada del pueblo. Coloca un enorme lago invadiendo el perímetro que borraste con tu mente, quita muchas de las casas que hay alrededor de la iglesia, deja unas cuantas, desperdigadas, conviértelas en jacales hechos de zacate, piedras y lodo.

El pueblo ahora parece más pequeño, ¿no? Imagina una carreta pasando por aquel lindero que se esconde entre esos matorrales. En aquella otra parte una recua de mulas con arrieros y mayordomos sudorosos. Imagina un tumulto de personas, mujeres de pies descalzos ataviadas con enormes rebozos, pon flores en sus manos, hazlas cantar. Que las campanas redoblen. Que los niños corran entre la multitud y se cuelen entre las enaguas de las mujeres, entre el hábito del cura y los hombres que llevan cargando un santo. Imagina otro sol, otros días, otras voces.

Vuelve a la realidad y sigue observando. Contempla ese caserío de tejados grises con sus tinacos, su bicicleta vieja, su montón de cosas que ya no sirven, pero “pueden servir”; mira esa azotea con su par de perros que se la pasan ladrando a cualquier vecino o a ese abonero que atraviesa con su ruidosa motocicleta.

Escucha bien, hay mucho ruido. En este pueblo a diario transitan camiones, autos, motocicletas. Los hay de todo tipo, desde los más pequeños hasta los más largos. A ciertas horas, sobre todo en los fines de semana, ese ruido se mezcla con el redoble de campanas de la iglesia que llaman a misa, a fiesta o anuncian un difunto. —¿Quién habrá muerto? —pregunta alguien.

Hoy este pueblo parece muy actual. Casas de ladrillo, techos de loza, calles pavimentadas, escuelas. Tiene su propio aire de vanguardia, porque no faltará entre los autos alguna Hummer o una Jeep último modelo. Y sin embargo en la memoria hay un lago iluminado por el sol, radiante de pájaros, repleto de patos que llegaban de Canadá para pasar el invierno.

¿Cómo rastrear la historia de este pueblo? Búscalo en Google. TO-TOL-CIN-GO, pero mejor ponlo en minúsculas porque es más fácil que aparezcan resultados. No hay nada, desilusión. Wikipedia

dice que es un pueblo que pertenece a Acolman en el estado de México; que podemos encontrar conejos, ratones de campo, ardillas, tlacuaches, zorrillos, tuzas, camaleones, lagartijas. Una lista enorme de animales que puedes tardar un año en buscar y seguramente no encontrarás por ninguno de sus rincones. Los demás resultados son sobre otro Totolcingo que tiene una laguna y está en Puebla; y algunas notas rojas sobre homicidios o desaparecidos. ¿Acaso ese pueblo no tiene historia?

Busca bien, debe haber algo. Escribe: TO-TOL-ZIN-GO. No aparece nada interesante más que el ejido de Totolzingo, una gran extensión de tierra que ahora se confunde con lo que era el pueblo original, pero en su momento fue el resultado del reparto agrario que dejó la Revolución Mexicana, pero esa es otra historia. Debe haber algo, abre pestaña por pestaña, arroja más de 15 mil resultados y ninguno es relevante. Anuncios, noticias, terrenos en venta. No puede ser, parece no haber nada sobre su historia.

En la búsqueda de “IMÁGENES” solamente aparece la laguna que está en todos lados menos en ese pueblo, la iglesia y fotos de la famosa carrera anual llamada Guajoloton; que se celebra desde hace unos diez años. Le pusieron así porque sus habitantes dicen que Totolcingo significa lugar de guajolotes, pero esa también es otra historia. En la sección de “VIDEOS” hay tomas aéreas de la famosa laguna cuya ubicación ahora parece confusa, porque en algunos sitios dicen que está en Tlaxcala y otros que está en Puebla. No hay nada relevante. ¿Qué pasa si seleccionas la opción “MÁS”? siempre es una esperanza ese botón. “VUELOS”, seguramente un vuelo a la laguna de dudosa ubicación. “SHOPPING”, la venta de los terrenos. “LIBROS”; suena prometedor, dale clic.

Aparecen 12 páginas de resultados de GOOOOOOOOOOOOGLE. Hay esperanza, al parecer no es tan poca la información que existe sobre su historia. Es curioso porque en el capítulo de la vida de cualquiera, al momento de cursar los primeros años de escuela es obligatorio investigar la historia del lugar donde vives. En el caso de los niños que viven en Totolcingo esa tarea es imposible de lograr porque la mayoría de la gente cree que el pueblo no tiene mucha historia, solo algunos de los ancianos saben que la hay y que es muy antigua pero tampoco tienen clara ninguna información.

La ventana de Google muestra de inmediato nombres de escritores que parecen muy confiables: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, fray Diego de Durán, Motolinía, Alexander von Humboldt. Totolcingo se ve tan pequeño desde la altura que no pareciera que haya información tan antigua y

mucho menos de autores que para empezar solamente hablaron de los grandes monstros históricos de esta región: Texcoco, Teotihuacan, Acolman, Tepexpan, Ecatepec.

Al abrir los libros que parecen más interesantes, la decepción es que Totolcingo sólo aparece en una o dos páginas, la mayoría de los resultados son repetidos, en algunos por accidente fue nombrado. Solo por estar cerca de esos pueblos que desde siempre les han interesado a los investigadores. Fray Diego de Durán, en *Historia de las Indias de Nueva España E Islas de Tierra Firme*, menciona que Totolcingo era un pueblecito que estaba a la entrada de Texcoco.

En *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan* Luis González Aparicio conjetura que, por lo menos hasta antes del siglo XVI, Totolcingo estuvo a la orilla del lago de Texcoco. Aquel inmenso lago azul que en otros tiempos se tiñó con la sangre de antiguos hombres nacidos bajo signos que significaban la guerra, la paz, la abundancia o la pobreza. Hoy no hay lago, sólo dejó su sal sobre la tierra. No hay cantos, ni danzas sagradas para invocar a dioses enfurecidos. Únicamente quedan los ecos de antiguas voces que sus pobladores más ancianos escuchan en sus recuerdos, en los que aparecen flechas y pequeñas figuritas de barro descubiertas tras el paso del arado.

Totolcingo. Marcado por el mismo destino de toda esta tierra. Habitado por seres que encontraron el sentido de la vida entre los sonidos de ensordecedores tambores y caracoles. Míralo bien e imagínalo en ese universo enorme que en otros tiempos parecía cosa de encantamiento. El cielo, las nubes, los volcanes, el azul y el verde intenso; la región más transparente del aire. No olvides que también fue sitiado, conquistado y después de un gran silencio convertido en este ruidero.

Sigue buscando, en libros, en revistas, en todas las páginas posibles, en archivos, mapas. Revisa todos los índices, no pierdas de vista ningún detalle, la más vaga referencia a este pueblo. Lo encontrarás escrito de muchas formas: Totoltzinco, Totalcingo, Tutulcingo, Totolzingo, Totolcingo. Todas, pronunciadas, suenan al mismo silencio.

1.2 Entre tambores y caracoles

Bailes y cantos adornaron las ceremonias acostumbradas para la elección de un gobernante. Desfile de mantas preciosas, plumas, armas, joyas. A la gran ciudad llegaron señores de todas las provincias, ofreciendo regalos al nuevo monarca, Moctezuma Ilhuicamina, señor de la que más tarde se convertiría en la gran Tenochtitlan. Año de 1440.

Por lo menos para fray Diego de Durán, Nezahualcóyotl, gobernante de Texcoco en esa época, temía el furor de Moctezuma. Por ello acudió a hablar con él en cuanto este último fue nombrado señor de Tenochtitlan, después de la muerte de Itzcóatl; para proponer una tregua de paz y ofrecer la amistad de los texcocanos. Su intención era conseguir una tregua que durara para siempre, con el fin de no tener más conflictos con los mexicas que para ese momento ya eran conocidos como los que “echan por tierra los tunales, desbaratan las casas, queman los templos, los que todo lo abrasan y deshacen hasta que vengado su corazón descanse”.¹¹

Moctezuma aceptó la paz, pero el pueblo tenochca no podía quedar como un pueblo pasivo que acepta una tregua así de sencillo, eso ocasionaría que las demás provincias dejaran de ver el poder y la fuerza sanguinaria de los mexicas. Por ello le propuso a Nezahualcóyotl montar una guerra falsa en la cual los mexicas vencerían a los texcocanos.

Nezahualcóyotl aceptó y trazaron la ruta que seguiría la guerra. Por su cercanía con Texcoco a Moctezuma se le ocurrió que por Totolcingo podía atravesar la falsa guerra, después de pasar por el llano de Chiconautla, una vez que los mexicas hubieran hecho fama por todos los confines del supuesto desafío de Nezahualcóyotl.

Caracoles anunciando la guerra, guerra falsa, falso llanto, geometría de luz, agua, gritos aterradores de mujeres. Ese barullo atravesando por Totolcingo, Nezahualcóyotl al frente de los texcocanos y Moctezuma por su lado con los mexicas. Al pasar por este pueblo, que hoy no es ni la sombra de la pequeña estancia que debió haber sido, casi todo el ejército mexica se retiraría y solamente seguirían los capitanes hasta llegar a Texcoco, donde Nezahualcóyotl debía prender fuego a su templo en señal de rendimiento y sumisión a los mexicas. Con ello establecerían la paz sin perder autoridad ni derecho.

¹¹ Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España y tierra firme*, vol. 2, p. 127.

Qué curiosa es la vanidad mexicana.

Según los *Anales Mexicanos, México-Azcapotzalco* “Se dice en Tetzco que en Acolhuacan ha habido mucha mortandad, que Itzcoatzin había tomado el pueblo de Totoltzinco y hecho morir a sus habitantes”.¹² Itzcóatl fue un líder mexica que vivió entre 1475 y 1520.

Nezahualcōyotl estableció un señorío inmenso que en su momento llegó a ser la Atenas del mundo occidental. Texcoco fue una ciudad de aposentos y jardines verdaderamente surrealistas, de sabios y de guerreros sucesores de los legendarios Toltecas. Aunque la delimitación es muy vaga, en 1433 la extensión territorial de Texcoco incluía muchas tierras y provincias entre las cuales se encontraba Totolcingo, por lo menos según los apuntes de Pedro Carrasco en *Estructura Político Territorial del imperio tenochca*.

Es complicado explicar la forma de organización territorial y política que impusieron esos gobernantes. El reparto de tierras y tributos era indistinto del territorio, de tal suerte que era común que varios señoríos o grupos de señoríos dominaran un mismo territorio.¹³ Es aún más complicado establecer a Totolcingo dentro de alguno de los señoríos, sobre todo porque desde su origen aparece como una estancia pequeña dependiente de Tequisistlán y este, a su vez, de Acolman.¹⁴

Además, era constante que después de una guerra, estancias o calpullis (barrios) como Totolcingo pasaran al poder de otro señorío. En la región de Acolman había tierras tanto de Texcoco como de Tenochtitlan. El Códice Mendocino incluye a Totolcingo en el gobierno de Texcoco, pero es muy probable que pagara tributo a Tenochtitlan.¹⁵

En la Ciudad de México se encuentran las viejas ruinas de lo que fue el templo mayor, el pináculo de la arquitectura y el culto mexica. La inauguración de ese gran templo esconde muchos mitos, la

¹² José Fernando Ramírez, *Anales Mexicanos, México-Azcapotzalco*, p. 13. (<https://mna.inah.gob.mx/docs/anales/143.pdf>), consultado el 22 de septiembre de 2021.

¹³ Pedro Carrasco, *Estructura Político Territorial del imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan*, p. 34

¹⁴ *Ibid*, p. 133.

¹⁵ *Ibidem*

mayoría de los cuales involucran millares de sacrificios. En esos sacrificios participaron habitantes de Totoltzinco.

Aunque la construcción la había empezado Tizoc, desde su reinado en 1481, la inauguración fue hasta 1487, cuando en Tenochtitlan gobernaba Ahuízotl, el gobernante más sanguinario que tuvo ese reino. Ahuízotl preparó una gran fiesta y mandó a sus embajadores a todos los pueblos sujetos a su gobierno para que asistieran y llevaran el tributo de esclavos para el sacrificio que estaban obligados a dar.

Conviene decir que para ese momento Nezahualcóyotl ya había muerto y varios años atrás había quedado conformada la famosa *Triple Alianza* que era la unidad de poder político más importante de la cuenca de México y que perduró hasta la llegada de Hernán Cortés; la conformaban Tenochtitlan, Tlacopan y, por supuesto, Texcoco.

El gran día de la inauguración del templo llegó a la ciudad de México el rey de la provincia de Texcoco, Nezahualpilli, con la multitud de sus señores y grandes de su reino muy acompañado, mostrando su grandeza y nobleza. Llegaron con él todos los señores de las ciudades y villas a él sujetas, como era Uexotla, Coatlichan, Coatepec, Chumalhuacan, Itztapalucan, y por la otra parte de él hacia el norte, Tepetlaoztoc, Papalotlan, Totoltzinco, Teccitlan, Tepechpan [...] ¹⁶

Todos llevaron esclavos. Ríos de sudor y sangre llenaron el suelo de aquella tierra. Cuatro días duró la fiesta. Cuerpos muertos y corazones podridos. Brazos, pechos, piernas y rostros pintados de sangre. Los atardeceres de aquellos días vieron combinarse el rojo del suelo con el color de las nubes enardecidas por los últimos rayos de sol.

Si uno escribe en el buscador de Google la palabra TU-TUL-CIN-GO y da clic en la sección de LIBROS verá la fuente que más vincula a Totolcingo con Moctezuma. Pero con Moctezuma Xocoyotzin, no debe confundirse con Moctezuma Ilhuicamina, su bisabuelo, el que organizó la falsa guerra con Nezahualcóyotl. Xocoyotzin es él gobernante con quien se encontró Hernán Cortés al llegar a tierras mexicanas.

La fuente es el libro *Privilegios en lucha, la información de doña Isabel Moctezuma*, de Emma Pérez Rocha. Isabel fue la hija de Moctezuma Xocoyotzin y de una mujer llamada Tecalco, curiosamente hija de Ahuízotl, el que organizó la carnicería para la inauguración del templo mayor.

¹⁶ Diego Durán, *op. cit.*, P 347.

Isabel se casó seis veces, tres de ellas con hombres de sangre mexicana y otras tres con españoles. Uno de sus esposos fue Juan Cano. Es importante mencionar a Cano porque en el periodo de 1548-1553, cuando la Nueva España ya estaba consolidada, llevó a cabo ante la Real Audiencia un juicio para pelear por todos los bienes de su difunta esposa, quién a su vez había sido heredera legítima de todo lo que poseía su padre.

El proceso que llevó a cabo Cano, al cual en su momento se sumó el interés de Juan Andrade, hijo de Pedro Gallego, otro de los esposos de Isabel, resulta una fuente de importante riqueza documental. Son un total de 29 testigos los que aparecen en los expedientes, la mayoría de ellos habían sido sirvientes del palacio de Moctezuma. La opulencia que forjó Xocoyotzin fue tal, que la ciudad flotante que logró consolidar fue para los europeos una de las visiones más majestuosas que jamás hubieran visto.

La declaración del testigo 13, Miguel Tuhnahuecatl, mayordomo y guardia de Moctezuma, es curiosa porque ahí menciona las tierras que Isabel heredó de su padre y que estaban ubicadas en Acolman. Está anotado que “en el pueblo y término de Aculma tuvo ciertas caballerías de tierras pobladas que se dicen y nombran las dos tierras dellas: Cacatepeque y Tutulcingo (Totolcingo). En todas estas tierras Moctezuma tenía calpixques que recogían los tributos”.¹⁷ Una caballería era la unidad de medida territorial utilizada por la Real Audiencia y equivalía aproximadamente a mil 800 metros cuadrados.

El desenlace del juicio que llevaron a cabo Cano y Andrade es un tanto incierto. Isabel Moctezuma fue declarada heredera legítima de los bienes de su padre en 1556. Sin embargo, el reparto de bienes a los interesados no sería tan sencillo debido a las formas administrativas de la Nueva España. No todos los bienes de Isabel fueron entregados a los demandantes, sobre todo porque la mayoría eran tierras ya pobladas y administradas bajo nuevas leyes.

¿Alguno de los demandantes ganó la encomienda de Totolcingo? Peter Gerhard en su libro *Geografía Histórica de la Nueva España, 1519-1821*, reconoce la dependencia que Totolcingo tuvo con Tequisistlán desde el origen, este a su vez de la jurisdicción de Teotihuacán, y menciona:

Tequisistlán tuvo dos encomenderos. Una mitad pasó a la corona en 1534, cuando la otra pertenecía a Juan de Tovar. La mitad de Tovar fue heredada hacia 1555 por un hijo, Juan Hipólito de Tovar que murió en 1600.

¹⁷ Emma Pérez Rocha, *Privilegios en lucha, la información de Isabel Moctezuma*, p. 29

Cuatro años después los tributos de Tovar fueron reasignados a Juan Cano Moctezuma.¹⁸

En un litigio, anotado en letras manuscritas, cuyas copias son conservadas por algunas familias del pueblo, aparece el testimonio de un español llamado Salvador Peláez que declaró haber escuchado que en otros tiempos Totolcingo pagaba encomienda a don Juan Andrade Moctezuma. Eso fue hasta 1715.

1.3 Por no tener absolutamente tierras ningunas con qué poderse mantener*

Juan de la Cruz, Juan Valeriano, Nicolas Sebastián, Bartolomé Ascencio, María Inés, María Benita, Miguel Antonio, Domingo Mateo, María Francisca, Matías Montiel, Jacinto Roque, Florencia Herrera, Bartolomé Rodríguez, Agustín de Vera. No quedará nadie que pueda nombrarnos y tampoco recordarnos. Un buen día nos convertiremos en piedras escondidas entre la maleza. Las nuevas calles y los nuevos muros cubrirán nuestra memoria hasta desaparecernos. Pero existimos y existe nuestra desesperación al ver que no podemos sembrar en la tierra que nos corresponde.

Ya estamos cansados de ir y venir con el alcalde, ya fuimos hasta Ecatepec y hasta Teotihuacán para hablar con las autoridades porque don Alejandro de Novoa, que es dueño de la Hacienda de Tepexpan, nos reclama sus supuestas tierras. También Gerónimo Carranza se ha ensañado contra nosotros y dice que nuestros animales pastan cerca de su rancho. Nosotros no tenemos tierras con qué podernos mantener, ni otro género de comercio que nos permita aliviar las cargas que sobre nosotros caen.

Juan de la Cruz, que es nuestro alcalde, ya fue a solicitar lo que por derecho nos pertenece que son las tierras. Varias veces lo ha acompañado Juan Valeriano, nuestro fiscal; y Nicolás Sebastián, el oficial de república. De nada sirvió que en 1687 a cada pueblo de indios de la Nueva España el virrey le haya repartido quinientas varas de terreno por cada viento, tomando como centro la iglesia. Ni que unos años después se aumentaran cien varas hasta quedar seiscientas.

¹⁸ Peter Gerhard. *Geografía Histórica de la Nueva España. 1519 – 1821*, p. 282.

* Crónica escrita a partir de la reconstrucción de tres expedientes antiguos: AGN, Tierras, caja 1010, vol. 2425, exp. 6; [Autos contra la Hacienda de Tepexpan], manuscrito en copia, original propiedad de la familia Meneces; AGN, Tierras, vol. 1626, exp. 4 y AGN, Indiferente Virreinal, Real Audiencia, caja 1615.

Dicen nuestros antecesores que, en 1643, el conde de Salva Tierra, Virrey de la Nueva España, entrego a este pueblo de Totolsingo sus quinientas varas. Pero ya estamos en 1759 y nosotros si acaso tenemos unas trecientas que no son las mejores. Tenemos apenas una costra de sal para sembrar, porque nuestro pueblo se encuentra a orilla del lago. La tierra es salitrosa y ahí no crece nada, nada retoña ni se levanta. Y ellos creen que nosotros les estamos tratando de quitar sus tierras y niegan que somos un pueblo solamente porque pertenecemos al gobierno de Tequisistlán, que está sujeto de la jurisdicción de San Juan Teotihuacán.

Nosotros no negamos que pertenecemos a Tequisistlán. Lo reconocemos como cabecera, aunque esté a tres cuartos de legua de aquí. Nos separan solamente un manajo de terrenos secos y agrietados, además de dos establos de vacas, uno se llama Galerón y otro Iztacalco. Pero tenemos nuestra propia iglesia y pila bautismal, y el cura viene a administrar el santo sacrificio de la misa cada quince días desde la cabecera; si es que nos alcanza para pagarle porque sin tierras no hay ni para comer. El otro día el alcalde mandó a averiguar si de verdad tenemos la iglesia y la pila de bautismo que son requisitos para que un pueblo sea pueblo de verdad; y ya se dieron cuenta que de sí tenemos, aunque ellos digan que nuestra iglesia es vieja e indecente. Es para lo que nos alcanza.

José Andrés, que es nuestro vecino del pueblo de Chiconautla, declaró ante las autoridades que desde que tiene uso de razón ha oído decir que Totolsingo es pueblo con iglesia y pila bautismal. Mathias Nicolas, viudo de María Gerónima, le dijo al alcalde que tiene más de 50 años de conocer el pueblo de Totolsingo y que también reconoce que tiene iglesia y que es cierto que se halla nuestro gobierno sujeto al pueblo de Tequisistlán, de dicha jurisdicción de San Juan Teotihuacán, pero eso no le quita que sea pueblo.

Pero los hacendados tienen su propia versión y llevan a sus testigos. Nicolas Muñoz de San Pablo Tecalco y Francisco Pineda de Santa Cruz Tecámec dijeron que conocen el pueblo de Totolsingo, el cual se ha respetado por tal siempre y ha estado en posesión de las tierras que le pertenecen por razón de pueblo, sembrándolas, cortando leña y tunas a su tiempo y pastando libremente su ganado. Estando libremente en sus pertenencias, sin pleito.

Pero eso es mentira. Y por si fuera poco el otro día Pedro Rivero de la Concha, en nombre de don Alejandro Novoa fue y le dijo al alcalde que este que se supone pueblo de San Miguel Totolsingo no es más que un barrio de gañanes que trabajaron con Novoa y que por caridad nos dio un pedazo de tierra.

Pero eso también es mentira, porque el alcalde ya fue al convento de San Agustín a ver al cura Juan Bautista y éste certificó que el paraje llamado Totolsingo, sujeto a su jurisdicción por lo espiritual, como tal cura que es del partido de San Agustín de Acolma, es pueblo formal con todos los requisitos. Lo que le consta por los libros de bautizos, casamientos y entierros que tiene bajo su ministerio y en los que hay registros de muchos años atrás. También le aclaró que solamente vivimos sujetos al gobierno de San Bartolomé Tequisistlán en lo respectivo al entero de los reales tributos, tan antiguo es eso que nuestros padres pagaban el tributo a un tal Juan Andrade Moctezuma. Pero en lo demás de nuestro gobierno vivimos con total independencia sujetos a nuestro propio alcalde, alguacil, regidores y oficiales de república; haciendo nosotros mismos las elecciones que corresponden a dichos cargos.

—Para quitarnos nuestras haciendas de labor los indios se valen de fabricar jacalillos de zacate o de piedra y lodo, esos indios no tienen sus casas en forma regular porque distan unas de otras treinta o cuarenta varas, y algunas casi un cuarto de legua —dijo el otro día Gerónimo Carranza. Ellos no se han cansado de afirmar que al construir nuestra iglesia nos hacemos llamar pueblo, pero esa iglesia y el sonido de sus campanas al que vivimos prontos y sujetos llevan ahí mucho tiempo y cuentan con todo lo respectivo al culto divino. No solo tiene custodia y pila bautismal sino también relicario para la administración de los santos sacramentos, cálices, corporas** y ornamentos. También tenemos fiesta titular y todos los ritos que le corresponden, como las procesiones que acostumbramos hacer con el señor sacramentado. Somos pueblo.

¿Será que los demás pueblos están pasando por la misma suerte que nosotros? ¿O solamente este pleito le toca a Totolsingo por estar tan a la orilla de todo? A orillas de Teotihuacán, de Ecatepec, del lago y eso ha hecho que por todos los vientos haya una hacienda o un rancho para la cual estorbamos. Por un lado, la hacienda de Tepexpan, por otro el rancho de Carranza y además por el sur una estancia de Juan Velázquez, el que tenía de esclava a la mulata María de Jesús hasta que después de un pleito largo le dio libertad.

La gente ha de creer que en medio de este llano no hay casas, porque nuestras chozas se mezclan entre las supuestas tierras de esos hombres poderosos que se han encargado de hacerles pensar que en este barrio solamente hay nueve tributarios, pero consta en los libros de tributos que, en 1715,

** Corporales. Ha sido respetada la forma como está escrita la palabra en el manuscrito: AGN, Tierras, vol. 2425, *Op. Cit.*

desde que comenzó este pleito había ya por lo menos diecinueve casas con cincuenta feligreses, cuarenta de ellos casados, y veinte tributarios.

Totolcingo no es cosa que sirva, por lo menos no ahora que no tenemos nuestras tierras que son todo lo que necesitamos para mantener a nuestras familias. Muchos de los que vivían aquí se vieron precisados a dejar el pueblo y desamparar sus casas. Padecemos grandísimos atrasos. Ya se nos acabó la saliva de tanto hablar de nuestras penas a las autoridades, de jurar por la santa cruz para que nos crean y de dictar a los escribanos esta situación.

Cuarenta y cinco años se nos han ido en declaraciones, testigos y palabrerías. Las autoridades, tanto de Teotihuacán como de Ecatepec han medido dos veces las tierras que se supone nos corresponden; pero entre eso y que hayamos puesto una sola semilla en todo este horizonte hay una diferencia grande. La única esperanza que nos queda es que la Audiencia de México se encargue de mandar a medir definitivamente nuestras tierras y haga los deslindes con los terrenos de esos caciques.

Ojalá un día todas las personas que vivan después de nosotros en este lugar lo mienten diciéndole pueblo, pueblo de San Miguel Totolsingo.

1.4 Los copalachtleros de Totolcingo

Hay un pequeño museo de sitio cercano a la caseta de cobro de la autopista que va de las pirámides de Teotihuacán a la Ciudad de México, a la altura del pueblo de Tepexpan, vecino de Totolcingo. En el paraje que la gente de la zona llama “el crucero”. Fue construido en 1958 por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y su objetivo principal es mostrar los restos humanos más antiguos encontrados en América, los del famoso “hombre de Tepexpan”. Su silencio hoy en día es tétrico y siniestro. Hubo un tiempo en que era visitado por estudiantes, principalmente locales, además de turistas nacionales e internacionales pero su popularidad se ha ido perdiendo. Todavía quedan algunas réplicas de huesos de mamut y de antiguos hombres que habitaron la zona; cuyo único objetivo era el de sobrevivir en un universo pantanoso repleto de criaturas prehistóricas.

En un rincón del museo, sin ninguna placa con datos, hay un mapa de lo que fue la región de Tenochtitlán. Es una reconstrucción muy elaborada de aquellos territorios. Aparecen antiguos

caminos y cerros. En algunas partes hay dibujos de tamemes, con grandes cargas en sus espaldas, caminando las rutas que unían a los barrios con los centros urbanos. El lago de Texcoco se ve inmenso, azul, el centro de toda la región, con algunas canoas transitando sobre sus aguas. En la parte norte, Tepexpan, Teotihuacan, Tequisistlán; y ahí a la orilla del lago: Totolzingo.

Es extraño porque es el único mapa donde aquel asentamiento antiguo aparece representado con un cerro sobre el cual se posa un ave. ¿Qué significa Totolcingo? La mayor parte de la comunidad sabe que el pueblo significa lugar de guajolotes, algunos otros dicen que significa lugar de gallinitas. Entre guajolotes y gallinas el significado no pasa de aves de corral. Tal es el arraigo de esta definición que, desde hace varios años, una organización comunitaria organizó una carrera atlética anual de nombre Guajoloton, haciendo referencia a la definición que la mayoría de los habitantes ha aprendido. También, los documentos oficiales utilizados por las autoridades locales incluyen en el membrete un logo cuya figura central es la de un guajolote.

Carmen Arredondo fue delegada del pueblo en 2014. Ella recuerda que cuando su comitiva fue invitada a la celebración del aniversario de la erección del municipio de Acolman hubo en el evento una especialista que habló de la historia de la región y de los pueblos que la componen. “Esa persona dijo que Totolcingo significaba lugar de aves pequeñas, me llamó mucho la atención porque anteriormente, platicando con Yanire, una arqueóloga que vive en el pueblo, ella también dijo que Totolcingo significaba lugar de aves”. Doña Carmen es curiosa e inquieta desde pequeña; una de esas mujeres aferradas a mejorar las cosas, incluso en un medio dominado por hombres para los cuales “las cosas siempre se han hecho así y se seguirán haciendo así”.

Comienza el viaje de la búsqueda del significado. Primero contactar a Yanire Martínez, la arqueóloga. Que no está, que llega tarde de trabajar. Insistir. Yanire aparece y le gusta la idea de investigar el verdadero significado del pueblo, ya que también está convencida de que no significa lugar de guajolotes, incluso la idea le aterra. Se anima a comenzar con la búsqueda, su trabajo como arqueóloga, a lo largo de los años, la ha familiarizado con fuentes que tienen que ver con la historia de la región, la principal es el nombre de fray Bernardino de Sahagún. “Sahagún describe, en uno de sus libros, la fauna que habitó en esa zona y la mayoría de los animales que describe para la región del lago de Texcoco son aves, aves acuáticas, pues estos pueblos fueron fundados a la orilla del lago” menciona la arqueóloga.

A propósito de aves, hubo una mujer cronista de Acolman llamada Araceli Guillermina Juárez, quién en 1997 escribió una monografía del municipio. Para ese momento Totolcingo ya era parte de Acolman. En su estudio anotó los sobrenombres de algunos pueblos, como “los gatos” de San Bartolo, “los gachupines” de Tenango y ahí aparecen “los copalachtleros” de Totolcingo. Copalachtlero es un pájaro que vuela en grandes parvadas. Entre algunos habitantes del pueblo hay recuerdos de esos pájaros que se amontonaban en los pirules para comer las semillas de esos árboles, incluso mencionan que en alguna temporada la gente los cazaba para comer.

20 de febrero de 2015, el grupo de cultura de Totolcingo celebra su primera jornada cultural en la plaza cívica de la comunidad. Los de cultura son gente necia porque son un grupo fundado por doña Carmen. Para 2015, ya estaban empezando a formar a su propio público con el único interés de crear foros donde el arte y las expresiones culturales tuvieran lugar. Se les ocurre invitar a Yanire, que para el momento ya tenía avanzada su investigación sobre el significado del nombre del pueblo.

—¿Cómo ves si incluimos una conferencia en la biblioteca durante la jornada de cultura y ahí expones tus hallazgos del significado del pueblo?

Yanire acepta.

Llega el día y, como siempre, cuesta trabajo hacer que la gente llegue al evento. Los de cultura están acostumbrados a ese “como siempre”. Al inicio ni una mosca se para a pesar de que consiguieron el dinero para rotular dos bardas con el poster del evento “a buen precio y de calidad”. Sin contar que hicieron todo lo posible para conseguir que en su página de Facebook la mayor cantidad de gente se enterara de que en el pueblo iba a haber un evento con presentaciones artísticas que incluían danza, teatro, música y hasta un concurso de dibujo para los niños. También consiguieron un proyector, para la presentación de Yanire, en el único lugar donde podía haber uno. A pesar de varios “peros” y pretextos logran obtenerlo en las oficinas del Comité de Agua Potable del pueblo. “Pero me lo regresan eh, porque si no me corren”, les dice la secretaria.

Para el mediodía en la jornada cultural el único público son los familiares de los participantes. A las dos de la tarde, horario en el que estaba pactada la presentación de la arqueóloga, no hay público más que ellos, de hecho, ni siquiera la arqueóloga llegó. Desconectaron el proyector y lo guardaron para devolverlo puntualmente a sus preocupados dueños.

Tiempo después Yanire pide disculpas y hace ver a los jóvenes del grupo de cultura que, aunque hubiera llegado, no habría tenido caso dictar su conferencia solamente a ellos. Lo único que queda claro es su postura: “Totolcingo significa lugar de aves y no lugar de guajolotes”. El contacto con Yanire continúa. El grupo de cultura sigue haciendo eventos a los que poco a poco van llegando más personas además de sus familiares y allegados. Eventualmente también siguen investigando y recabando datos sobre la historia del pueblo y el significado de su nombre.

2020, año de pandemia. A la gente de la dirección de cultura del ayuntamiento de Acolman se le ocurre publicar una convocatoria con el objetivo de que los participantes propongan un glifo para los pueblos del municipio. Los participantes debían presentar un proyecto completo con fuentes bibliográficas a partir de las cuales surgiera su propuesta. Al igual que a los de cultura de Totolcingo, a los de cultura de Acolman casi nadie les hace caso. El cronista del municipio se acerca con ellos para presentarles el concurso y pedirles que participen, “porque no hay nadie inscrito de Totolcingo, ni de algunos otros pueblos, y ya debemos cerrar la convocatoria”. Los de cultura contactan a Yanire, que para ese momento ya había guardado entre sus carpetas los datos de la investigación sobre el significado del pueblo, pero de cualquier forma acepta ya que la convence la idea de que, por fin, de manera oficial, sea modificado el significado del nombre.

Un glifo es, en este caso, un dibujo prehispánico que incluye elementos que juntos crean el significado de un pueblo. El glifo de Tenochtitlan incluye, por ejemplo, una piedra y varias tunas porque esos dos elementos son la esencia de su significado. Los de cultura y Yanire se ponen a investigar y también a trabajar en los trazos de la propuesta de glifo. El mayor reto ahora era hallar la única fuente en la cual aparecía el glifo de Totolcingo con un ave y no con un guajolote, el mapa sin placa del museo de Tepexpan.

Buscan por todos lados, en los libros de Yanire, en pdf's descargados de Google, en enciclopedias, en la biblioteca del pueblo. Van al museo para ver si por suerte ahora el mapa ya tiene placa con los nombres del autor y las referencias, pero no está abierto a causa de la pandemia. La fuente del mapa no aparece por ningún lado. Pero eso no impide que la investigación continúe y encuentren las fuentes necesarias para sustentar la idea de que el pueblo no significa lugar de guajolotes sino de aves.

Los guajolotes están en la memoria de la gente gracias a dos fuentes históricas antiguas que han sido perpetuadas de generación en generación. La primera es la famosa Matricula de Tributos y la

segunda es el Códice Mendocino. El pueblo fue identificado en la primera fuente como Totolzingo. Ahí se puede observar que se representa el cuerpo doblado de un hombre que porta taparrabo con la cabeza de un guajolote o pavo; por ello la definición de lugar de guajolotes.

Por otra parte, en la lámina 21 del Códice Mendocino, mismo que recibe su nombre de Antonio de Mendoza, primer virrey de México, que mandó a hacer este documento con la finalidad de que el rey Carlos V conociera a través de este tipo de elaboraciones la historia y organización social de los mexicas; aparece Totolzingo representado por un trasero o aposento y una cabeza de lo que parece ser un guajolote hembra.

Para los de cultura y para la arqueóloga esta identificación parece errada, y realmente no concuerda con ninguna otra fuente histórica ni lingüística. En ninguna de los testimonios históricos aparece alguna referencia que indique la abundancia de guajolotes o gallinas en el pueblo. Por otra parte, la palabra guajolote es el nahualismo de Huexolotl que significa “Gran monstruo” nombre con que se conocía a esta ave. También tenía otros nombres esotéricos en Náhuatl como Chalchiuhtotl “Pavo precioso” o Xiuhcozcatl “Cuello de Turquesa” y también Totolin “pavo” el gran alimentador, que en los códices se representaba ataviado con joyas preciosas.

Después de corroborar con los estudios de fray Alonso de Molina, en el *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*, Yanire concluyó que el término Totolzingo se compone de dos palabras: tótotl que es «Aves o pájaros» y zingo, que es «lugar de la(o)s pequeña(o)s». “Lugar de las pequeñas aves”. El prefijo Tótotl es un término que se utilizaba en la época prehispánica para referirse a las aves silvestres de diversas especies que vivían en el gran lago de Texcoco. Se apresuran a preparar su presentación y trazan el nuevo glifo basados en el mapa sin fuentes y en la definición obtenida a partir de la investigación.

En realidad, doña Carmen, no se esperó a que las fuentes confirmaran la nueva definición. De hecho, desde su gestión como delegada del pueblo, ya había mandado reparar la descuidada glorietta de la avenida principal y decidió colocar aves hechas de piedra por algunos artesanos que llegaron a ofrecer sus figuritas un domingo. Terminó su nueva decoración con una placa que dice: “Totolcingo, lugar de aves”. También mandó cambiar los membretes de los documentos oficiales de la delegación con un nuevo logo que incluía una parvada de aves como las que aún atraviesan el pueblo por las tardes.

Los de cultura y Yanire inscribieron el proyecto. Una noche después de la impresión de la última versión del trabajo se reunieron con el cronista, organizador del concurso de glifos. Estuvieron presentes las autoridades del pueblo, testigos de la entrega del trabajo. El cronista firmó la propuesta de recibido y se fue con el proyecto en manos diciendo que era probable que en diciembre estuvieran no solo los resultados, los cuales eran positivos para los de cultura ya que no había ningún otro grupo participante de Totolcingo, sino también los primeros avances de las gestiones legales para la modificación del significado del pueblo.

La modificación nunca sucedió, ninguna otra noticia hubo del cronista ni del concurso. Pasó el tiempo. Una tarde del 2 de septiembre de 2020. Antigua librería Madero. Un paraíso de libros, de todas las épocas. Un museo, lleno de mobiliario antiguo, libros empastados y grabados con caligrafía antigua. Arte y cultura en cada uno de sus rincones. Turistas y especialistas entran y salen de la librería cuyos libros, en conjunto, cuentan la historia de México. La mayoría de los visitantes pasa y charla con Enrique Fuentes Castilla, dueño del lugar, quién sabe perfectamente cada título que hay en su librería, no se le escapa ninguno, inmediatamente responde que sí o que no a la pregunta de si tiene algún título y en qué edición. A ratos cierra uno que otro negocio de compra o cambio de algún libro antiguo o de alguna edición difícil de conseguir.

Ahí, en la librería, sobre el muro superior del paso entre la primera y la segunda sección del lugar aparece el famoso mapa que los de cultura buscaron sin parar durante mucho tiempo y en el que se basaron para diseñar su propuesta de glifo. Es una pintura. Se aprecia con todos sus colores. Más bello que la edición impresa que está en el museo de Tepexpan.

Es un mapa que yo le encargué hacer a un pintor, Héctor Elizalde Dávalos, era maestro normalista, le gustaba dibujar, su papá era papelero. Yo estaba muy interesado en el que Luis González Aparicio puso en su libro (*Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan*), me gustaba mucho y le pedí a su viuda que me vendiera el original, pero me lo daba muy caro. Por eso mandé a hacer el mío, lo enmarqué y de hecho vendo la reproducción impresa a setenta pesos.

Esto dice don Enrique. Lo interrumpe un joven que entra a la librería con la intención de venderle algunos libros que parecen antiguos, él le ofrece 250 pesos, el joven no acepta y se va. “Sobre Totolcingo no sé exactamente qué ave quiso poner el pintor, pudo ser un pájaro o a lo mejor hasta una gallina de cerro, ve tú a saber”.

1.5 Tadeo Ramírez, Santiago de la Cruz y Blas de Olvera: bondades crueles^{***}

Mi nombre es Tadeo Ramírez y soy el peor enemigo del pueblo de Totolcingo. Soy la desdicha de este lugar y el culpable de que desde hace algunos años no haya días normales y las campanas de la iglesia hayan dejado de sonar. El odio que los indios tienen ha hecho que me agredan, tanto en las calles como en mi casa. Hace apenas unos días vinieron y derribaron un corral diciendo que eran órdenes de Gil Taboada, alcalde mayor de San Juan Teotihuacán, jurisdicción a la que está sujeto el pueblo de Totolcingo.

Ya hace algunos años que se terminó el pleito con las haciendas y por fin los indios obtuvieron sus tierras. Pero eso no fue gracias a ellos sino gracias a mi suegro, don Santiago de la Cruz, padre de mi difunta esposa, Paula de Meza. Ellos mismos reconocen, ante Dios y ante el alcalde, que Santiago de la Cruz es fundador de este pueblo a quien se le debe su erección; quién estuvo en posesión del solar y el corral que ahora me corresponden a mí.

Empecemos por el principio. Llevo viviendo 6 años en este pueblo, aunque soy originario de Cuanalan. Desde ese tiempo he cumplido con todas mis obligaciones. He pagado lo correspondiente a la fiesta titular de San Miguel. Para que vayan a traer el padre para las misas. Para el día de la Transfiguración he donado 6 pollos y ocho huevos para el platillo. Para el día de la Santa Cruz. Para la procesión de Semana Santa. Para el día de nuestra señora de los Dolores. El día de Corpus Cristi. Para la campana. Para la cruz. Para el órgano. Hasta cuando se les ocurrió hacer el coro yo acarree la madera desde Papalotla hasta Totolcingo en tres días con tres yuntas.

Las tierras sobre las cuales siembro son la herencia que Paula heredó de su padre. Ahora que ella ha muerto yo estoy en derecho de gozar de éstas. Aunque al principio ni Paula ni yo vivimos ahí. En realidad, nuestro primer sitio fue la casa que servía de cárcel al pueblo y que gracias a mi suegro nos prestó Juan Mateo, el alcalde de ese entonces. Le pedimos que nos dejara vivir ahí un mes. Después falleció mi suegro y Paula heredó la casa, el solar y el corral con dos vacas. Nos fuimos a vivir a esas propiedades junto a la barranquilla. Cinco años después de casarnos falleció Paula dejando conmigo a dos hijos huérfanos de madre, pero herederos de sus bienes que por lo tanto me corresponden.

^{***} Crónica escrita a partir del manuscrito: AGN, Tierras, volumen 2605, exp. 9.

¿Por qué digo que Santiago de la Cruz es fundador de Totolcingo? En realidad, no lo digo yo, lo han dicho los propios indios en sus demandas con el alcalde. Ellos mismos lo han reconocido como padre de este pueblo. De la Cruz fue varias ocasiones fiscal y alcalde del pueblo, al igual que su padre, Juan de la Cruz. Sacó a salvo estas tierras contra Alejandro de Novoa, porque cuando estaban los problemas contra él porque quería quedarse con los terrenos que le correspondían a Totolcingo, Santiago defendió al pueblo gastando en ello crecida cantidad de pesos. Con la suma pobreza de los muy pocos que habitaban en ese tiempo el pueblo, Novoa se hubiera agregado todo este territorio a su hacienda.

Mi suegro también estableció la celebración del santo sacrificio de la misa cada ocho días porque antes de eso solamente las hacían de quince en quince días. Cuando no alcanzaba la contribución de los indios para la limosna, que era muy seguido, él la ponía de su bolsa. Él hizo que Totolcingo fuera pueblo y logró que como tal tuviera la facultad de nombrar a su propio alcalde y representantes. Por todo eso yo creo que esos indios deberían callarse y dejarme vivir en paz con mi nueva esposa, Rita Hernández. A ellos les molesta mucho que yo sea criollo y ella española. Y están enojados porque a veces vienen a visitarnos los parientes de Rita y entran por la vereda en la que ya hemos tenido muchos pleitos. Por esa vereda atraviesan también los curas que vienen a dar la misa, es la entrada y salida del pueblo, y también sirve para ir al cerro. Los indios se han encargado de levantarme falsos diciendo que los caballos de mis visitas han estropeado sus siembras.

Este infierno tiene un responsable. El que encendió este fuego contra mí se llama Blas de Olvera. Es un mentiroso de cuarenta años que tiene convencidos a los indios de que yo soy la peor desgracia que le ha pasado a Totolcingo. Los tiene bajo su control. Su influencia es tal que se entromete en la elección de alcaldes, se nombra y elige aquel que él decide; si se requiere castigar a un indio primero se le toma parecer a él. Ya tiene dos años que empezó este pleito, desde 1763, y no es porque le preocupe la suerte de los indios, sino porque quiere quedarse con las tierras que me corresponden a mí y a mis hijos.

Es un ambicioso porque en realidad ya son varios los pedazos de tierra que ha ido obteniendo gracias a que tiene hipnotizados a los indios. Hay unas parcelas dedicadas a la siembra en favor de las fiestas de la Santa Cruz; son las mismas que ese mentiroso tiene ahora tomadas y en las que ha estado sembrando sin que los indios le digan nada. Lo mismo está pasando con el cementerio de la

iglesia. En ese cementerio hasta hace algunos años había un pozo donde se ahogó una mula, después de la mula ahogada quisieron tapar el pozo. Más tardaron ellos en taparlo que Blas en ocuparlo para sembrar cebada. Tampoco dijeron nada los indios.

Los indios trabajan en las tierras que tiene ocupadas Olvera. Hacen lo que él diga y mande. Por haberlos metido en este pleito se han olvidado hasta de la campana que se supone iban a mandar a hacer por estar quebrada la otra que ya lleva mucho tiempo abajo del campanario. Han dicho que hasta que se acabe este pleito y me quiten mis tierras van a arreglar ese asunto. Esas no son palabras de los indios, son las frases de Olvera, quien llegó aquí gracias a que le renta a los padres jesuitas la venta que está sobre el camino real, a la altura de Totolcingo. Pero esa historia no viene al caso ahora, lo relevante es que Olvera vende ahí principalmente cebada, maíz y tlazole a los parajeros y arrieros que pasan. Por eso le conviene que los indios me despojen, para quedarse también con esas propiedades y así poder sembrar más.

El pueblo quiere que yo me vaya, que los deje vivir en la supuesta quietud en la que han vivido sus antepasados. Dicen que no soportan el entradero y salidero de la gente que viene a visitarme. Se han defendido con el hecho de que son pueblo de indios y por lo tanto no se permite vivir ni arrendar a españoles y mestizos, pero han consentido a Blas de Olvera que es español. Dicen que el bien que hizo Santiago de la Cruz no debe ser motivo para que yo sea malhechor y quiera, con el título de yerno del fundador del pueblo, perjudicarlos a ellos.

Pero Olvera es peor porque la otra vez mandó a su sirviente, un tal Matías Montiel, a declarar con el alcalde que las tierras que tiene sembradas son porque a los indios no les hacen falta. Pero si esa pobre gente ha estado luchando desde hace años por su tierra, primero contra Alejandro de Novoa, luego contra Gerónimo Carranza y ahora mantiene a arribistas como Olvera que ha hecho lo que se le ha dado la gana y ocupa las pocas tierras fértiles que tiene el pueblo, porque el resto no sirven, son salitrosas por estar Totolcingo a la orilla del salado.

Ahora que si de buenas tierras hablamos las mías son las mejores, están al norte y no son salitrosas. Pero yo no tengo por qué desalojar y dejárselas al este pueblo que le debe todo a mi difunto suegro, y menos para que se las entreguen a un lunático como Olvera, quien pretende ser absoluto dueño de todo y además se le ha ocurrido últimamente que quiere cambiar a Totolcingo de cabecera, lo quiere mudar a la justicia de Acolman. El uno de julio de este año de 1766 vino el alcalde mayor de San Juan Teotihuacán para atestiguar el caso y se dio cuenta que esta gente sí tiene buenas

tierras, pero se las ha arrendado a Blas de Olvera. Allá ellos si siguen haciéndole caso y rentándoselas por una miseria.

Un indio que se llama Diego de los Santos vociferó el otro día contra mí “te voy a matar a ti y tu familia, Tadeo Ramírez” y armó tremendo escándalo. Gritos, alaridos de todos los indios. “Aunque este pleito duré 20 años, no te hemos de consentir en este pueblo”. No tengo miedo de sus palabras ni de sus amenazas. Tengo derecho de aprovechar estas tierras que son el único bien de mis hijos. Es mejor que las poquitas varas de terreno que tuvo mi suegro en vida, que han de ser nada más unas 332 de largo por 166 de ancho, se queden en mis manos que en las de Blas de Olvera. Tienen que entender que su destino es pagar con creces la caridad de aquellos que tanto bien les han hecho.

1.6 De Acolman al colegio de San Gregorio: la venta de Totolzingo

Sala, tienda, trastienda, pasadizo, azotea con un cuarto, cocina con dos braceros, comedor, cocina de humo, troje, pajar, una caballeriza, dos macheros, un cuarto con su corral para puercos, un cebadero, un tinacal para vender el pulque, ocho cuartos para huéspedes, un corral y una habitación. ¿A dónde habrán ido todas las piedras que formaban la venta de Totolzingo?

Don Benito Miranda sabe que a las orillas del pueblo hubo una construcción donde antiguos viajeros pasaban a comprar cosas para sus mulas. Otras personas dicen que estaba construida muy cerca de lo que ahora es la colonia El Olivo. La fuente más certera sobre la ubicación y el destino de esa construcción es *La venta de Totolzingo, anexa a la hacienda jesuita de San José Acolman* de María Teresa Sánchez Valdés y María de Guadalupe Suárez Castro. Ambas autoras plantean que las piedras de esa construcción deben estar enterradas debajo de lo que hoy se llama *Fraccionamiento La venta – La Guadalupeana*. Sánchez y Suárez transcribieron un inventario conservado en el Archivo General de la Nación (AGN), que data de 1813, en el que aparecen por lo menos 26 cuartos que conformaban ese edificio.¹⁹

El origen de la venta conecta a Totolzingo con un elemento muy importante de la historia colonial de México: los jesuitas. Hoy la iglesia de Loreto se pierde entre la multitud de edificios antiguos

¹⁹ María Teresa Sánchez Valdés y María de Guadalupe Suárez Castro, *La venta de Totolzingo, anexa a la hacienda jesuita de San José Acolman*, en producción editorial.

que llenan el centro histórico de la ciudad de México, en su puerta hay un letrero que dice que solo abre los domingos. No hay olor a cera quemada, ni sonidos de órganos, solo palomas que vuelan entre el ir y venir de vagabundos y transeúntes que atraviesan la avenida San Ildefonso. Es difícil no verla porque su cúpula es una de las más grandes entre los cientos que hay en México. Iglesia refugio de arañas, de hongos y de plantas cuyas raíces han roto esos viejos muros que ayer fueron encanto y elegancia. Elemento máximo del poder de los religiosos jesuitas del colegio de San Gregorio, poder que tuvieron en gran medida gracias al sustento que encontraron en Acolman brindado por el hacendado Juan Chavarría. Aunque por lo menos desde 50 años antes el colegio ya existía gracias a otros benefactores como Alonso de Villaseca, quién también había beneficiado a los colegios de San Pedro y San Pablo, tal como aparece en los documentos recuperados en *Representación del M. I. Ayuntamiento de Guadalajara al Exmo. Sr. Presidente relativa al restablecimiento de la compañía de Jesús*.

Juan Chavarría Valera había heredado de parte de su tío la hacienda de San José y sentía gran admiración por el padre Antonio Núñez de Miranda, el confesor de Sor Juana Inés de la Cruz, considerado el más grande teólogo de la compañía de Jesús en el siglo XVIII. Núñez de Miranda alentó a Chavarría para que edificara la iglesia de Loreto en la ciudad de México. Fue tal la devoción que tenía Chavarría por los jesuitas y sus obras que, al morir, en 1682, dejó instrucciones a su sobrino Nicolás de Vivero para entregar a los padres del colegio de San Gregorio la hacienda de San José Acolman. Así lo documenta Mireya González Peñaloza en su tesis *Catálogo del fondo documental de las haciendas de San José Acolman y anexas 1680 - 1840*.

Poco a poco los misioneros fueron agregando más propiedades de Acolman a su empresa, como si un vocero de periódico gritara las noticias, en los documentos antiguos van apareciendo más y más propiedades sumadas: “extra, extra, una propiedad más”. No sólo en Acolman, su extensión fue por todo el territorio, su colegio más notable, el de Tepotzotlán, aunque en el norte del país tuvieron gran poder e influencia.

Excelentes administradores, hacendados y empresarios; además de científicos, filósofos, artistas y personajes clave de la historia de México. Compraban y remataban haciendas y propiedades, invertían en otras tantas. Vendían hasta el pedazo más decadente de lana de borrego, criaron ganado de todos los tipos, sembraron todos los granos que las lluvias de Acolman pudieron regar. Los jesuitas se convirtieron en el principal terrateniente del siglo XVII y mediados del XVIII. En

Acolman, para 1770, los padres jesuitas del colegio de San Gregorio ya eran dueños de la hacienda de San José, de San Marcos, del Molino Californias, del de Nesquipayac, de la hacienda de Tepexpan y por supuesto de la venta de Totolzingo.

En el *Extracto primero de los títulos de las Hacienda de Oculman, Californias, Tepespan, Ystapam y Molinos de Californias y Nesquipayac, con la Venta de Totolzingo*, conservado en el AGN, aparece escrito que esas haciendas tenían una venta y dos ranchos en el paraje que llaman Totolzingo, con sus respectivas tierras y un magueyal. La venta fue fabricada por el colegio en tierras de las mismas haciendas en virtud de la licencia que le concedió el excelentísimo señor duque de la conquista Pedro de Castro y Figueroa el 15 de abril de 1741. No era tan sencillo para los jesuitas mantener a 31 indios y cinco sacerdotes en San Gregorio y mucho menos pagar todo lo referente al culto y mantenimiento de la iglesia de Loreto, como lo describe Peñaloza en su tesis. Por ello instalaron la venta de Totolzingo, que fue principalmente una tienda donde vendían los productos que producían en sus haciendas y ranchos.

La petición de la construcción de la venta fue hecha por Cayetano de Bribiesca, representante del Colegio de San Gregorio, ante Castro y Figueroa el 22 de noviembre de 1740; aunque los estudios de Sánchez y Suárez encontraron antecedentes desde enero de 1736. Sin embargo, los padres jesuitas obtuvieron la licencia para la construcción de la venta hasta 1741; los registros documentales sobre su construcción aparecen hasta 1752.

La Biblioteca Nacional de Antropología e Historia conserva un documento antiguo en el que está escrito: “*Memoria de lo que se ha gastado en la obra de la venta de Totolzingo, desde el día 1 de febrero hasta el día 5 de mayo del año 1752. De albañiles y peones que han trabajado permanentemente y de los demás materiales que han sido menester*”.²⁰ Están registradas las 19 cargas de cal y las trece cargas de tejamanil utilizadas en ese periodo. La pintura y el pago de un pintor, los retablos para puertas, docenas de tablas, adobe. El pago de los carpinteros, las piedras acarreadas para la obra y el pagó a los cargadores. Hasta el más mínimo gasto está anotado, hasta el último clavo. El reporte está firmado por Antonio Herdoñana, padre jesuita del colegio de San Gregorio.

²⁰ BNAH, Primera serie de papeles sueltos, caja 4, legajo 3, documento 131.

En la venta se comercializaba leña, esquilmos, pulque y granos. Prácticamente todo el tiempo de su existencia estuvo arrendada. El arrendador más importante que tuvo fue el español Blas de Olvera, quién según Sánchez y Suárez la tuvo a su cargo de 1744 hasta 1782. Olvera comenzó su propio negocio de todo lo que pudo vender en aquel paraje, incluso vio en Totolzingo el territorio idóneo para conseguir más tierras y así poder sembrar y vender en mayor cantidad. En 1763 organizó un pleito entre los indios del pueblo y Tadeo Ramírez, viudo de una mujer originaria del pueblo llamada Paula de Meza, que había heredado de su padre, Santiago de la Cruz, varias propiedades que a Blas de Olvera le interesaban. Por eso hizo que los indios levantaran varias demandas contra Tadeo con tal de echarlo del pueblo y posteriormente él arrendar esas tierras a los indios.²¹

Fue tal el poder que llegó a tener Blas de Olvera, el ventero²², que en algunos testimonios consta que a los indios les parecía que pretendía ser absoluto dueño de todo el pueblo. Se entrometía en la elección de alcalde, en los castigos que se tuvieran que dar a algún vecino desobediente e incluso fue el primero en pensar mudar la cabecera de Totolzingo a Acolman. “En ese pueblo no se hace más que lo que Olvera manda”.²³ Aprovechaba cualquier territorio que los indios no tuvieran ocupado para sembrar, como hizo con un pedazo de terreno dedicado al culto de la Santa Cruz²⁴ e incluso con el cementerio que estaba afuera de la iglesia, en el que sembró cebada para luego venderla en la venta.²⁵

El colegio de San Gregorio recibía de Blas de Olvera, por lo menos en 1747, la cantidad de 300 pesos anuales por el arrendamiento de la venta de Totolzingo. Fue hasta 1758 cuando los jesuitas ajustaron el monto por 500 pesos²⁶. Pero por supuesto que ese no era el único ingreso que tenían y que les pudiera alcanzar para el mantenimiento de sus obras en la ciudad de México. A la par que seguían produciendo ganado, pulque y semillas en Acolman, incluyendo las muestras de apoyo económico por otros tantos benefactores, sus gastos no dejaban de correr. Había que comprar ropa

²¹ AGN, Tierras, 1776, vol. 2605, exp. 9.

²² *Ibidem*

²³ *Ibidem*

²⁴ *Ibidem*

²⁵ *Ibidem*

²⁶ María Teresa Sánchez Valdés y María de Guadalupe Suárez Castro, *Op. Cit.*, p. 98.

para los sirvientes, cubrir el salario de los maestros, comprar libros y mapas, despensa, cera, ropa de culto, pagar las fiestas de jubileo de la virgen de Loreto, financiar entierros y litigios.²⁷

Cuando la venta llegó a Totolzingo, este era un hervidero de desesperación, puesto que los indios aún no podían ver realizado su sueño de dotación de tierras para la siembra, mientras que los padres jesuitas seguían vendiendo y comprando propiedades en Acolman. La extensión de su poderío fue tan grande que en Totolzingo no solo instalaron la venta sino también un embarcadero del que tampoco queda memoria, pero cuya existencia consta en los documentos antiguos del AGN:

Últimamente tienen estas haciendas de Tepexpan un embarcadero que se halla a orillas de la laguna que cae en el llano de Totolzingo el cual tiene un cañón de estacada de trescientas varas de largo, su jacal grande con paredes y dos canoas de porte grandes y nuevas.²⁸

Su estrategia de venta no solamente era por tierra, sino que el traslado de los frutos de sus haciendas a la ciudad de México también era por agua. Ambiente húmedo en Totolzingo: garzas, canoas. Lugar de aves.

También queda testimonio de un horno de cal cuyo paradero sería todavía más complicado de localizar, lo único cierto es que estaba cerca de Totolzingo, sobre las faldas del cerro de Chiconautla:

En cuanto al horno de cal, consta que en el año de 1544 el excelentísimo señor don Luis de Velasco hizo merced y dio licencia a don Alonso Ramírez para que sacase piedra e hiciese con ella cal de un cerro, o cantera, perteneciente a esta hacienda que se halla en la cierra de Chiconautla hacia la laguna...²⁹

Hace referencia a la hacienda de Tepexpan, propiedad que los jesuitas compraron a la viuda de Alejandro Novoa en 1729 y dónde construyeron embarcadero y horno.

Las ventas eran incómodas, con mal alojamiento, con escasez de comida y de provisiones, como lo menciona Sandra Cynthia Bravo Guerrero en la tesis *Mesones y ventas en la Nueva España. Arquitectura de hospedaje*. Dicho trabajo refiere que al principio cada venta estaba regulada por un reglamento redactado por el mismo Hernán Cortes. Hubo regulación de la calidad de la comida, costos del alojamiento humano y animal, según el medio de transporte del huésped. “Que los

²⁷ Mireya González Peñaloza, *Catálogo del fondo documental de las haciendas de San José Acolman y anexas 1680 – 1840*, p. 31

²⁸ *Extracto primero de los títulos de las Haciendas de Oculman, Californias, Tepespan, Ystapam y Molinos de Californias y Nesquipayac, con la Venta de Totolzingo*; en AGN, Tierras, vol. 3513, exp. 1.

²⁹ *Ibidem*.

puercos y las gallinas no se mezclen con las bestias de carga ni con los espacios para el alojamiento humano”.³⁰

Posteriormente las ventas comenzaron a ser lugares insalubres e incluso peligrosos, sobre todo durante los primeros años del siglo XIX. En 1767 los Jesuitas fueron expulsados por primera vez de la Nueva España debido al poder político y cultural que habían ganado y que ponía en riesgo a la monarquía. Sus propiedades pasaron a manos de la llamada Junta de Temporalidades, institución que respetó las formas de administración que ya existían. La venta continuó siendo arrendada.

En abril de 1810, con el movimiento de independencia a punto de empezar, algunos extranjeros sospechosos se hospedaron en la venta. El virrey mandó solicitar al alcalde de San Juan Teotihuacán que hiciera comparecer ante él a Juan Álvarez, uno de los últimos arrendatarios de la venta de Totolzingo, y lo interrogara sobre varios extranjeros que estuvieron allí. Especialmente sobre su vestimenta, el lenguaje que hablaban, si percibió el destino que llevaban y todo lo que sirviera para averiguar su paradero.

Pero Juan Álvarez no había estado en el pueblo esos días. Era Semana Santa y justo el viernes había ido a la ciudad de México a hacer varias diligencias, además en realidad eran muchas las personas que pasaban por la venta. Dijo no poder asegurar si esos extranjeros eran buenos o malos y menos si eran de la nación francesa porque no conocía ese lenguaje, como tampoco el de las demás naciones.³¹ La historia de aquellos extranjeros, anotada en un expediente de la serie *Operaciones de Guerra* del AGN, termina con la promesa de Juan Álvarez de informar siempre que algún sospechoso se acercara a la venta.

Un incontable amontonadero de lluvias y secas pasaron junto con el éxito y las hazañas de los jesuitas en Acolman, así como se fueron los años de gloria de la venta de Totolzingo, cuyo último arrendador fue Vicente Tovar durante 1837 según Sánchez y Suárez. Después de varias expulsiones y restituciones, el éxodo de los jesuitas se concretó en 1856. El colegio de San Gregorio se convirtió en el Colegio Nacional de Agricultura y la Iglesia de Loreto quedó abandonada.

La hacienda de San José y sus anexas fueron rematadas. Actualmente sólo queda la capilla en medio de un llano que sigue suspendido en el tiempo. Uno atraviesa el puente de Loreto,

³⁰ Sandra Cynthia Bravo Guerrero, *Mesones y ventas en la Nueva España. Arquitectura de hospedaje*, p. 111.

³¹ AGN, Operaciones de Guerra, caja 6100, exp. 66.

probablemente llamado así por la santa patrona de los padres de San Gregorio, que conecta el pueblo de San José con San Marcos, y se sumerge en otra época en la que necios sacerdotes explotaban la tierra y la naturaleza con tal de enseñar a los indios el ave maría, la palabra de Dios y, en el fondo, forjar la cultura que hoy tenemos.

Ya no hay rastro de Blas de Olvera ni de sus aventuras de conquistador del pueblo. Las piedras que sirvieron para construir un edificio que vio pasar mayordomos, personal para componer chiqueros, pastores, viajeros, ladrones, se fueron desvaneciendo poco a poco como la arena de un reloj hasta desaparecer, sin que haya nadie que pueda voltearlo para volver a empezar. En el pueblo solo queda un eco del pasado que a veces llega por las tardes al sonar las campanas de la iglesia. La plaza quieta, las gentes se dicen “buenas tardes”, olor a tierra mojada.

Ojalá la memoria de lo no vivido nos devolviera todos los instantes que no están registrados en ningún lado.

1.7 Una iglesia muy vieja e indecente

Fuerza petrificada que anula el tiempo. Sobreviviente de un proceso devastador del olvido. Colocada ahí para recibir a un santo con alas. Escuchó llegar a los padres Agustinos de Acolman para refugiarse en esas pobres paredes de un diluvio que había inundado su palacio religioso. Vio a los indios buscando un pedazo de tierra para sembrar, envueltos en un remolino de reclamos y peticiones. Supo que taparon el pozo donde se ahogó una mula y que Blas de Olvera sembró ahí la cebada que vendía a los arrieros que pasaban por el camino real. Un día, después de esperar tres noches, vio a Tadeo Ramírez llegando con la madera que trajo desde Papalotla para construir un coro. Condenada a ser el único testigo inmóvil y mudo de un pasado que a veces se repite. Cuéntame la historia de tu pueblo, torre inmaculada.

Su origen es un pájaro perdido en el aire. ¿Cuánto tiempo lleva ahí la torre de la iglesia de Totolcingo? Al buscar en Google aparece la ficha número I-0011104895 del catálogo de monumentos históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) correspondiente a ese edificio. Según la ficha esa iglesia data del siglo XIX, pero en realidad, los primeros datos de

la iglesia aparecen en los litigios que llevaron a cabo los indios para pedir su territorio ante la Real Audiencia y pertenecen a 1714.

La iglesia fue el referente para que San Miguel Totolcingo fuera reconocido como pueblo. Sirvió como punto de partida para que Gregorio Dávila, en 1715, bajo las órdenes del entonces alcalde mayor de San Juan Teotihuacán, midiera las 600 varas de terreno que se tenían que repartir por cada viento (norte, sur, este y oeste) a cada uno de los pueblos de indios que conformaron la Nueva España según los reglamentos de esa época. Pero la iglesia de esos días ya no existe, ha tenido múltiples reformas a lo largo del tiempo, lo único que se conserva intacto es la torre.

La torre es un vestigio de dos cuerpos con campanas que suenan para anunciar muerte y fiesta. Pegada a una nave principal que no tiene más de 80 años. Con una cúpula nueva, presbiterio, coro, candelabros. También la adorna una pila bautismal que es tan remota como la torre. Agustina, es agustina no solamente por la estructura y el diseño propio de los templos que pertenecieron a la orden religiosa de San Agustín; sino porque está escrito en los documentos antiguos de los pleitos que sostuvo Totolcingo contra las haciendas del Colegio de San Gregorio. Fue el padre agustino, Juan Bautista, quien en 1715 reconoció que Totolcingo pertenecía a su curato.

Pueblo triste y conventual. Esa pálida torre se parece a la de Tepexpan, pero no es tan grande, también a la de Xometla, pero no tiene tantos detalles, es más cercana a la vieja torre de la iglesia que conservan en Tequisistlán y que el aire está borrando poco a poco. Todas esas iglesias también son agustinas. Los agustinos llegaron a México en mayo de 1533, tuvieron fama de construir los templos más grandes y costosos de Nueva España, pero en los pueblos más lejanos a la ciudad, como Totolcingo, las iglesias eran muy pobres. Al establecerse la doctrina agustina en Acolman, las misas en el pueblo eran cada 15 días, siempre y cuando a los indios les alcanzara para pagarlas y para el diezmo.

El pasado de Acolman está repleto de inundaciones, algunas tan drásticas que fue necesario usar barcas y canoas para trasladarse en las calles. En otras la corriente del agua llegó a ser tal que cualquier reparación que la gente tratara de hacer en un día, la corriente terminaba llevándosela al siguiente. Joseph de la Peña, uno de los tantos testigos que los indios de Totolcingo llevaron ante el alcalde mayor para declarar en favor del pueblo, dijo que los padres conventuales tuvieron en Totolcingo la cabecera cuando se inundó Acolman. Pies extranjeros víctimas de un éxodo acuoso. Otro testigo confirmó esa información en las declaraciones que también aparecen en los litigios

contra las haciendas en favor de la obtención de las tierras que conserva el Archivo General de la Nación y datan de mediados de 1700.

Misterio. Símbolo de un logro más de los evangelizadores, un territorio sumado a la lista de nuevos creyentes del catolicismo. Pusieron a San Miguel como patrono del pueblo y la gente no tardó en celebrar fiestas y misas en torno al santo. La vida pública se centró y desarrolló alrededor de la iglesia. Mario, el actual sacristán, recuerda haber visto una viga que tenía grabado el año 1742, y se lamenta al recordar que el padre Raúl Villegas la convirtió en cruz y le borró la fecha.

Alicia Arredondo, la mamá de Mario, recuerda que la viga grabada con el año 1742 fue quitada del techo de la iglesia cuando el pueblo se organizó para construir la actual parroquia. En esa remodelación demolieron prácticamente toda la iglesia antigua, dejando solamente la torre, no la pudieron tirar por el hecho de estar registrada en el INAH como monumento histórico. También mudaron el cementerio, el mismo en el cual estaba el pozo que taparon los indios, en donde después Blas de Olvera sembraba las semillas que comercializaba en la venta de Totolcingo.

Dicen en el pueblo que la iglesia ya se estaba cayendo, que su techo tejamanil no aguantaba más y que además ya les quedaba muy chica. Para la construcción de la nueva iglesia todo Totolcingo se organizó. Durante algunos años la avenida principal vio pasar un desfile de carretillas, palas, cemento, polvo. Las faenas eran los fines de semana. Primero tiraron el viejo techo de tejamanil que ya de por sí estaba a punto de caer, después siguieron con los muros y al final colocaron el piso de mármol. Dejaron dentro la antigua iglesia, cuando estaba lista la nueva destruyeron todo lo que quedaba vivo de la anterior.

Durante ese periodo los santos estuvieron resguardadas en casa de doña Cecilia Hernández. Hay una pintura de la virgen de los Dolores que ella asegura que iban a tirar por arcaica e inservible, pero la rescató, la guarda exactamente en el mismo cuarto donde estuvieron las demás imágenes. “Esa es la dolorosa, solita se fue renovando porque estaba muy viejita. Ha de tener como 50 años conmigo, pero en la iglesia estuvo desde el inicio”. Con ese recuerdo llegan a su mente un tren de imágenes que va enlistando con tono de rezo cristiano memorizado desde la infancia: el lienzo original de la virgen está en la iglesia; San Miguel Arcángel, el verdadero también está ahí; María Villaverde trajo a la Virgen de San Juan de los Lagos; el San Miguel peregrino es una réplica del que está en el altar mayor; Benigno Martínez guardó la custodia cuando llegó la Revolución, porque era de legítimo oro.

En los laberintos de la memoria es imposible señalar una fecha exacta del origen. Las demandas contra Tadeo Ramírez comienzan en 1763. Para ese momento llevaba viviendo 6 años en el pueblo y su suegro Santiago de la Cruz, a quién él y los indios de Totolcingo reconocieron como fundador del pueblo, ya había muerto. Tadeo dijo en una de sus declaraciones que él mismo ayudó a acarrear madera desde Papalotla para la construcción de un coro y que aportaba dinero para las fiestas, una de ellas, por cierto, la de la Virgen de los Dolores. Y que su suegro había ejecutado la fábrica de la iglesia, sin que nadie le ayudara. Lo mismo con las campanas, la pila bautismal y con una buena dotación de alhajas para la iglesia. Pero si la construyó él no pudo haber sido en 1742, tal vez esa fue la fecha de una de las tantas modificaciones que ha tenido ese edificio y por eso quedó anotada en la viga.

En los litigios de 1714 los representantes del Colegio de San Gregorio dijeron que en Totolcingo tenían una iglesia muy vieja e indecente, alardeando contra su autenticidad y su valor. Hoy, la joya más importante de ese colegio de padres jesuitas, la iglesia de Loreto, en el centro de la Ciudad de México se está cayendo y hay muchos letreros con los que piden limosna para hacer algo por ella, huele a humedad. Desde dentro se escuchan los ruidos de la gente que placea por Santo Domingo. El hombre que atiende la improvisada oficina parroquial regala agua de San Antonio a las mujeres que se acercan, con sus botellas de vacías de coca cola para llenarlas de esa agua y posteriormente dejar una limosna para hacer algo por ese edificio que en otros tiempos maravilla fue.

La iglesia de Totolcingo se convirtió en parroquia en años del padre Neftalí Escalona, según algunos documentos resguardados en la oficina parroquial. Ese día de 1999 hubo fiesta y una ceremonia religiosa en grande. Hoy su altar está revestido de oro, con suntuosos candelabros que cuelgan del techo de la nave principal. Piso de mármol reluciente tiene ahora, bancas de caoba fina. Las polillas y los hongos devoraron la pobreza que bañaba la iglesia original, si es que se puede hablar de una sola versión original.

La torre sigue ahí, la pila bautismal sigue ahí, las campanas siguen ahí. Pequeña y blanca, desde la altura se contempla sola y silenciosa. La iglesia albergó la primera escuela del pueblo, el primer cementerio. Estuvo en muchos ojos, tuvo días de abandono total y tristeza, meses en los que sus campanas se durmieron. Es memoria y misterio porque su origen está perdido en un rumor de hojas secas. Su imagen a través del tiempo es metáfora de la historia del pueblo.

1.8 Los dueños de la noche: relatos de bandidos sobre el camino real

Esa tarde del 22 de abril de 1812 Diego Rubin salió a perseguir, castigar y reprimir insurgentes. Atravesó un llano despejado y sin obstáculo, buscando a rebeldes que se escondían entre los pueblos y rancherías que rodeaban al lago de Texcoco. En la noche decidió suspender todo lo que tenía planeado, aunque entre los planes se enlistara la ejecución de un militar y un viaje. En su persecución había capturado cinco prisioneros, entre ellos uno del regimiento de México, cuya declaración era interesante y parecía ser necesario enterar al virrey.

El reo declaró que en la venta de Totolcingo se hallaban muchos frutos robados por sus compañeros. Su nombre era Pantaleón Rodríguez y su compañero, con el que había sido capturado, se llamaba Atanasio José. Al siguiente día, Diego Rubín de Celis, comandante de armas de Texcoco, mandó una carta al virrey Francisco Javier Venegas. Le explicó que esos ladrones merecían la pena, pero había esperado para no fusilarlos sin antes enterarlo y solicitarle treinta o cuarenta dragones, soldados que formaban parte del ejército novohispano. Los dragones se sumarían a la tropa de Celis para expedir una lucha contra los insurgentes en esa zona.

Por lo menos hasta el 25 de abril no obtuvo respuesta, a pesar de haber pasado por su mente uno y muchos planes sobre como interceptar a los ladrones en la ruta que iba desde la venta de Totolcingo hasta la de Carpio. Meditó salidas al amanecer, al anochecer, todas cobijadas por la oscuridad. Pensaba que los picaros seguían burlándose de él mientras esperaba la respuesta.

Finalmente, Venegas no le brindó el apoyo con los dragones porque la tropa se encontraba en otra misión. No hay información exacta sobre Pantaleón, pero seguramente fue ejecutado como tantos rebeldes que asaltaron los caminos y provocaron caos en las madrugadas. De esta y otras historias sabemos gracias a que las cartas de Celis y otros comandantes se encuentran resguardadas en el AGN. Abrir esas hojas antiguas, amarillentas, duras de tanto ver pasar el tiempo, es destapar una fosa de recuerdos; historias de hombres brutos jugando a la guerra, haciendo sonar campanas que levantaron palomas, aleteos de lechuzas.

Totolcingo, pequeño llano que Alexander von Humboldt, el naturalista más renombrado de su tiempo, descubridor del nuevo mundo, anotó entre sus bitácoras de viaje. Está y estuvo en muchos mapas, todos hoy borrosos y casi inentendibles, pero con el signo de la cruz puesto en el edificio que sin lugar a duda era la iglesia. En otros tantos incluso aparece la venta, con su tierra de labor y

sus aves atravesando el cerro de Chiconautla. En los más elaborados el pueblo parece una playa con las aguas del lago rodeándolo, custodiado por dos cerros: Chiconautla y Tlahuilco, y a la orilla del camino real que iba de México hasta Veracruz.

Lindero fundado a la sombra de las antiguas rutas prehispánicas que fueron atravesadas por hombres de pies descalzos. Administrado por la corona española, icono del resguardo de los intereses del rey. La ruta comercial más importante de la Nueva España, la conexión entre el viejo y el nuevo mundo. Piedras apiladas para construir puentes; ventas y mesones construidas para albergar a los viajeros. El camino real fue el paso de ganaderos, arrieros, tamemes, mineros, misioneros, religiosos, soldados, presidiarios, virreyes, exploradores; se convirtió, durante la guerra de Independencia en un verdadero pasaje de peligro.

Totalcingo es un llano situado sobre el camino real de Puebla y Veracruz, en las cercanías de la Villa de Guadalupe, tequesquitoso y propenso a inundaciones, y que las primeras lluvias devastaban al grado de que era frecuente que las mulas se despeñaran, cayeran y murieran.³²

Así lo define Delfina López Sarrelangue en su libro *Una Villa Mexicana en el siglo XVIII: Nuestra señora de Guadalupe*.

“De México a comer a Totalcingo”, está escrito en una antigua nota llamada *Itinerario de lugares para comer y dormir*, resguardada también en el AGN, posiblemente escrita por un arriero. Totalcingo aparece en la primera parada, después Teotihuacán, después Piedras Negras, de ahí a San Juan Bautista y luego a la Venta de Soto, después a Perote hasta llegar a la antigua Veracruz. Tres días y medio de viaje.

Todavía es posible atravesar el pueblo cuando se viaja desde la ciudad de México hacia Teotihuacán o incluso a Veracruz. De la salida de indios verdes, sobre la autopista que va hacia las pirámides, después de un rato de viaje es común ir descubriendo un pequeño rumor pueblerino, sobre todo porque sobre los árboles de la autopista se asoma la torre de la iglesia. Cuando es día de fiesta desde la carretera se ve la feria, los juegos mecánicos, el alboroto de luces de colores. Y del otro lado un Totalcingo no pavimentado, con parcelas sembradas, alguna carreta con su mula cargada de alfalfa o maíz. El camino al camposanto, pirules enormes, el cerro a veces pálido y otras verde y brillante, ya sea tiempo de lluvias o de secas.

³² Delfina López Sarrelangue, *Una villa Mexicana en el siglo XVIII...*, p. 188.

Caminos peligrosos como lo son desde el origen. Siempre hubo riesgo, no solamente cuando los primeros susurros de la guerra de independencia empezaron a desplazarse por el aire entre los cerros, ríos y barrancas. Asaltos hoy y ayer. Hubo un tiempo en que el pueblo era considerado el lugar donde los asaltantes de los camiones y combis de las rutas que van hacia la Ciudad de México se bajaban después de robar sus pertenencias a los pasajeros. Como los bandidos e insurgentes que se fugaban por la arboleda de Totolcingo en las madrugadas que los primeros años del siglo XIX vieron pasar, con el pueblo roncando y los cerros en sombras.

La arboleda cubría una parte del camino real a la altura de Totolcingo, le servía a los bandidos para escabullirse mientras se mojaban con las gotitas de agua que salían de las puntas de las hierbas bañadas por el rocío. Entre campanadas del pueblo alborotado, relinchidos de caballos y un eterno ladrar de perros. El 8 de julio de 1815 el teniente Cristóbal Pineda, comandante en turno del destacamento de San Cristóbal Ecatepec reportó que se hallaba en la arboleda de Totolcingo una partida de rebeldes, robando y maltratando a los pasajeros. Fueron perseguidos por Pineda con terror hasta que lo áspero de los árboles los ocultaron enteramente.

Pero desde 1812 esos árboles ya habían provocado problemas. Fue la época del auge del ejército del centro en todo el país, la fuerza militar más importante conformada durante el virreinato, el enemigo más feroz de los insurgentes. El capitán Saturnino Samaniego, miembro de ese grupo militar, emprendió grandes acciones en la región de Texcoco y Otumba. La arboleda pertenecía a las propiedades del Real Colegio de San Gregorio, junto con la venta de Totolcingo. El 20 de julio de 1812 Samaniego pidió al Virrey Francisco Javier Venegas solicitar al colegio talar la arboleda de Totolcingo por servir a la ocultación de los malhechores que desde ella salían a robar al camino real. En los expedientes del AGN y en ningún otro documento consta que haya sido talada.

Un camino ancho, hoy perdido entre las nuevas construcciones. Según algunas personas de Totolcingo, a la altura de las torres de electricidad sobre la ruta hacia la mina todavía se puede apreciar lo ancho que era. Sobre ese camino, que se enrutaba hacia Teotihuacán y Otumba, Celis, Samaniego y sus contemporáneos persiguieron a los insurgentes en la que no hubieran imaginado que después sería llamada Independencia de México. Pero llegaban a Teotihuacán y los insurgentes ya se habían ido, apenas pisaban Otumba y los ladrones habían salido antes.

Los insurgentes estaban resguardados en pueblos y haciendas, muchos de ellos estuvieron protegidos por curas, por el de Totolcingo no. El 10 de agosto de 1815 el cura de Totolcingo Juan

Somera pidió auxilio para conducir hasta la capital a dos religiosos dominicos y dos rebeldes de apellidos Espinosa y Serrano. Él mismo los entregó al arzobispo, acompañado por el teniente Antonio María Herrera. Así consta en una carta escrita por Eduardo Mondragón en esa fecha.

En muchos pueblos los insurgentes estuvieron protegidos por vecinos, en Atlatongo habían ocultado a Pantaleón Rodríguez y a otros tres insurgentes. En San Juan se ocultaron en la iglesia y los cerros. En Xometla se resguardaron en la hacienda de San Antonio. En Tepetlaoxtoc resguardaron a más de cuatro bandidos. En la iglesia de Santo Tomás Apipilhuasco quemaron cosas, algunas las rescataron y las llevaron a Texcoco en la iglesia del señor del hospital. Los insurgentes no eran hombres, sino liebres tímidas y fugases.

Fueron tales las revueltas de esa zona que en el pueblo de San Miguel Totolcingo tuvo que ser colocado un mesón. De la capital a Totolcingo la distancia era de 7 leguas, si había que llevar a reos desde la capital hasta Veracruz era obligatorio atravesar por el pueblo, era el hospedaje más inmediato. El 21 de enero de 1804 fue atendida la solicitud de la construcción del mesón y autorizada el 24 de ese mismo mes por Baltazar Ladrón de Guevara, autoridad de la ciudad de México. Los motivos para la construcción del mesón eran principalmente el riesgo de asalto que vivían las tropas al atravesar el camino real, el lugar indicado para ponerlo era Totolcingo.

“Por eso le suplico se sirviere concederme su superior permiso para fabricar en este pueblo una casa mesón que sirviere de alojamiento a las tropas, a las cuerdas y a los conductos de plata”, está anotado en el expediente dos de la caja 933 del ramo Indiferente Virreinal del AGN. Una vez construido se alojaron ahí cientos de hombres, tenía la seguridad suficiente para resguardar presos. “Si lo tiene a bien, se sirva disponer que las cuerdas que salgan de hoy en adelante hagan su primera parada en este pueblo”, escrito en el mismo expediente. Bandidos y extranjeros llenarían una realidad paralela a la de la tranquilidad que aparentemente permeaba en el pueblo, aparente porque siempre hubo desordenes que no podían evitarse.

Ese camino que atravesaba el pueblo fue el punto de contacto con el exterior. Después del desorden por ahí siguieron llegando los ecos de lo que pasaba en la ciudad. En su momento no eran más que noticias de otras formas de vida, de un desarrollo lejano que no parecía importar a pueblos como Totolcingo. Con su reloj único: la lluvia, iniciadora de un suceso, marcador de los periodos de cosecha y sus respectivas fiestas. Voces que intercambiaron remedios caseros y tradiciones culinarias.

Hoy sólo se habla de tesoros escondidos sobre el camino, en ranchos y haciendas. No hay madrugada que pueda traer los recuerdos de esos años cuando la guerra configuró el instante preciso en el que la relación entre el camino real y Totolcingo tuvo mayor sentido, un sentido repleto de miseria y de violencia.

1.9 Cuando la mula relincha la Revolución está perdida

Un día las historias de arrieros, de bandidos sobre el camino real, los recuerdos de los ranchos y las haciendas, con sus tiendas de raya y sus capataces astutos y explotadores; las texturas de la milpa y el adobe, ásperas, como la vida, comenzaron a desaparecer. Así como de antiguo solamente queda en San Miguel Totolcingo la torre de la iglesia, la pila bautismal, algún muro, una que otra frase; también sobreviven los últimos destellos de la memoria de una generación que sin aviso empezó a irse.

Y de pronto el sonido de las campanas de la iglesia era distinto, tal vez ya no se sentía igual, a pesar de ser las mismas campanas. Lo mismo pasó con la sensación de los días santos, en los que era imposible imaginar que la gente hiciera labores tan mundanas como lavar la ropa o barrer. La experiencia del alumbramiento con parteras, que sólo pedían papel y agua para asistir la labor de parto desapareció. Igual que la experiencia de la muerte como angustia compartida que corría entre las casas, con sus mujeres envueltas en rebozos que ayudaban a los difuntos a morir en la gracia de Dios.

Esas personas, cuya imagen de la vida se construyó a partir de las voces de abuelos de totomoxtle, se despertaban a las cuatro de la mañana y se dormían a las ocho de la noche, o antes; porque no tenían luz. Iban al molino a las siete y algunos a dejar el almuerzo a sus padres que trabajaban en el campo, en la hacienda de Tepexpan o el rancho del Liévano. No había tortillería, ni estufa, ni casas con pisos, ni licuadora, ni plancha, cuando llegó la plancha vino a morir el piojo blanco porque el calor los mataba.

Hasta hace algunos años, en el pueblo vivió una mujer de nombre Juventina Ramírez, delgada como el carrizo, acompañada siempre de perros. Sus cabellos blancos se revolcaban en el viento junto con el rebozo que siempre la acompañaba. En los surcos de su rostro llevaba guardados

recuerdos. “Nos dedicábamos a cortar maíz, a cortar frijol. Andábamos descalzos. Casi nadie traía zapatos. Para hacer de comer desgranábamos el maíz, hacíamos el nixtamal, poníamos las tortillas, esa era nuestra vida, esa fue la vida que llevamos”.

También recordaba que con la hierba llamada malva, puesta sobre tepalcates, armaban “la comidita” para jugar. Su casa estaba llena de gallinas y borregos, tenía un cuarto especial para guardar los granos y atesoraba sus cazuelas de barro. “A la caca de burro le decíamos *cagajones* y a la de vaca le decíamos *boñigas*”. Tal vez en el fondo, conservar esas costumbres y ese modo de vida era su manera de defender una naturaleza, sagrada por el simple hecho de haber sido heredada de su sangre, de sus ancestros.

Martha fue una mujer que creció con recuerdos sobre la hacienda de Tepexpan, que en su infancia solamente era la sombra de la impresionante empresa de los hacendados del siglo XVIII. Su papá era establero y ordeñaba las vacas ahí. De esas imágenes grotescas de la ordeña, el olor a estiércol, las cantareras lecheras escurriendo, la tosquedad de ese oficio, le había surgido un asco inexplicable por la leche. Eso la acompañó hasta el último día de su vida.

Martha Morales atesoraba sensaciones que contaba como si hubieran sido suyas. Hablaba de sembrar, laborear, cortar zacate, cortar frijol y lo contaba como si ella lo hubiera hecho. Pero en realidad desde pequeña había tenido que ir a trabajar a la ciudad “por la colonia Roma, por Insurgentes, en la Villa, en las casas ricas. Nosotros nos criamos trabajando”. Había sido tal el arraigo con su época y su pueblo que recordaba la vergüenza que sentían por pasearse con los novios en las calles, verse en las noches o la simple idea de que el hermano menor las viera en asuntos de amores.

Pero antes de esa vida, que ya para ellas parecía agresiva y pobre, hubo otras sensaciones, las de la guerra y la muerte. “Cuando la Revolución se vino, decía mi mamá que nada más blanqueaba de cerro a cerro. Se agarraban los zapatistas con los del bando contrario”. Recuerda doña Cecilia Hernández, nieta del fiscal de la iglesia, Benigno Martínez, quién en la Revolución guardo los candeleros y la custodia entre los adobes del templo. “Por no entregarlos trataron de matarlo. Intervino una soldadera, La coronela y les dijo que no, que lo dejaran en paz. De por sí los primeros que pasaron ya habían saqueado todo”.

Los caballos atravesaban el pueblo, entre gritos y balas; “las muchachas tenían que estar allá en donde guardaban los gallos y las gallinas, para que no se las llevaran, para que no fueran a ser violadas”. Hay una frase que Doña Cecilia no olvida, se la decía su mamá: “cuando la mula relincha la Revolución está perdida”. No hay mejor imagen que para ella signifique esa guerra que la de los muertos sin sepultura y sin rezos.

Cecilia, Martha, Juventina, con su generación se consagra el final del pasado que no volverá. Los sueños de una época que se arrastran entre la furia y el deseo. El sonido de esos tiempos es el gemido de una mujer dando a luz, envuelta en el calor de la parafina, al fondo un dulce trágico coro de rezos cristianos. Don Benigno guardó en los muros de adobe los tesoros de la iglesia, ¿dónde enterraron ellas el verdadero sentido de un ave maría, de la canícula y su acarreo de enfermedades, de la curación de espanto, de la crianza de los niños a base de pulque, de la vergüenza de saberse enamorada?

Después de la guerra vino la fiebre negra, la enfermedad. Y después el hambre. Después del hambre se levantó de la laguna una víbora de agua que envolvió hasta el último pez, llovieron tantos peces que cubrieron todo el suelo de Totolcingo. Y a comer.

CAPÍTULO II. EL PROGRESO SIEMPRE ES VIOLENTO

2.1 Sobre parcelas desiertas cae el silencio

—El camino real era muy ancho, por aquí atravesaba y de ahí se iba para San José. Del rancho del Liévano, que era de la Hacienda de Tepexpan, todavía vimos sus ruinas, nosotros las vimos. Había una leyenda que ahí se aparecía una mujer blanca en un árbol grandote. Nosotros estábamos niños, pasábamos en la noche y no vimos nada, pero dice la gente que si se aparecía una mujer vestida de blanco. Por eso decían que a lo mejor había dinero. El dueño se anotó como ejidatario número 101. Trajo maquinaria y volteo patas pa'riba todos los vestigios y no encontró nada. Pero dicen que se aparecía —dice don Rodolfo Miranda.

Sólo olvido y silencio. Desiertas las parcelas del cerro, sólo el aire que va y viene. Memoria seca. En la mente de don Rodolfo viven recuerdos intactos del cerro, de las parcelas, de siembras perdidas. “El campo siempre ha sido sufrido”. El campo que él recuerda es todo lo que hoy la gente identifica como “allá arriba”. Allá arriba está el cerro, los panteones, la siembra. Pero en la memoria de don Rodolfo hay un campo verde que un día fue lo más importante del pueblo de San Miguel Totolcingo, resultado de una lucha agraria por la que atravesaron al término de la Revolución Mexicana y que en una época llegó a ser motivo del desarrollo de aquel lugar que desde 1714 había peleado por sus tierras y que por lo menos hasta 1924 no tenía un repartimiento claro. Siempre en peligro de extinción.

—Dicen que el pueblo estaba separado, que no se unían, que un día pasó por aquí un presidente y los amenazó, les dijo que si no se unían iba a desaparecer el pueblo.

Para don Rodolfo la memoria es ingrata, pero tiene recuerdos claros de las cosas que le contaban su padre y su abuelo. Lo cierto es que, en 1916, en Totolcingo sólo había, según José Alfredo castellanos Suárez en *Empeño por una expectativa agraria: experiencia Ejidal en el municipio de Acolman*:

20 jefes de familia que cultivan un total de 564.6 cuartillos de sembradura, equivalente a 47 hectáreas. De las cuales 37.5 están acaparadas por solo dos personas. Hay 140 individuos, jornaleros en casi su totalidad, que no poseen terrenos que sembrar. En ese año solamente unas cuantas personas tenían más de cuatro hectáreas de tierra: Refugio Martínez, Carmen R. Viuda de Anaya, Aurelia N. Viuda de Martínez y Juan Martínez³³.

³³ José Alfredo Castellanos Suárez, *Empeño por una expectativa agraria: Experiencia ejidal en el municipio de Acolman (1915 – 1940)*, p. 220.

Aún después de terminada la Revolución Mexicana, las haciendas de Acolman, esas que los jesuitas habían dejado, estaban convertidas en propiedades privadas con dueños adinerados que explotaban tan la tierra y daban salarios miserables a los jornaleros. El reparto agrario que tanto había adornado los ideales revolucionarios aún no era una realidad, pero ya comenzaban los primeros tramites formales. Los demás pueblos habían emprendido su camino hacia el reparto de tierras, aún con amenazas de parte de los hacendados, quienes recurrieron, incluso, al poder de los curas para tratar de discernir a los indios en su lucha.

El sacerdote de Tepexpan decía que “todo cristiano que arrebató y despoja a su prójimo de lo suyo es condenado y excomulgado”³⁴, así lo apunta Castellanos. Pero Totolcingo llegó tarde al reparto. “No se ponían de acuerdo, eran apáticos, no hacían caso”, menciona Rodolfo recordando las frases de sus ancestros. Comenzaron sus trámites hasta finales de 1921. Con 89 jefes de familia sin tierra, 16 Personas con menos de dos hectáreas y 5 personas con más de 2.

El relato de Castellanos Suárez hace un recuento del proceso ejidal en Totolcingo.

El 12 de octubre de 1921 Totolcingo notificó al gobernador del Estado de México, Abundio Gómez, el nombre de sus representantes agrarios: Refugio del Valle, Servando Martínez y Eligio Pineda. También participaron Filiberto Martínez, Vicente Ortega, Manuel Miranda y F. Anaya. Los ayudaron: Manuel Beltrán, de Santiago Tolman, Celso López, de Santa María Acolman y un señor llamado Álvaro de Tezoyuca³⁵.

Don Rodolfo reacciona al escuchar el nombre de Manuel Beltrán. “Mi abuelo platicaba que Beltrán los llevaba a Palacio Nacional. Platicaba mucho de Beltrán. Yo todavía conocí a Celso López, ya estaba grande cuando yo era niño. De Álvaro no me acuerdo”. Continúa Castellanos:

El 24 de abril de 1922, Fernando Mañón, de la CNA, practicó el primer censo general en Totolcingo y reportó 385 habitantes con 158 jefes de familia. 5 vecinos que disponían de capital superior a 1000 pesos. La primera propuesta era 1.5 ha por cabeza. En total 237 ha³⁶.

Pasaron años de trámites, los hacendados seguían obstaculizando el reparto para defender sus intereses. También el ayuntamiento de Acolman, ya que sus principales beneficios los obtenían de los hacendados. Tanto los de Totolcingo como el resto de los pueblos estaban desempleados porque

³⁴ *Ibid*, p. 223

³⁵ *Ibid*, p. 220

³⁶ *Ibid*, p. 244

se habían convertido en enemigos de los hacendados. Por lo menos el administrador de la hacienda de Tepexpan mandó cerrar con alambrado el paso a la hacienda por la parte de la estación del tren.

El 13 de mayo de 1924, Totolcingo, junto a otros poblados, estuvieron en Toluca para investigar sobre el estado de sus expedientes. No había nada hecho. No había interés. Dos días después escribieron al presidente de la república:

Estamos materialmente cansados de oír excusas y denunciamos con todo respeto ante usted a la CLA y al señor Gobernador como cómplices de los hacendados... nosotros señor Presidente, estuvimos y seguimos estando con el Gobierno que usted preside, especialmente durante el último movimiento rebelde que combatimos por haber sido un movimiento reaccionario.³⁷

El señor Amado Miranda Rivero, abuelo de don Rodolfo fue delegado municipal en esa época, en realidad lo fue varias veces. Menciona que entonces se estilaba que el delegado municipal hiciera ley. Se llevaban a los presos caminando desde el pueblo hasta Acolman. En la noche había ronda, una forma de organizarse para cuidar el pueblo. Hombres de sombrero, huaraches, que se cobijaban con su sarape, machete oxidado en mano y daban la vuelta, la ronda. El delegado municipal cuidaba la calle. Todos los jóvenes de 18 años para arriba tenían la obligación de participar en la vigilancia nocturna. Ojalá su abuelo no sepa de esos caminos olvidados, de esas tierras vendidas, de esas voces silenciadas.

El 10 de abril de 1924 la Comisión Estatal, a través de su vocal A. Batiz, dictaminó que 27 personas de San Miguel Totolcingo carecían de carácter agrícola y otras 3 controlaban 50 hectáreas de las 81 con que contaba el poblado. Se beneficiarían a 131 individuos con 363 hectáreas, el pueblo ya tenía 30. En total 393 ha. 3 para cada uno. El gobernador estatal concluyó que solo 220 ha eran suficientes y se tomarían de la hacienda de Tepexpan y los ranchos de El Liévano e Ixtapan, sus anexos. El propietario de la hacienda promovió un juicio, pero no tuvo éxito³⁸. Para entonces el comité de Totolcingo era: Eligio Pineda, presidente; Servando Martínez, secretario; y Mariano Ortega, tesorero³⁹.

Municipalmente no había estabilidad, incluso hubo intervención de soldados para prohibir a los campesinos tomar las tierras. Intervino presidencia. Hubo revueltas en todo el municipio. Amenazas de muerte. Intentos de homicidio. Casas allanadas. Hombres golpeados. Campanas que

³⁷ *Ibid*, p. 271

³⁸ *Ibid*, p. 287

³⁹ *Ibid*, p. 287

sonaron una y otra vez para reunir a la gente. Desesperación de parte de los campesinos que no veían para cuándo podrían tener sus tierras. —Tuvieron que apuntar a mucha gente para completar el censo. A algunos los apuntaron bien chiquitos. También apuntaron gente ya muerta, —dice Rodolfo Miranda.

En 1925 Plutarco Elías Calles era presidente de México. El 26 de marzo de ese año ratificó formalmente el reparto agrario a Totolcingo, 600 hectáreas que se tomarían de la hacienda de Tepexpan⁴⁰. De nuevo el número 600, como las 600 varas que, por cada viento, contadas a partir de la iglesia debía entregar el procurador de indios a Totolcingo en el siglo XVIII⁴¹, anotado en los manuscritos sobre los pleitos con la Hacienda de Tepexpan. Siempre ganadas y siempre perdidas, siglos de despojo. Ya no eran gañanes, sino jornaleros, pero finalmente hijos de los hijos que nunca pudieron gozar totalmente de sus tierras. Ya no pertenecían a Teotihuacan, como barrio de Tequisistlán, sino a Acolman como pueblo formal. Aun así, conservaban la memoria de haber sido barrio de Tequisistlán y paraje incomodo de la hacienda de Tepexpan.

—Nosotros bajábamos a cuidar, que no nos ganara el ganado para la laguna de Tequis porque nos levantaban. Eran Bravos, ellos eran de caballo y pistola. Se venia la fiesta de Tequisistlán y levantaban con lo que veían. Una vaca, caballos, todo. Aguas porque nos van a dar una arreada. Presumían los de Tequisistlán que gracias a ellos Totolcingo tenía ejido.

Comenta don Rodolfo mientras observa sus parcelas en las faldas del cerro de Chiconautla. Dice que en esas tierras se sembraba frijol porque con poca humedad se daba. El maíz requería más humedad. Pero antes de poder sembrar lo que quisieran, después de haber logrado su dotación, los problemas apenas habían comenzado. Trabajar la tierra no sería tan fácil sin maquinaria ni dinero. Además, el siguiente problema era el reparto de parcelas a los ejidatarios. En Julio de 1925 Pedro Pineda, Gonzalo Martínez y Eduardo Martínez fueron a la Comisión Nacional Agraria (CNA) a denunciar al presidente del Comité Particular Administrativo (CPA), Eligio Pineda:

Acusaron a Eligio Pineda de traficar con las parcelas, ocasionando que a un grupo de personas no les tocara y a los que les repartió les tocó en tierras tepetatosas. El terreno sobrante no lo había entregado. En cambio, el señor Pineda se había tomado demasiado terreno de buena calidad para sí y sus parientes y allegados.⁴²

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 303

⁴¹ AGN, Tierras, Vol. 1626, exp. 4.

⁴² José Alfredo Castellanos Suárez, *Op. Cit.*, p. 321

El delegado Hugo Ramos, de la CNA constató que Eligio Pineda no había reportado el efectivo recaudado por explotación de magueyeras, siendo 800 pesos que tenía en su poder. Se debían 3000 pesos en contribuciones fiscales. Algunos individuos poseían 10 hectáreas y el resto pedazos de 1.5 hectáreas. Había de 10 a 15 personas sin parcelas. Es altanero, conflictivo, “él es el presidente y puede hacer lo que se le venga en gana”⁴³. Eligio Pineda fue restituido de su cargo.

El recuento de Castellanos Suárez termina en 1929, cuando Totolcingo y su antigua cabecera, Tequisistlán, vuelven a establecer comunicación para repartirse territorio:

El 24 de marzo de ese año Vicente Ortega, Manuel, Miguel y Tomas Miranda, Filiberto Martínez y Tomas Sánchez solicitaron una ampliación ejidal. En 1924 les habían dado 600 hectáreas, pero 342 eran de temporal y el resto cerril. Los de Chiconautla objetaron contra la solicitud porque afectaría sus terrenos que habían adquirido de la hacienda de Tepexpan⁴⁴.

La petición de Totolcingo fue negada, pero Totolcingo y Tequisistlán hicieron una permuta. El último donaría 80 hectáreas de tierras salitrosas de la hacienda de Tepexpan y Totolcingo daría 80 de otra superficie. El pedazo de tierra era un sobrante que Tequisistlán no pudo acaparar y Chiconautla tampoco era dueño de ese pedazo. El 5 de diciembre de 1929 fue definitiva la permuta.

Poco a poco la realidad fue cambiando, finalmente las tierras fueron expropiadas de las haciendas para ser entregada a los pueblos a manera de ejidos. Rodolfo recuerda que se calmó el pleito con los de Tequisistlán porque los de ese rumbo animaron a los campesinos que se unieran para hacer guardias rurales. Armaron una guardia rural y tenía reconocimiento de la defensa nacional. —Un día los de Totolcingo se pelearon con los de Tequisistlán y fue dónde terminó todo eso porque si tundieron a los de Tequis —menciona Rodolfo. Tal vez con esa pelea estaba concluyendo una conexión de siglos, Totolcingo ya no era solamente el único barrio de Tequisistlán sobreviviente desde la época precolombina, sino un pueblo independiente con su propio ejido.

Comenzó el desarrollo, auge de la siembra, las yuntas y las mulas por doquier. Por lo menos en 1932 ya había sido fundada la escuela ejidal Ing. José Gómez Vallejo, aquel ingeniero había sido vocal de la CNA, seguramente habrá intervenido en los trámites de la construcción de la escuela o en la entrega de la parcela escolar. En 1969 fue construido el Jardín de niños, lo construyó el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE). En esa misma época

⁴³ *Ibid*, p. 321

⁴⁴ *Ibid*, p. 373

fue fundada la Telesecundaria. Esta y otras escenas de progreso aparecen en los archivos que conserva el comité Ejidal en sus oficinas, documentos en los que poco a poco Totolcingo se va escribiendo con “C”.

Por mucho tiempo un ejidatario fue símbolo de poder y opulencia, sobre todo de injerencia para las decisiones del pueblo. No hay edificio, colonia, escuela o calle, cuya construcción no haya sido hecha bajo el visto bueno de ese grupo. Aunque la realidad actual es distinta. A partir de los años 60' comenzaron a gestarse una serie de expropiaciones en favor de la industrialización que en todo el país se estaba expandiendo. Expropiación ejidal para la construcción de una planta termoeléctrica de la CFE, una unidad de Pemex, colocación de infraestructura para Luz y Fuerza del Centro, que benefició parcialmente con el alumbrado público de una parte del pueblo, así consta también en los documentos de archivo del ejido, en los cuales queda claro que los ejidatarios no se negaron a las expropiaciones, simplemente pidieron la justa indemnización.

Otra buena parte de los terrenos ejidales terminaron convirtiéndose en las colonias que actualmente configuran al pueblo. Por lo demás, como en drama costumbrista, habría que decir, que el que tenía más dinero fue comprando los terrenos de los otros, los otros que han vivido de vender sus propiedades. El terreno del rico se fue haciendo más grande y el del pobre más chico. Lo de siempre.

2.2 Se pudrieron las yuntas bajo el sol sin que nadie las mirara

Hay quienes dicen que Totolcingo es pueblo de ricos, o “ricachones” como ellos mismos los llaman. Algunas otras personas incluso aseguran que es el pueblo más próspero del municipio de Acolman. Y es verdad que varias son las calles de Totolcingo, por no decir que todas, en las que se mezclan casas cuyos acabados son esplendorosos y sus cristales deslumbrantes, con casas a medio terminar, grises, banquetas orinadas por los perros, pero listas para las chelas de los fines de semana.

Pedro García es hombre sencillo, podríamos decir que de campo, pero lo cierto es que las imágenes de su pasado son mezcla de los recuerdos de la labranza, hedor de bestias, rebuznos de asnos grises; con los de la industria, torres levantadas en parajes que en otra época fueron sagrados. Su tiempo

es el de hombres que algún día regresaron del campo bajo el sol agonizante para caer en cuenta que la tierra ya no daba para comer, y fue preciso dejar los carros y los arados para abrirse hacia un supuesto mejor futuro.

Era la época de la gran industrialización, llegaron diferentes fabricas como General Electric, Sosa Texcoco, Compañía Allen, Cafés de México, la Central Termoeléctrica del Valle de México. Las fábricas eran la tierra prometida, y aunque los de Totolcingo seguían siendo campesinos, no dudaron en buscar las oportunidades del trabajo asalariado, así tuvieran que renunciar al paraíso.

Testigo de ese proceso en el que el pueblo poco a poco abandonó su tono agrícola, a Pedro le parece tener la pista principal del desarrollo de Totolcingo: la industria, que es en realidad el desarrollo de todo el país en una época en la que personas como él veían a sus padres mezclar su trabajo en el campo con los turnos en las grandes industrias que se instalaron en los alrededores de la zona, en la que por supuesto, como en todos los tiempos, Totolcingo quedaba cerca.

—Yo me acuerdo de mi padre, venia en la mañana, desvelado, ponía su yunta y se iba a trabajar. Regresaba a la una de la tarde, dormía, descansaba y en la noche otra vez irse a la fábrica. La cimentación de este pueblo estuvo así, con gente trabajando en la industria y en el campo.

No logra explicarse de dónde salía la fortaleza de esas personas para poder mezclar los dos trabajos, tal vez les sobraba inclinación hacia lo único que ellos y sus ancestros habían aprendido a hacer desde el origen, eso que no imaginaban que desaparecería. Veían el resplandor del monte sobre esas enormes máquinas grises.

El padre de Pedro trabajó en Sosa Texcoco. En 1943, el gobierno federal concesionó a esa empresa la utilización de las aguas salobres del vaso del Lago de Texcoco, cuyos objetivos productivos eran el aprovechamiento de las salmueras alcalinas en el subsuelo para dar origen a su producto principal, carbonato de sodio, que a su vez sería materia prima para la producción de sosa cáustica.

—Lo único que sacaban era carbonato de sodio. Hubo un tiempo en que estuvieron procesando la sosa caustica, pero les salía muy caro, entonces se dedicaron a la pura venta de carbonato de sodio. También utilizaban otro material para pintura, lo mandaban para el norte. Al final encontraron la mentada alga espirulina, pero tuvo muchas controversias, es un hongo nutritivo —menciona Pedro.

Todo lo que ellos nunca habían pensado en explotar y comercializar de esa manera, centenares de años en los que la sal estuvo ahí para que de manera casi imperceptible la industria llegara para

aprovecharla y salvar del hambre a las comunidades aledañas. —Me acuerdo de mi madre que decía que tiempo atrás, en la parte de la laguna se hacía esa nata, el alga espirulina, y la juntaban y hacían el mentado cocol. Nunca supieron qué tan importante era, hasta que la encontró Sosa —dice Pedro con tono de acabar de descubrir algo, después de tanto.

—Yo llegaba a las 6 de la mañana, aquí el transporte venía desde la Magdalena, Nexquipayac, Ixtapa, Tequisistlán, Atenco, Acuexcomac, Ranchería, Carpio. Nos dejaba a las 7 de la mañana en la empresa. Entraba, iba a mi casillero, me cambiaba. Agarraba una camioneta y me iba a lo que es el lago de Texcoco a recoger tres gráficas, esas tres gráficas me informaban sobre el sistema de bombeo, servían para tomar decisiones, porque teníamos 509 pozos trabajando.

Había fontaneros, especialistas en tuberías, personal dedicado a los pozos, eléctricos, soldadores, mecánicos, bomberos. Todos los que en algún momento fueron arrieros, labradores, tlachiqueros. Sobrios soldados derrotados por el sueño. Pedro empezó ganando 14 pesos diarios, al final, después de algunos años su sueldo había subido a 70 pesos diarios, más o menos en el 93, que fue cuando se cerró la empresa. Las prestaciones que recuerda son el servicio médico particular, el de especialidades, una tienda de autoservicio, aguinaldo y el festejo del 6 de enero para los hijos de los trabajadores, incluía una feria en la que todos volvían a ser niños.

Años después de la fundación de Sosa Texcoco, en 1964, llegó a las orillas del pueblo, casi en territorio de Ecatepec, un monstruo gris que echa humo. Desplazó las milpas y la tierra para posarse bajo el sol y convertir ese terreno en un paisaje apocalíptico, oscuro, repleto de tinieblas. Gritaba todo el día y exhalaba llamaradas gigantescas, como dragón de castillo medieval. Al principio era imposible dormir por el puro miedo de que fuera a explotar, pero después la gente se acostumbró, incluso se hicieron amigos.

Mucha gente del pueblo cambió su vida por completo, no sólo los que ya trabajaban en lugares como Sosa Texcoco, sino también los que entraron a trabajar a la Termoeléctrica del Valle de México, perteneciente a la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Totolcingo seguía siendo un pueblo pequeño y prácticamente todos se conocían y sabían su origen: la pobreza. Pero después de un tiempo, aún con escasos tres años de primaria estudiados, o ninguno, ya estaban manejando un carro *Le Baron*. Entraban a trabajar con tiempos extras, dobles, triples.

Eran tan pocas las casas que desde el pueblo se veía la planta completa, sus torres parecían tan altas, y sin embargo hoy sólo se ve el humo incesante. Le daban trabajo a cualquiera, los primeros ingenieros venían de varias partes de la república, sobre todo del norte. Llegaron con camionetas que nadie en el pueblo había visto, ser ingeniero era automáticamente sinónimo de riqueza. Al principio necesitaban conseguir mano de obra barata para levantar la construcción. “¿Como te llamas?, apúntate y éntrale al trabajo”.

—Yo hice mis prácticas profesionales en la Termoeléctrica y todos los trabajadores me decían, “ni saben ustedes que le debe la Termo a Totolcingo. Ni saben ustedes qué le debe”. Y la verdad sí ha ayudado. Por ejemplo, para los pozos de riego luego les regala bombas.

—¿Será que todavía le debe algo la Termoeléctrica a Totolcingo?

Rodolfo Miranda estudió ingeniería y es hijo de campesinos, ejidatarios, originarios del pueblo. Hoy día aún se lamenta porque nunca logró obtener una plaza en la CFE a pesar de haber demostrado talento cuando tuvo oportunidad de hacer sus prácticas profesionales. También recuerda que la empresa federal se encargó de la electrificación formal del pueblo y dio donativos para mejorar las escuelas, tuberías para subir agua a las parcelas y bombas para los pozos de riego.

—Un día andaba yo en el tablero. Era como de *Viaje a las estrellas*. Yo me agarraba las manos por atrás, fuera yo a tocar algo que no debiera.

Cuando Rodolfo hizo sus prácticas profesionales entrar a trabajar ahí ya no era tan sencillo como solamente apuntarse. Lo mejor era poder comprar una plaza, que después podría ser heredada a algún hijo o familiar. Hay muchas versiones sobre ese proceso en el pueblo, algunas personas dicen que una plaza costaba 5000 pesos, otras que costaba 500. Hay versiones que hablan de falsificación de documentos, para comprobar estudios, y hasta robo de plazas.

Lo cierto es que los trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad compraron un pedazo de terreno en el pueblo con el objetivo de fundar un fraccionamiento donde vivieran: “Se hizo esa colonia de ricachones”. Una colonia de ricos en medio de un pueblo de gente pobre. Hay quienes no tenían ni siquiera 15 años cumplidos y ya trabajaban no solamente en la Termoeléctrica, sino también en las demás fabricas que se estaban instalando. Y existe algo de pudor en la memoria, en el cambio, principalmente de la manera de vestir. Primero se acostumbraron a las faldas con cinturones, luego cambió faldas pegadas y de medio paso. “Ni podíamos dar el paso”.

Hoy día, por lo menos en la Termoeléctrica, siguen los nietos de esos primeros trabajadores, y seguirán sus bisnietos, porque las plazas, hasta el momento, son heredables; aunque tengan que comenzar de lava baños. Para la gente del pueblo es común inferir que si en una familia hay una persona que trabaja en “la termo”, como todos le llaman, su estabilidad económica es segura. Lo mismo pasa con los que se acuerdan de la gente que trabajaba en la Sosa Texcoco o en la General Electric, algunos de ellos fueron los primeros en tener televisión o construir casas con techos de bóveda.

En otros tantos existe, como cuchillo, una conciencia del fracaso. No haber entrado a trabajar a esos lugares, no tener “papeles” para demostrar un grado académico o “palancas” para lograr una plaza, aunque no tuvieran estudios. En pueblos como Totolcingo, donde a algunos “les fue bien”, a otros les queda vivir con algunos por qué y colocarse muchas culpas, habitar ciertos recelos, sentirse íntimamente clasificados como perdedores.

2.3 Tlahuilco era un gigante enfurecido que iluminaba las noches

Tlahuilco es la deformación de la palabra náhuatl *tlahuilquiltl*, cuyo significado según los estudios de fray Alonso de Molina radica en los vocablos *tlahuil*, que significa claridad o luz y *quaitl*, extremidad o cabeza de algo. En la transcripción de la *Relación de Tequizistlán y su partido*, que data de 1580, realizada por René Acuña, está anotado que los antiguos habitantes le llamaban *cerro de lumbre*, porque en ocasiones veían salir de él tanta lumbre que era capaz dar claridad en las noches.

Pero Tlahuilco, esa palabra, se escucha mejor pronunciada por la voz de los abuelos, tal vez porque entonces se oye cargada de vuelo de aves y olor a flores de San Juan en una mañana de junio. Porque en las esquinas de esas voces agrietadas se acumulan los recuerdos de un pequeño cerro donde crecían los pirules y los árboles espinosos llamados huizaches, los mismos que en navidad eran pintados de blanco, con cal, para ser adornados con focos de colores y escarchas que solían desperdigarse como lluvia brillante por el suelo.

Dicen algunas personas que aún lo vieron completo que ese cerrito no era muy alto, que parecía un bosquecito pequeño donde a más de uno le sangraban los dedos por sembrar frijol a tapa pie y que

por las noches se veían bolas de fuego, tal vez el tiempo había desgastado su antiguo poder de iluminar las madrugadas, dicen que eran brujas que brincaban en una danza borrosa y festiva. Todo era rojo: las bolas de fuego y el tezontle, la quema del rastrojo, la sangre de los pies, los últimos rayos del sol, el destino.

Tlahuilco y el cerro de Chiconautla son los dos testigos adoloridos del desarrollo de San Miguel Totolcingo. Cuenta una leyenda, que perdura entre algunos habitantes, que esos cerros eran dos vecinos. Tlahuilco era un hombre y Chiconautla, o el cerro grande como algunos lo conocen, era una mujer. Un día esa mujer salió a orinar sin cuidar a su alrededor, de repente se dio cuenta que Tlahuilco la estaba mirando. En seguida se volteó hacia donde se oculta el sol y continuó. Por eso el ojo de agua, que todos llaman “piedra miona”, quedó de ese lado.

Pero todo se ha roto, hoy Tlahuilco es un pastel descuartizado, cortado a talud. Un pastel que fue decorado de árboles verdes y cuyo relleno era un betún rojo que nadie en siglos había probado.

—Nosotros cuidábamos los borregos. Estaba enterito el cerro. Subíamos hasta arriba y había una parte que se veía como si hubiera sido un cráter tapado. Estaba hondo. Unas hiervas que casi no se conocían por aquí, como enredaderas. Abajo, unas cuevas donde una vez alguien pastoreando encontró un altar, encontró ídolos adentro —dice una de esas voces en las que todo lo pasado tiene mayor sentido.

Otra agrega: —Trinidad Mendoza, él descubrió el cascajo, la cuevita. Antes de eso Tlahuilco era un cerro con tierras de labor, esas tierras eran para frijol y cebada, no para maíz. Son tierras altas.

Escritos con máquina de escribir marca Olivetti, los archivos de las décadas de 1960 y 1970 del Comité Ejidal del pueblo dan cuenta de que por lo menos desde 1962, existe explotación de ese cerro. Hay un registro del 02 de mayo de 1967 en el que consta la extracción de mil 164 metros cúbicos de tezontle para su uso en carreteras federales, por los cuales los ejidatarios recibieron 3 mil 500 pesos.

El tezontle es el material descubierto en Tlahuilco, lava volcánica fosilizada a fuerza de años, común en esa zona conocida como cuenca de México. Y los ejidatarios son el gremio campesino de San Miguel Totolcingo que después de la Revolución Mexicana recibió la dotación ejidal de un promedio de 600 hectáreas con el fin de cultivar la tierra. Tierra dentro de la cual se encontraba

una cuarta parte de ese cerro, porque las otras tres fueron añadidas a los ejidos de Santa Catarina, Tepexpan y San Pablo Tecalco. Ahí comienza la partida de pastel.

Pero al inicio cada quién tomaba lo que necesitara de ese material para venderlo a los que lo ocupaban en la construcción. Le daban permiso a la gente del pueblo, cualquiera podía ir, limpiar y sacar el material. Llegaban unos pocos carros y lo compraban. Una persona que creció viendo ese cerro, dice que al inicio costaba 10 pesos un carro de cascajo y se pregunta cuánto valdrá ahora. Para después decir con guiño de lamento que después se metió el ejido, empezó a comprar maquinaria, a vender, a organizarse.

Comenzó entonces un rudimentario e improvisado sistema de extracción de piedra, balastro, arenilla, sello, grava, todo lo que se puede aprovechar del tezontle. El pueblo entero veía ante sus ojos el comienzo de la decadencia del cerro, nadie imaginó lo que representaban esas primeras paladas y extracciones a fuerza de un buldócer, que como animal mitológico mordía el pastel enorme haciendo vibrar la tierra. No volverían a Tlahuilco a ver los frijoles nacer, eso sería depredado, descuartizado y entregado para probar a cambio un plato que en ese momento se servía con el nombre de desarrollo.

Así, con los 80 mil 242.50 pesos que ingresaron al ejido entre 1966 y 1967 por concepto de explotación de tezontle, se pudieron hacer reparaciones en la escuela primaria, que en su momento fue nombrada Escuela Ejidal o Aula Rural, la misma en la que los ejidatarios hacían sus asambleas dejando colillas de cigarro por todos lados y los pupitres empolvados porque recargaban sus pies sobre ellos; así como para continuar con los trabajos de introducción de agua potable en el poblado. En 1968 lo recaudado fueron 70 mil 259.65 y también se invirtió en el beneficio colectivo.

Tal fue el fulgor de la mina que en un acta de asamblea del 23 de agosto de 1968 los ejidatarios mencionaron la propuesta de comenzar una investigación que les proporcionara elementos para regular la explotación de tezontle. Mientras se concretaba esa idea, el 28 de febrero de 1969 recibieron la cantidad de 16 mil 371 pesos por extraer 5 mil 457 metros cuadrados de tezontle rojo para usarlo en la carretera México-Tepotztlán a la altura del kilómetro 100. Continúa en los registros una lista de ingresos y egresos anotados en papel cebolla, pero tallado con cincel en la memoria de Tlahuilco por lo que le dibuja sus primeras grietas.

Del 16 de diciembre de 1970 al uno de mayo de 1972, anotados en 110 talones de venta, los ingresos por explotación de tezontle fueron de 595 mil 499 pesos, además de 207 mil 966 por material vendido a la Termoeléctrica, otros 30 mil 853 que pagó Armando Mejía por otra parte de material, 17 mil de cooperación de las granjas privadas que se habían instalado en los terrenos de la colonia El olivo, cantidades a las que se deben sumar 2 mil 430 pesos por renta del camión ejidal y fletes. Así se saboreaba la bonanza.

Estaba tomando forma la explotación del cerro, en ese periodo ya aparecen registrados en los archivos pagos de sueldos de peones y checadores por un total de 64 mil 436 pesos. En el corte de caja del 15 de diciembre de 1973 los ingresos ascendían a un millón 117 mil 514 pesos. Aunque los gastos habían crecido de forma exponencial, pues en reparaciones, combustible, lubricantes, operadores y ayudantes se habían gastado 455 mil 832.97. En obras del pueblo se invirtieron 222 mil 489.30. Destaca la compra del terreno para la plaza cívica del pueblo en 17 mil pesos.

En 1974 el gremio ejidal construyó un pozo que costó 5 mil 400 pesos obtenidos de los ingresos que ese año fueron de por lo menos 457 mil por explotación de tezontle y 78 mil por carga de trascabo. El gasto total por pago a los trabajadores fue de 89 mil. Los peones que antes habían aprendido a usar la yunta y que pasaron inviernos de antaño junto a bestias en largas tardes de labranza ahora aprendían a manejar máquinas que facilitaban el trabajo dejando atrás el silbido de las hoces.

A pesar de la negativa que había existido en 1969, el 2 de noviembre de 1974 fue constituida la Empresa Ejidal Tlahuilco, con el fin de controlar la explotación de recursos no renovables de San Miguel Totolcingo. El proceso fue supervisado por personal de la Dirección General de Fomento Ejidal. En los registros guardados en una caja de cartón, en las oficinas del Comité Ejidal, aparecen documentos que enlistan reparaciones de trascabos, compra de maquinaria, instalación de basculas para el control del material, contratación de checadores, operadores, impresión de talones para anotar la salida del material y los pagos, elección de comités de la empresa, repartición de utilidades y hasta un viaje a Tuxpan para evaluar la compra de un nuevo buldócer porque el que había en la mina estaba en muy malas condiciones. Cerro, mina, empresa.

En 1977 el ejido ya contaba con ingresos que superaron los dos millones de pesos, aunque los gastos cada vez eran más altos, la mayoría justificados con reparaciones y compra de materiales. Poco a poco se vislumbran menos obras para la comunidad. Las últimas que aparecen mencionadas

en esos años son la construcción de una unidad deportiva y un auditorio, a las cuales se sumaría la ayuda del gobierno del Estado de México. El auditorio nunca se construyó. Para el 18 de enero de ese mismo año los inventarios del ejido incluyeron en su lista dos tractores agrícolas, un camión de volteo, un tráiler buldócer, una ensiladora, un cárcamo de bombeo en la besana de la colonia Guadalupe, un pozo profundo en la besana de Santa Cruz, una camioneta Chevrolet modelo 1974, entre otros bienes.

—La mina benefició al pueblo en grande, los ejidatarios recibían su utilidad. Desgraciadamente ahí hubo malos manejos porque había dinero pero que se gastaba en material, en refacciones, en diésel. ¡Venga nos a tu reino y hágase tu voluntad! Hubo muchas fallas, hubiera sido mayor el beneficio. A nivel municipal Totolcingo es el líder económicamente, a parte de la mina hay muchos muchachos que se han dedicado a los camiones, al transporte. Lo que es Tepexpan y Totolcingo los tienen considerados con buen valor económico —dice una persona cuya vida ha visto transcurrir el destino de ese cerro. Quien también vio que los ejidatarios comenzaron a vender sus tierras. El campo empezó a ser una esperanza muerta.

La explotación de la mina también dejó de ser exclusiva del ejido. A través de una concesión, Tlahuilco comenzó a ser explotada por un particular.

—Muchos ejidatarios le vendieron sus tierras a René. Él era ejidatario, pero no conforme con eso viene otro ejidatario que es su hijo mayor. Ahora tiene a su esposa, la hija, la otra hija, el hijo, el otro hijo, la nuera. Tiene como 10 títulos ejidales, le han vendido todo. Creo que a una señora que le pedía un millón de pesos le terminó dando como 500 mil pesos y se quedó con su título—, menciona con rabia otra voz, la de una mujer que desde pequeña recuerda frases de caciques: “Sé que tu niño anda enfermo y que no tienes pa’ curarlo. Yo te doy los centavos, pero me dejas tu terrenito”.

René Martínez Villegas es dueño de Martínez Villegas S.A. de C.V. fundada en 1990 con funciones de extracción y venta de materiales que son utilizados en la industria de la construcción; por lo menos así está anotado en el Directorio del Sector Minero en el que no solamente aparece Tlahuilco bajo sus concesiones sino también la mina Cerro Grande y San Pedro en San Miguel Totolcingo, El Globo Azul y la Lupita en San Vicente Chicoloapan, así como La Guadalupana y La Magdalena en Ixtapaluca.

Cerro, mina, empresa, Martínez Villegas S.A. de C.V. Los ejidatarios concesionaron a René Martínez para explotar la mina y que en su momento recibieron utilidades pero que actualmente ya no está explotando Tlahuilco de lado de Totolcingo sino del de Tepexpan. Aunque todavía los beneficia con 100 mil pesos al mes que son repartidos entre los 100 ejidatarios, mil pesos para cada uno, que juntan de tal manera que lo reparten en 4 exhibiciones: en la fiesta del 12 de abril, el 10 de mayo, en la fiesta de San Miguel el 29 de septiembre y en diciembre.

Durante 2016 y 2018 ocurrió una explotación de un total de 22 millones 480 metros cúbicos de tezontle extraído de las diferentes minas cercanas a una construcción que hoy ya ni siquiera tiene sentido: el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAIM). Así lo reveló el artículo *Minas del NAIM operaron ilegalmente*, publicado por *El Universal* en septiembre de 2019. Éste habla de minas que operaron con irregularidad, sin permisos. De cerros que fueron transformados en cráteres rojos; de zonas que como Tlahuilco quedaron convertidas en áreas de acantilados, como campos de guerra. De corrupción y autoridades omisas, sindicatos, afectaciones atmosféricas y por supuesto del poder de René Martínez; cuya compañía es parte de las que más minas explotó en los 24 municipios alrededor del NAIM.

Lo que comenzó como un juego de niños ilusos que un día aprendieron a rascar la tierra y vender el material se ha convertido en una rapiña. Ese es el desarrollo material de pueblos como Totolcingo. Como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Poblado de escenas con neocaciques surrealistas que pavimentan calles, financian fiestas patronales, colocan presidentes municipales, dan trabajo a la gente. Parece correr la consigna de terminar con todo, el cerro se desvanece como una pintura.

Todo es paradójico al hablar de ese mundo, tal vez tiene razón una de esas personas del pueblo que contempla el pasado del cerro y dice que todo fue la suerte, que la suerte estaba echada. Un pueblo que se desarrollaría a pasos agigantados con muchos paréntesis de pobreza y desigualdad. Un cerro descuartizado. La joya más preciada del ejido fue su gloria y al mismo tiempo su decadencia. No hay triunfos ni derrotas en este drama, no hay personajes sino un coro griego que canta el destino de un pueblo sembrado de sal.

Tal vez un día habrá que despertar y ver que ya no queda nada de Tlahuilco, ni siquiera un montón de polvo.

2.4 El progreso es un animal sin memoria

Nada queda en esta tarde a punto de extinguirse, calles silenciosas que empiezan a llenarse de sombras. Pero la noche es lo contrario del día y en el día las bardas enormes de ladrillos grises se elevan para formar edificios escandalosos cuyas puertas se abren de vez en vez, automatizadas, como telones teatrales por los que se asoma una escenografía rudimentaria, poblada de engranes, aceite, chispas ardientes que salen como fuentes de las máquinas de soldadura. Y sin embargo los pájaros cantan, inhalan y exhalan el rancio olor del aceite.

En ese pequeño drama matutino los actores son personajes viviendo su primera o segunda juventud, andando en bicicletas sobre las que pasean sus ropas llenas de aceite de motor. Otros tantos sobre camionetas con llantas, defensas y tolvas llenas de lodo. Gente que se ha acostumbrado al ruido, a las exhalaciones frecuentes de la Termoeléctrica, el telón de fondo mejor acabado para una escenografía digna del estilo industrial.

El cielo que los ha visto trajinar durante todo el día empieza a oscurecer. Hay en San Miguel Totolcingo tantas fábricas, talleres y comercios como mototaxis o camiones de carga. Según estimaciones del portal electrónico *MarketDataMéxico*, el pueblo produce alrededor de 670 millones de pesos anuales, de los cuales doscientos millones corresponde a ingresos generados por los hogares y unos 470 a ingresos de los 290 establecimientos que allí operan.

Un día de trabajo normal, por lo menos en la fábrica de los españoles, como todo el pueblo la llama, empieza a las ocho de la mañana. Lo primero es pasar lista en la entrada, después media hora para desayunar y a las 8:30 empiezan todos a trabajar en cada área. Hay tapiceros, maquiladoras, carpinteros, personal para emplear. Cada área tiene un encargado que todo el día supervisa, principalmente cuida que todo el tiempo estén trabajando, que no se detengan. A las 2:00 es la hora de la comida, el personal sale a comer. A las tres en punto deben volver a sus actividades que terminan hasta las siete de la noche. Al final deben checar su salida.

La fábrica de los españoles en realidad se llama Vilmusa S.A. de C.V., la mayoría de la gente menciona que tiene por lo menos treinta años en el pueblo. Es una fábrica de muebles que contrata gente de la zona, el contrato incluye Seguro Social, por lo menos a partir de los 3 meses de trabajo. La jornada puede ser de hasta doce horas. Antes se llamaba mueblería Don Quijote, en el nombre llevaba la penitencia, pero después cambiaron su nombre a Vilmusa. Algunos de los modelos de

sus muebles se llaman Madrid, Kansas, Sevilla, Kiev, Múnich, Berlín; el primer mundo saliendo de las profundidades abismales de un pueblo subdesarrollado.

Pero al anochecer nada queda. Los ecos de aquellos ruidos, el recuerdo fugaz de las labores, sólo congelado por el instante de la madrugada, porque con los primeros rayos de sol vuelven como hormigas los obreros a su trabajo. Desfile de tijeras, pistolas de grapas, agujas, espigas. Se limpian sillones con aire comprimido y una esponja con gasolina. Alguien pone varios cartones largos en cada esquina del mueble y otra persona empieza a emplear, unas cuatro vueltas. Deben cubrir todo para después ponerlos en una bolsa de plástico y amarrarlos. Al final cargan todo en los camiones para ser distribuidos; unos 40 a o 50 muebles al día. Durante ese proceso nadie habla, ni siquiera se miran a la cara.

Araceli Guillermina Juárez escribió un corrido que dedicó al municipio de Acolman. En él hace referencia a Totolcingo mencionando que ahí hay gente de trabajo. *“Por eso yo los admiro”*. Además de las fábricas y los talleres la gente sale a diario a trabajar, en un desfile sin ton ni son la gente camina de un lado a otro para dirigirse a sus labores. En la avenida principal por las mañanas atraviesan las mujeres con el cabello recién lavado, las gotas aún escurren, pero no hay tiempo que perder.

Por lo demás, las avenidas de Totolcingo están llenas de changarros, vendimia de comida, lonas improvisadas de todos los colores que desde lejos indican que ahí se vende algo. Tamales, quesadillas, comida corrida, botanas, postres. Gente que trabaja. Albañiles, pintores, herreros, comerciantes, choferes. Sobre la carretera, un tramo enorme de negocios, talacheras, vulcanizadoras, venta de artículos de plástico, reparaciones hidráulicas, mofles, llantas. Un verdadero paisaje de industria y desarrollo, bañado de arena gris, a la sombra de rostros cansados, tristes habitantes del planeta tierra.

Gente que desde hace años camina con premura, que desgranaba maíz desde las cuatro de la mañana para llevarlo al molino. Un día se montaron en el lomo de una ballena llamada progreso que después los devoró hasta convertirlos en roedores de vida. Nada queda de ese mundo pobre y ciego. La noche se acerca y ya no hay claridad para bucear en el tiempo y rescatar emociones muertas o hablar de antiguos moradores del pueblo. Alguien en uno de los locales comerciales baja la cortina metálica, ese sonido siempre es violento y melancólico. En un lugar donde el tiempo se

mide por las horas de trabajo, el sonido ensordecedor de la cortina marca el final del día. Es el telón que baja al terminar la función.

2.5 En los pirules se fermenta el olvido

Algunas de las personas de mayor arraigo en San Miguel Totolcingo dicen que las colonias se fueron poblando con los hijos de los ejidatarios dueños de los terrenos logrados por el reparto ejidal en el siglo pasado. Aunque también saben que después del terremoto que descuartizó parte de la Ciudad de México en 1985 cientos de personas llegaron a comprar esas tierras. Refugiados del peligro, vomitados por la ciudad, una marea de rostros desconocidos que primero improvisaron casas con piedras y láminas, para después ordenar calles y callejones por dónde antes sólo hubo árboles de pirul y tierra.

El Bando Municipal de Acolman enlista 15 pueblos originarios, de los cuales San Miguel Totolcingo es el número 6; y treintaisiete colonias de las cuales 10 pertenecen a Totolcingo: Los Ángeles, El Olivo, Ampliación los Ángeles, Plan de Guadalupe, Radio Faro, La Laguna, La Era, Lázaro Cárdenas, Santa Cruz y Las Brisas.

Las más cercanas a lo que fue el pueblo original son Plan de Guadalupe, El Olivo, Santa Cruz y La Era. Ahí también ponen en las puertas un moño negro para señalar que son deudos de alguien, un listón rojo amarrado en las plantas para protegerlas del mal de ojo, una cruz en los edificios a medio construir, bendecida el día 3 de mayo en la iglesia y colocada en algún muro con un clavo improvisado para después ejecutar la acostumbrada borrachera de albañiles.

La gente a veces se sienta en las tardes, ya sea en la banqueta o en una banca construida con troncos o piedras, para platicar. Los viejos ven pasar la juventud y los más jóvenes van habitando apenas los rincones del deseo, plasmados en algún gesto, en la vista entre cortada hacia la vecina o la joven que pasa. Y ven transitar las camionetas elegantes de sus vecinos a los que apenas conocen, sólo saben que trabajan en lugares lejanos y que llegan muy tarde únicamente para dormir, que son familiares de alguien del pueblo al que tampoco le hablan mucho o que simplemente compraron terreno en Totolcingo porque no les queda tan lejos de la ciudad.

En Plan de Guadalupe las calles arden por el sol y están llenas de obreros que trabajan en las fábricas, principalmente de muebles, de plástico; e incluso talleres donde se lavan tambos de solventes. Las calles de esa colonia son extensiones del pueblo, pero repletas de tráileres, de todos los colores, como animales salvajes que corretean una presa atraviesan dejando la tierra en temblor y una nube de polvo que se dispersa entre el calor.

Calor, ruido, sequedad. Algunos terrenos vacíos aún, aprovechados para depositar basura o para el convivio de los abandonados perros que buscan entre la basura algo de comer. Goteras que salen de las casas edificadas con dos o tres pisos, a fuerza de aprovechar todo el espacio. Castillos color chatarra que se levantan hacia el cielo y se mezclan con las puntas de los domos de las fábricas, con sus ruedas giratorias como cúpulas de bulbo.

El ruido de autos, combis, camiones atraviesa esas casas cuando la carretera se inunda por las lluvias. Pasajeros de todos los rumbos se dan cuenta de aquellas fábricas y sus casas nuevas, y de la capilla dedicada a la virgen de Guadalupe, cerrada y descuidada, sin techo, con una lona improvisada debajo de la cual los sábados algunas mujeres dan catecismo a los niños, con una portada de flores de papel despintadas por la lluvia. La gente se organizó para colocar ahí el altar, unas bancas y cada 12 de diciembre dedican una misa a la santa patrona de la colonia.

Pero la colonia no dice su pasado, porque su pasado es el vacío, apenas un montón de tierras y llanos repletos de flores de mirasol que cada año al morir formaban paisajes de sequedad y espinas. Siguen creciendo las flores entre las casas, afuera, en las calles, y se siguen secando, sólo que tal vez nadie lo nota. La colonia contiene su pasado, en los gallos que cantan y los pirules que forman, en alguna parte, una enorme verde pared de ramas que bailan por el viento y el paso de los camiones de carga.

Santa Cruz y El Olivo eran tierras de labor cercanas al camino hacia el camposanto. Sólo eso, el camino para llevar a los difuntos a su última morada. Es normal que hayan sido pobladas, en un país en el que se aprovecha cada estancia de tierra para uso de los cada vez más incontables habitantes. Pero las calles de Santa Cruz y El Olivo se mezclan aún con algunas tierras de labor, siguen siendo el camino para el camposanto y las rutas para la gente que aún siembra y sube a sus

tierras para regarlas o deshierbarlas, separadas del pueblo únicamente por la autopista México-Pachucha. Pasan por esas colonias mujeres y hombres con sombreros y ramas de pirul atoradas en las orejas, porque al pasar por el camposanto pueden contraer un mal aire.

Son las más cercanas a un ambiente tranquilo, casi rural, sin calles pavimentadas, o no todas. También bailan ahí los árboles de pirul. Por esos rumbos los pirules están repletos de cuscuta, fideos amarillentos que los cubren como telarañas. No son tantos como para decir que la zona es húmeda, al contrario, han permanecido unos cuantos, desperdigados, orinados por los perros y convertidos en frescos contenedores de basura.

Esas colonias están llenas de grandes lotes de terreno bardeados hasta lo alto, con zaguanes enormes y rudimentarios capaces de tapar cualquier anomalía. Bardas grises, banquetas agrietadas por las hierbas, pequeñas canaletas de agua jabonosa salen de las casas donde ya se hizo el aseo o se lavó la ropa. Y ladran los perros, se escuchan las cumbias y los gritos de madres, desapretando los tendederos con los dedos aguados de tanto jabón. La ropa tendida es una ofrenda.

Casas con tabiques en las azoteas, como señal de que pronto continuara la obra. Porque han dejado varillas dispuestas a continuar el colado, protegidas con una botella de refresco para que nadie se vaya a lastimar. Las que no, son apenas terrenos cercados con mallas, con marcas borrosas de linderos por donde los vecinos atraviesan para ahorrarse la vuelta de la calle, acostumbrados por otros tiempos en los que atravesaban incluso las escuelas que no estaban cercadas, para ir a cualquier “mandado”.

Crecieron como las demás colonias, desprovistas de historia, cimbraron casas elegantes, en medio de calles con coladeras destapadas; de parques ni hablar. Lugares abandonados con tubos despintados por el sol. Motocicletas van y vienen, tiendas instaladas con pequeñas ventanitas por donde alguien despacha. Con su piedra al lado y su árbol en donde el repartidor de Coca Cola o de Bimbo ha colocado una publicidad. Y pasa por su Coca fría el que va a cuidar los borregos, se quita el sombrero y se seca el sudor, comenta las últimas de la tarde, la más reciente balacera, algún robo ocurrido. Sigue su camino bajo el sol, que es cruel con esas banquetas secas en las que a pocas personas se les ocurre plantar un árbol.

La Era era lugar de interminables juegos infantiles. Después a alguien se le ocurrió que parecía el terreno perfecto para trillar los granos. Entonces colocaron ahí montones enormes de cosecha, cubiertos por enormes lonas para proteger los granos de la lluvia. Después vieron llegar las piedras destinadas a construir los cimientos de las primeras casas. Y todo cambió.

Cada ejidatario tenía su espacio en la era, a fin de cuentas, el significado de una era concuerda con el espacio destinado al trabajo agrícola. Cuando llegaba la época de recoger siembra todo ese territorio se llenaba. Hacían sus montoncitos de cebada, trigo, maíz y de frijol. Tenían máquinas para triturar, no eran máquinas automatizadas, principalmente funcionaban con la fuerza de caballos.

El lugar se llenaba de un vuelo de lonas enormes que tendían en el suelo para poner el frijol y luego sacudirlo. Los niños se encargaban de escogerlo e irlo limpiando, trabajaba toda la familia.

Después empacaban con la yunta de prensa. Una parte de la cosecha la dedicaban a vender y otra la reservaban para el uso diario. Para la reserva de las mazorcas hicieron cincolotes, estructuras construidas con estacas, como cestas enormes con tapa de lámina. Ahí las protegían para que no le cayera gorgojo y abajo hacían un hoyo para ir sacando la mazorca cuando fuera necesario.

Poco a poco dejaron de sembrar, ya no hubo pozos y la industria empezaba a estar de moda. Entonces llegó la idea de hacer un auditorio en ese espacio, fue idea de Mariano Redonda, que en ese momento era presidente municipal de Acolman, pero los ejidatarios rechazaron la propuesta y en asamblea acordaron que esos terrenos se quedarían para uso de ellos y no iban a ser vendidos a fuereños, solamente a otros ejidatarios del pueblo o a sus hijos.

La promesa no se cumplió. Hoy casi toda la población de esa colonia es gente externa y aunque la mayoría de las casas son pobres, como casi todo el pueblo, hay otras con diseños arquitectónicos. Algo imposible imaginar en su momento, gente viviendo a ese nivel, con sus autos estacionados bajo la sombra de los pirules, que siguen, con sus troncos de grietas enormes y rasposas, tirando sus pequeñas semillas rojas y sus hojitas secas que se riegan por las calles y se cuelan entre las casas como murmullos cargados de tiempo.

Colonias que son vistas por los más originarios del pueblo como una avalancha de forasteros que llegaron en un abrir y cerrar de ojos para llenar las calles con sus nuevas costumbres, o su falta de costumbres tal vez; pero juntas también forman parte del rostro fragmentado de un pueblo aparentemente desarrollado, con algunos más ricos que otros y otros mucho más pobres que ningunos.

¿Pero en qué momento dejan de ser forasteros? ¿Cuándo se encuentran con gente del pueblo que ya los conoce y sabe de qué colonia son? Porque el pueblo sabe que las colonias ya crecieron, que viven muchas personas, que ya hasta fundaron capillas, parque o cantina.

¿Quiénes se pueden llamar originarios del pueblo? ¿Los que recuerdan sus años de juventud, de borracheras o fiesta, antes de crecer y haberse regado entre las colonias aprovechando el terreno heredado o comprado a buen precio?

Todas esas colonias son Totolcingo, pueblo de “originarios” y “forasteros”, y su crecimiento no se detendrá, es imparable, como el viento que mueve los pirules.

CAPÍTULO III. BUSCANDO EL RASTRO DE LA MEMORIA

3. 1 El día que llovieron pescados y otras historias de agua en un pueblo seco

El tren pasaba a las cuatro. Tranquilino de Jesús Valencia, bajito y redondo como jarro de Tlaquepaque, regresaba de cuidar los animales. Los llevaba a pastar cerca de la laguna, la gente le pagaba para eso. A las cuatro de la tarde el coro de berridos y mugidos, que se mezclaba con el sonido de la máquina humeante y triste, se abría camino sobre la avenida principal dejando sus pezuñas marcadas en la tierra. El pastor del pueblo regresaba los animales a sus dueños y luego se iba por sus tacos de frijoles con chile y pepitas, allá por donde vivían doña Margarita Villarreal y don Maximiliano Pérez.

Del lago de Texcoco quedaban lunares gigantescos de agua que se veían desde las vías del tren, eran tan grandes que la gente les llamaba la laguna. A ciertas horas aquello era un paisaje de cuerpos femeninos colocados al viento, con los pies espinados por el zacahuixtle que inundaba las veredas por donde caminaban. Se mezclaban con el baile de faldas, sábanas, pantalones, camisas con olor a sol. En alguna parte salía agua clara y dulce, ahí llegaban las mujeres, con sus burros que llevaban ropa en bolas de sábanas atadas a los fustes. Pasaban la mañana entera lavando ropa, tallando sus soledades cada una sobre su propia piedra. Se bañaban ahí, mojaban su piel que ya empezaba a marchitarse como el lago.

—Corríamos cuando éramos chamacos, íbamos a ver patos y pescados —dice el señor Lupe García mientras con lentitud se va sentando en la cabecera de su mesa. La memoria lo traiciona, sobre todo cuando un extraño trata de remover sus recuerdos. “Mi papá iba a traer pescados blancos en su ayate. Yo nunca fui a las armadas por patos”. A sus 91 años le es más fácil recordar y contar sus historias en la mañana. Es tarde y solamente puede recordar los ocasos. Dice que los patos llegaban en invierno, por millares, atravesando el caserío coloreado de rojo por los efectos de los rayos del sol sobre el pueblo que era chico. Llegaba hasta la casa de don Amado Miranda, atrás del edificio que llaman “Casa del pueblo”, donde después vivía doña María Castañeda. Todo lo demás, hasta las vías del tren, eran tierras de labor y llanos.

En otro día y durante otro meneadero de recuerdos, Rodolfo Miranda menciona que “los especialistas de la casa del pato rentaban toda la laguna a Tequisistlán y a Ixtapan. Había un señor que venía de Chimalhuacán, se llamaba Julio y era experto. Julio ponía las armadas, unos cañones que instalaban sobre unas pequeñas islas que llamaban tlateles. Unos cañonzotes así grandotes

como escopetas, pero grandes. Estaban cazando, cazando, y ya que estaba el montoncito (de patos) le soltaban”. A propósito, don Lupe sí recuerda el apellido: Julio Guzmán. Él dice que venía de Iztapalapa.

—En la tarde veían como pasaban los patos y decían, mañana va a estar buena la caza, se veía como cruzaban las parvadas en el cielo. Al siguiente día, apenas estábamos despertando y se oía un tronido tremendo, luego pura corredera de gente que se iba a recoger los patos. Ya luego venían con la comida para la casa —menciona la señora Gloria Arredondo. Esas imágenes pasan sobre su cabeza que es un campo de algodón iluminado por la luz de la tarde que atraviesa las ventanas de una casa con techo rojo de dos aguas. El estruendo era un llamado a la aventura, porque por lo menos para la gente del pueblo eso era, una aventura; para los armaderos era un negocio.

Después de la cacería sacaban los patos a la orilla de la laguna con las chalupas y de ahí se los llevaban al Distrito Federal para comercializarlo. Ese era negocio de los que rentaban el lago a los pueblos cercanos a Totolcingo. Pero la gente de Totolcingo, cuando oía tronar los cañones, salía de todos lados y recogían los patos que quedaban. Rodolfo reconoce que “era piratear porque ellos decían que les costaba la pólvora y todo. Se ponían al brinco los de Tequisistlán, pero ellos alquilaban la laguna y los armaderos les pagaban, ya no tenían por qué reclamar”.

—Tenían estilo para bajar. Andaban por aquí por las faldas del cerro pastando o sembrando y cuando escuchaban el tronido agarraban sus yeguas, bien chiquitas, atravesaban la carretera fácil. Tenían entrenados a sus perros, hasta con el píe entendían para donde dirigirse, les entregaban los patos que agarraran —rememora Rodolfo mientras sonrío curveando su bigote y hundiendo un poco más sus ojos que son dos uvas. Sonrisa de nostalgia, Rodolfo observa desde sus parcelas, en el cerro, el perímetro que abarcaba la laguna que ya no existe. Para ellos las armadas eran como una película de la Revolución Mexicana, un despliegue descomunal de caballería y desastre entre polvo y cañones.

Los patos que cazaban eran contabilizaban por medio de “cuentas”. Una cuenta eran 84 manos. Si eran chiquitos cuatro patos hacían una mano, si eran grandes tres y había otros más grandes con los que sólo eran necesarios dos. —Esas eran las mentadas cuentas —dice Pedro Miranda, voz áspera como corteza de árbol, utiliza sus manos endureciendo sus dedos para mostrar la rudeza de esos instantes. Dice que también llegaban unos patos grandotes y gordos que llamaban golondrinos y en las patitas tenía unos anillos que decían Parque Nacional Canadá.

Después de la guerra llegaban a las casas con el agua chorreando desde las rodillas, las manos húmedas y frías, con los manojos de patos apretados con tal de no haber tirado ninguno en el camino. Fue muy famoso el caldo de pato, el pato en barbacoa, el secreto que muchos no sabían era que el pato no se debe tallar mucho porque huele feo. Nada más pelarlo, medio enjuagarlo y al caldo. Era un caldo negro pero delicioso. Miranda es ejidatario del pueblo y dice que la creatividad de las cocineras era tal que hacían hasta tamales de pato. Le daban uso a la tripa de pato, porque la limpiaban bien y hacían los famosos tamalitos.

Los patos sólo llegaban en invierno, pero el lago se quedaba ahí todo el año y con su estar también existía una realidad húmeda, repleta de tulares, víboras de agua, charales, pescados. La laguna era una feria de hombres pescando, cuidando animales o mujeres lavando ropa. Era un espejo gigantesco, el reflejo de cada persona era su propia forma de reconocer al mundo. Sobre la sal flotaban los anhelos, los amores, el desamparo.

Un día llovieron pescados en el pueblo, “los trajo el agua y estaban vivos” menciona Rodolfo sin poder creerlo todavía a pesar de haberlo visto, a pesar de tantos años. Hermosa tempestad casi bíblica. “¿Y qué hicimos? comerlos”, dice con tono burlesco. Todo lo que cayera del cielo era bueno.

Don Lupe tenía tal vez 25 años cuando eso pasó. Él dice que los pescados que cayeron eran juiles o más bien “juilotes”, como los refiere. Cayeron por todos lados. “Como un remolino, fueron cayendo, con el aire se murieron en el piso, pero sí cayeron vivos”, agrega.

Modesta Arredondo, la costurera más famosa del pueblo, era una niña cuando eso pasó. Sus compañeros le hacían burla por usar zapatos de hombre, no comprendían que su enfermedad, la “polio”, como le llama ella, hacía que requiriera zapatos especiales. “A mí me encantaba andar descalza, nos íbamos a la barranca, nos gustaba salir ahí porque bajaba el agua y metíamos los pies. Entonces vimos que empezaron a caer pescados blancos”.

Muchos de los pescados terminaron aglomerándose en charcos. “Tráete una olla, decían”, recuerda doña Modesta, sentada en su silla de ruedas, queriendo volver a esos años, cerrando los ojos para ver los botes de alcohol, cuadrados, de aluminio en los que la gente juntó los pescados que pudo. —Te puedo asegurar que ese día todo Totolcingo comió pescado.

Teresa Elizalde tenía en brazos a su hija Gloria. Ella conocía la laguna muy bien porque era de las que iban a lavar, dice que los pescados cayeron ahí. Cuando escuchó que la gente empezaba a salir de sus casas para ir a recoger los pescados encargó a la bebé con su mamá, quién sin decir palabra alguna recibió a Gloria en sus brazos señalando un ayate con el que Teresa se fue al alboroto. Juntó tantos pescados que les alcanzaron para preparar tamales y luego venderlos en Santa Catarina y Tenango. Teresa calcula y dice que si su memoria no le falla eso fue por lo menos hace setenta años.

Fue una tormenta terrible pero bondadosa. Algunos dicen que nunca supieron de dónde llegaron los pescados, otros aseguran que vieron en el cielo una víbora luminosa navegando por el aire, se había formado en el lago, se paseaba sobre los cerros, como recuerdo de otros días en que los dioses bajaban a la tierra para andar entre los hombres. No comprendían por qué les iba tan mal y vieron esa lluvia de pescados como un regalo del lago generoso que a veces mojaba sus tobillos.

Les arrebataron el lago, lo secaron, lo poblaron y hasta quisieron construir un aeropuerto. Por un instante Modesta detiene el sol y recuerda lo que su padre le decía: "todo está encima del lago, México, todos estos pueblos, Totolcingo también está encima del lago".

3.2 Alicia en su país de las maravillas

Eso fue después de que le quitaran las naguas a San Miguel. Porque la ropa del santo era de tela, no como ahora. San Miguel repleto de encajes, con corona y plumas de tres colores. —Quítale esas naguas, Esther —decía el padre Tomás. Era 1970 cuando aquel padre, que por cierto un buen día se fue de repente del pueblo sin que nadie supiera las causas, lo desvistió y con el favor de los hermanos Villaverde se llevaron la imagen por los rumbos de la basílica para que la remodelaran. Desde entonces santo y ropa son una misma pieza.

Aunque desde 1950 la imagen del arcángel había sido reparada por algunos desgastes que tenía. También se la llevaron a la ciudad. Esa ocasión el santo patrono regresó el 29 de septiembre, todo fue fiesta y júbilo. Cantos, cohetes, niños vestidos de blanco regando pétalos de flores sobre el camino. Alicia tenía nueve años y caminaba entre la multitud con su hermano Raymundo tomado

de la mano, la procesión estaba enmarcada por los árboles que se mecían de un lado a otro alrededor de esas calles abiertas por el aire.

Un año le faltaba a Alicia para empezar a hacerse cargo de lavar los purificadores que usaba el párroco para limpiar el cáliz en las misas. “Lávalos bien sobre el lebrillo, niña, ten cuidado, y el agua que salga no se tira en la coladera, se la pones a una plantita”, le decía el cura. Para una niña de esa edad el mundo que estaba empezando a conocer solamente representaba emoción. Eternas procesiones en las que participaba todo el pueblo, devoción de personas que veían pasar al santo patrono y sin pensarlo se hincaban ante el cortejo.

“Ya se llevan a San Miguel para la procesión”. “¡Ay! No me vayan a tirar a la virgen, cárguenla con cuidado”. “Dile al cohetero que venga el 29 para la fiesta”. “Que el sacristán salga desde hoy para la recolección, porque la capilla ya se está cayendo. Dile que pida dinero casa por casa”. “Y de una vez vamos viendo lo de los rosarios de mayo y de junio”. Ese era el remolino de tareas que Alicia recuerda desde los 10 años, mezclados con los juegos de muñecas con Maruquita, Clarita, Lupita y Esperancita, “las niñas”, como les decían. Alicia ya era mamá, porque sus hermanos menores se habían convertido en sus hijos, y al mismo tiempo se estaba instruyendo en todos los asuntos de la iglesia.

Los hermanos Jesús y María Villaverde Barrera eran fieles devotos de la Virgen de San Juan de los Lagos, en 1924 fueron en peregrinación a Jalisco, donde está el santuario más grande dedicado a esa virgen y adquirieron una imagen que decidieron entregar para el culto de los feligreses de la capilla del Santo Cristo del Obrero en la colonia Buenos Aires en la ciudad de México. Ellos eran de esa colonia, aunque después se fueron a vivir a la calle de Mesones y luego a 20 de Noviembre en el centro histórico de la ciudad. Fue la primera de un número incontable de vírgenes que entregaron para extender su culto, una de ellas llegó hasta El Vaticano.

Los Villaverde fundaron una tradición tan profunda que actualmente las peregrinaciones y las fiestas en honor a la virgen continúan celebrándose a cargo de la llamada Comisión Organizadora que estableció Jesús Villaverde y a la que hoy pertenece gente entusiasta como Miguel Mendoza, Julio Trejo y Gloria Chávez, quien habla de aquellos hermanos como las personas más nobles y caritativas que ha habido en ese lugar. La oficina de la Comisión está en la que ahora es parroquia de la Buenos Aires, es un verdadero museo dónde conservan desde una fotografía de Jesús

Villaverde: traje y bigote, con la pulcritud de un ex militar de su época, ningún cabello levantado; hasta cada uno de los vestidos que ha utilizado la virgen desde entonces.

Es muy probable que haya sido un 12 de abril, de algún año perdido en la memoria, cuando los Villaverde llevaron la primera imagen de la Virgen de San Juan de los Lagos a Totolcingo, era un cuadro. Los recuerdos infantiles de Alicia memoran el apellido de los Villaverde. Hay algunas versiones en las que se dice que la gente cantaba y bailaba a la virgen, que hacían una velada y el lunes había procesión. Que después se la llevaban hasta que un día se quedó. La figura de yeso que hoy está en la parroquia de Totolcingo llegó después, también por obra de ellos. Desde ese día en el pueblo se celebra una fiesta igual o más elaborada que la de San Miguel, con sus propias danzas, cantos, cohetes y borracheras.

Pero cuando la virgen de bulto llegó no era como se ve actualmente, su estructura estaba hecha completamente de yeso. Para ese momento Alicia ya había aceptado su destino ligado totalmente a los empeños de mejorar la iglesia y principalmente a sus santos. Un buen día se le ocurrió “darle una manita de gato” a la virgen. Al pueblo había llegado a vivir un escultor, exactamente en la casa que hoy está abandonada en la avenida principal, ahí donde no corre el tiempo y las hierbas feroces han ido cubriendo las losas del patio. “Déjale el cuerpo así como lo tiene, de yeso, solamente hazle la forma de la falda con caoba”. Eso fue en 1975.

Alicia se apresuró a conseguir el dinero para estar en posibilidades de pagar los arreglos. Algunas de sus amigas de la infancia se habían convertido en sus comadres y también en sus aliadas para la organización de las misas, faenas y cualquier asunto que tuviera que ver con la iglesia. “Tú pide, aunque sea que te cooperen con piquito”. “Ay niña, bueno, sí te coopero, aunque sea con esto”. Sus principales cómplices fueron sus comadres Silvia y Cuca.

Esa no es la última “manita de gato” que Alicia recuerda cuando se le pregunta sobre su vida y su vocación en la iglesia. La única pintura antigua que hay en la iglesia de Totolcingo es un lienzo de la virgen de Guadalupe, que tuvo una restauración en 1897, aunque en realidad la que le dio su brillo final fue Alicia.

—Don Juanito Pineda quería que pintáramos a la virgen, me compró polvo de oro y otra sustancia. Y ahí me tienes pintándole el rededor del manto de dorado y cubriéndolo de estrellas con ese mismo color —dice Alicia. El brillo de la pintura iba haciendo aún más bella a la virgen que con respeto

veían los ojos de Alicia, aquellos ojos suyos de 1971. Tenía 28 años, entonces ya estaba criando a sus propios hijos, pero le temblaban las manos al atreverse a pintar ese lienzo. Esas manos que habían aprendido, desde niñas, a domesticar bestias dándoles terroncitos de azúcar y susurrando palabras en su alma para después enjaretarles la guarnición y lanzarlas con la yunta hacía parajes rígidos y desnudos.

Le bastaba con saber que la iglesia había estado ahí varios cientos de años antes que ella para sentir un enorme respeto por ese lugar y una reverencia de esas que al percibirla dan ganas de creer en Dios. Su vocación había surgido desde la infancia, acompañando a su padre Francisco Arredondo a las misas, los rosarios, los días de fiesta y cuanta actividad alrededor de la iglesia se atravesará, sin contar la influencia de su cuñada Esther Hernández que también tenía una fuerte vocación católica.

—Me iba yo por la flor, mi cuñada me dejaba el dinero, me daba tiempo para la iglesia y los hijos. No sé cómo le hacía, hasta la fecha no sé.

Pero todo eso fue antes. Para entonces aún faltaba el gran acontecimiento que consagraría la pasión de Alicia hacía las labores religiosas. Fue un viernes de 1980. La tarde estaba empapada de un brillo especial, los últimos rayos del sol de ese día eran tan fuertes que parecía que no se querían ir nunca. El padre Hugo había terminado la misa de las 6:00. Alicia, como de costumbre, estaba en el atrio de la iglesia tramando con sus vecinas las labores para los siguientes días. De pronto el sonido de una ambulancia irrumpió en la tranquilidad de ese pueblo en el que una ambulancia era lo menos común, toda la gente de la avenida principal salió de sus casas para rastrear el sonido de la sirena y tratar de enterarse si había ocurrido algún accidente. El sonido se dirigía a la iglesia, la gente que estaba en el atrio poco a poco fue percibiendo que el barullo se acercaba hacia ellos. Estruendo, nervios, temblor de piernas.

Nadie podía haber previsto lo que en realidad llevaba esa ambulancia. Para entonces todos los que habían salido de misa ya estaban reunidos en la orilla más próxima a la avenida esperando la llegada del sonido que cada vez se acercaba más a ellos. Vieron que algo se asomaba por la ambulancia, cuyo ruido ya era ensordecedor. Los ojos de Alicia alcanzaron a mirar que el vehículo llevaba a cuestas un muchacho; tenía algo en las manos. Murmullos, curiosidad, caos. Posada sobre la media luna, coronada y rodeada de querubines, era otra figura de la Virgen de San Juan de los Lagos. Venían de Zacango, eran un grupo de ciclistas que sabían de la devoción de Totolcingo por aquella

virgen, querían que el pueblo la adoptara. A pesar de que toda su vida Alicia había estado familiarizada con aquella figura, ese instante, adornado con el vuelo de las últimas aves de la tarde, significó un redescubrimiento, como la primera vez que alguien conoce el mar.

Las personas ahí reunidas por el alboroto de la sirena, y maravillados por la gran sorpresa, no dudaron ni un poco en aceptar que la virgen se quedara en el pueblo. En ese momento, Alicia decidió hacerse cargo de esa virgen. Como quién acepta un destino, pensó que cada año le prepararía un vestido nuevo para las fiestas de abril.

Lo que comenzó con la devoción sembrada gracias a los Villaverde terminó siendo para Alicia el punto más álgido de unión con su iglesia y su pueblo. Los restos de Jesús Villaverde descansan en la Parroquia de la colonia Buenos Aires, casi en el altar mayor. Los de María o “Mariquita” como la recuerdan con cariño, en San Juan Nuevo, Michoacán; dónde ayudó a construir el templo. Hoy el pelo de Alicia se ha tornado del color de la nieve y su caminata hacia la iglesia ya no puede ser tan veloz; aun así, ella sigue vistiendo a la virgen con ayuda de su hermana Modesta. Hilos de eterna devoción, encajes, costuras en las que cabe toda la fe del mundo. Elementos con los que Alicia se ha fabricado su propio pequeño país de las maravillas.

3.3 El Club Juarista

Don Lupe no hablaba sobre el campo ni dedicaba sus pensamientos a la siembra o a las cosechas. Le era sencillo imaginar otro pueblo cuando caminaba por las calles de la Ciudad de México al andar de “pata de perro”. Él pensaba en la música, en la radio, en el cine, en el teléfono. Escuchaba la radio, pero no le bastaba con eso, quería saber cómo era y cómo funcionaba. Cuando se dio cuenta vio un micrófono en medio de una sala con un locutor que estaba “hablando como loco, ahí solito”.

Parafraseando a José Emilio Pacheco, ¿qué año era aquél? Ya había televisión, aunque fuera para unos cuantos. Cada ocho días la gente veía el Teatro fantástico de Cachirulo. Fue ese tiempo en que llegó al pueblo doña Mariquita, la catequista que era madrina de casi todos en San Miguel Totolcingo, aunque cuando murió no había ninguno de sus ahijados, murió sola. Había llegado de la ciudad, igual que otras personas que llegaron de allá. Así lo recuerda la señora Gloria Arredondo,

sentada en el comedor de la casa materna donde creció y cuyas paredes cargan las fotografías de toda su estirpe. Mujeres que vieron a Totolcingo convertirse en un pueblo “moderno”, “avanzado”. Y algunas de ellas se unieron al movimiento que comenzó don Lupe.

Eventos con músicos de renombre, kermeses, recaudación de fondos. En el fondo una manera de escapar de la realidad, de rehacerla aun cuando no se tiene nada. Podían armar un cine con las lonas que prestaran los vecinos, cercar un evento con ramas de pirul o recaudar dinero con una canasta de tlacoyos que su mamá les hacía para venderlos. “Organizábamos a la gente y les preguntábamos, ¿oiga y si usted nos hace algo para vender? Y les regresábamos su inversión”, dice doña Gloria.

Para armar las funciones de cine don Lupe ocupaba la escuela primaria, que para el momento ya era centro de reunión. “Traía un proyector grande y en la pared ponía una manta; esos paredones hablan”, menciona Gloria al referirse a la escuela a la que hoy le quedan apenas unos cuantos, de los primeros salones, el resto es nuevo. El teatro también desapareció.

Los maestros que daban clase en esa época mandaron a hacer una plataforma, un teatro. Había un hoyo en medio, un cuadrado donde se metía el que dirigía a los artistas. Si era un evento de la escuela ahí se metía el maestro que iba a dirigir. Era una plataforma grande. En esa plataforma don Lupe y el grupo de “muchachas” que se unieron a él podían crear un mundo.

—Don Lupe gestionaba, nuestro papel era participar en el ballet, ponernos de acuerdo para la kermés, adornábamos, era obligatorio adornar los puestos. Había mucha participación de la gente —menciona Carmen, la menor de las hermanas Arredondo, quien a los 14 años se paró en frente de los ejidatarios en una de las reuniones que sostenían en la escuela para decirles que el mobiliario ya estaba lo suficientemente deteriorado para que ellos lo siguieran arruinando, porque se sentaban arriba de los mesabancos y dejaban las colillas de sus cigarrillos por todas partes. Terminó regañada por su hermano mayor.

Cuando Carmen había cumplido quince años el trabajo de don Lupe tomó forma y nombre: el Club Juarista. —Comenzó con la formación de un ballet. Yo había cumplido quince años y en ese pequeño pueblo tenía mucho que no se organizaban esas fiestas con tantos chambelanes. Ahí es cuando empieza don Lupe a convocar a los jóvenes para un ballet, junto con Evelia Martínez —menciona Carmen, agrega que —el nombre del Club Juarista lo asignó don Lupe, no sé por qué

nos llamábamos así, tal vez teníamos alguna afinidad por Benito Juárez, nos parecía una persona importante.

Igual que Juárez tenían vocación por la comunidad. Si había una obra de remodelación en la iglesia apoyaban, si se tenía que recaudar para una mejora en la escuela también se unían, lo mismo para el concurso de la reina de las fiestas patrias o alguna ceremonia de inauguración, ya fuera la biblioteca o el centro de salud. Las hermanas Arredondo también querían mejorar las cosas. Eran hijas de un padre que emprendió varios negocios: una tabiquería, un puesto de carnitas y hasta una talabartería, sin contar sus labores en el campo y su incursión en la albañilería. Construyó uno de los primeros fogones de adobe en Totolcingo gracias a las inquietudes de su esposa, una mujer que había llegado de Cuernavaca donde la gente ya no guisaba en el piso.

Don Lupe recuerda sus escapadas en los domingos a la Ciudad de México. El día que conoció a Carlos Bernal, el capitán, así le decían porque era un capitán retirado del ejército y después se convirtió en locutor de radio de la estación XESM. “Lo conocí de pata larga, por ahí, en la Doctores, esa era una colonia de puertas abiertas, como Totolcingo en ese entonces. ¿Quieres estar aquí?, me dijo, yo le respondí que sí”. Recuerda las “Tres horas de danzón”, una sección de música en la que el ayudaba poniendo los discos, también tiene presente a Nico buen gesto porque lo conoció en aquel tiempo. “Duré cómo cuatro años ahí en la estación, me regresaba a mi casa como a las siete de la noche”.

—Aunque no fuera autoridad la gente lo buscaba porque siempre ayudaba y tenía conocimiento sobre el tema. Don Lupe era un señor de mucha voluntad. A él le nació esa vocación, tenía contacto con el exterior y veía nuevas cosas, tenía inquietudes —cuenta Carmen. Ella aprendió de sus hermanas, porque también ellas participaban para apoyar a la iglesia. Era una niña inquieta que observaba su trabajo. —El pueblo era más participativo, no había tantas cosas en que entretenerse, el 15 de septiembre era muy esperado, sí teníamos mucho público. Ríe al acordarse de sus “locuras”, como ella las llama, cubriendo su boca para disimular la carcajada que la hace apretar sus ojos, ojos que siempre dicen más que sus palabras.

Totolcingo supo de famosos como Catalina Aguilera, Álvaro Zermeño, Los hermanos Záizar, Las Toluqueñas o Raymundo Barrios. Tuvo encuentros en los que participó la orquesta de los hermanos Hernández, porque la mayoría de sus integrantes se apellidaban así, eran del pueblo. Uno de los eventos más significativos fue cuando don Lupe llevó a una vedete, “la Lili”, como él la recuerda.

Se presentó junto con Alejandro Rivera y el mariachi México. “Venía en short. Las señoras se tapaban la cara. ¡Ay, vieja puerca! Los hombres le aventaban el sombrero, bendita fiesta decían. Eso fue ahí en la escuela, adentro, en el patio, lo cercamos todo con ramas”.

Modesta es la mayor de las hermanas Arredondo. Ella recuerda que, además de las funciones de cine que organizaba don Lupe, había otra carpa en el pueblo, instalada cerca de dónde ahora está el salón ejidal. “Ponían vigas en forma de gradas, con unos tabiques. Era por la casa de don Ignacio. Yo iba con mis amigas las Ortega, mi mamá me encargaba con ellas porque eran más grandes que yo. Veíamos el cine, pasaban películas y a veces también el box”. También había funciones de títeres, pequeñas compañías que llevaban un teatro guiñol para contar historias de pueblo en pueblo.

Otro de los intereses de don Lupe era el teléfono. Totolcingo no conoció instalación telefónica sino hasta que él, junto con una comitiva de personas, comenzaron a solicitarlo. “Fui a la gerencia a Texcoco y sí me hicieron caso, hice los tramites”. Recuerda la primera llamada telefónica en el pueblo, él la hizo. Conserva una antigua fotografía de ese día en la casa de don Pepe Sánchez donde lo instalaron. “Ese teléfono era de los que le dabas vuelta. Ahí le hablaban a alguien: oiga le habla fulano, y ya iban. Pagaban su servicio”. También estuvo involucrado en la fundación del centro de salud, la biblioteca y el jardín de niños.

Esas primeras inquietudes las recuerda don Lupe. Incluso ahora que su cabeza se cansa al recordar y ha perdido la capacidad de escuchar a menos que se le hable muy fuerte al oído. Contesta a gritos, arrojando sus pedacitos de memoria. Todas las imágenes caben debajo de su sombrero y se mezclan con una emoción extraña, emoción que no acarrea melancolía, sino fuerza, arraigo. Estar seguro de haber vivido con una ingobernable inclinación hacia algo, hacia su quehacer. Haber hecho de cada evento un programa de radio, él un locutor en una enorme sala de piso de tierra, cercada con ramas, techada de lonas y sábanas.

Evelia Martínez, Isabel Mejía, Flora Sánchez, Guadalupe Arcos, Lucina Márquez, Carmen Arredondo. A las jóvenes del Club Juarista les llegó la hora de casarse y crecer. Al igual que a las hermanas Arredondo. La voz niña de Carmen dice —puedo cerrar los ojos y ver a mis hermanas con su falda con crinolina y cinturón. Sus hazañas se recrean en la memoria que vaga por el viento. “Hay que poner el puesto para la kermés, ahorita vemos cómo decorarlo”. “Que empiecen a probar las bocinas y el micrófono, que Modesta traiga pronto las faldas para el bailable, ojalá haya terminado todos los ajustes”. “Ya va a comenzar el evento”.

—¿En qué año fue eso? Ni me acuerdo —dice don Lupe.

3.4 Artistas a medio terminar

*Para mis hermanos y primos.
Esto lo escribimos nosotros.*

Nunca supimos de dónde venían. Carpas rojiblancas con foquitos amarillos que parpadeaban reflejándose en los charcos que dejaban las lloviznas de esa época. “Vengan a ver a la mujer barbuda”. “Diviértanse con el espectáculo de los perros que bailan”. Barullo desolador. Paisaje de tristezas y soledades disfrazadas con sonrisas y vestuarios coloridos. Los circos llenaban de emoción aquellas infancias que transcurrían en la aparente tranquilidad de un pueblo cuya única diversión en común eran la ferias que llegaban en abril y septiembre.

Los primeros en enterarnos éramos los que vivíamos cerca del campo de fútbol en donde colocaban las carpas que terminaban empanizadas por los remolinos de tierra que nacían ahí. Comenzaban a llegar los camiones. Esos hombres extraños empezaban a descargar tarimas mientras limpiaban el sudor de su frente, acarreaban jaulas con misteriosos animales que moríamos por ver. Algunos muchachos del pueblo ayudaban a los cirqueros a instalarse con tal de ganar un boleto para ver la función. Sabíamos de otros circos como el Atayde, pero solamente porque en la televisión veíamos los anuncios comerciales. Para nosotros el único *ticket* pagable era el de esos espectáculos. Siempre supimos que éramos pobres.

Rostros desconocidos, extravagantes, barbados. Se acercaban a veces a pedir agua en las casas de los que vivíamos cerca. No era lo mismo dejar entrar a los jugadores de fútbol, cuando los domingos durante sus torneos corrían a enjuagar sus rodillas sangrantes después de alguna jugada mal hecha, que dejar pasar a los cirqueros a las casas. Siempre hubo desconfianza hacia ellos y sus costumbres desconocidas. No vivían en ningún lugar, iban de pueblo en pueblo y eso para los adultos parecía algo fuera de lo normal, arriesgado y poco moral. Para los niños como nosotros imaginar esa gran aventura era emocionante. En sus ojos había huellas de lugares lejanos, de torres, ciudades e ilusiones que ninguno de nosotros, hijos de albañiles y empleadas domésticas, conocíamos.

La gente hacía rumores sobre ellos, eran los principales sospechosos si algo malo pasaba en Totolcingo e incluso estábamos amenazados de no acercarnos a la carpa. “Se roban a los niños para

ponerlos a trabajar en el circo”. “Son muy flacos porque no tienen qué comer”. “Los niños no van a la escuela porque sus papás los llevan de un pueblo a otro, tienen una vida muy dura”. Nuestra inocencia solo daba para saborear la idea de viajar de lugar en lugar sin ir a la escuela nunca más.

Rodeábamos la carpa para ver cómo alimentaban a los leones, los elefantes, los changos. Íbamos a espiar las jaulas de los animales con el pretexto de ir a juntar renacuajos a los charcos que por las lluvias rodeaban las carpas. El lodo tenía una forma muy peculiar de pegarse a las patas de los elefantes. Escuchábamos los ensayos previos a las funciones. Las tareas escolares eran interminables e incompatibles con el manojito de nervios que sentíamos por pensar que no alcanzaríamos lugar para la función. Por las tardes aquel llano se iluminaba y se llenaba de rumores. Comenzaban a llegar espectadores de todos los rumbos. Se enteraban del circo porque durante el día pequeños carros parlanchines recorrían las calles anunciando las funciones. Había quienes corrían detrás de ellos para comprar su boleto directamente.

Después de las funciones las noches volvían a la normalidad. Las luces de las casas eran apagadas y para nosotros llegaba la hora de dormir con la cabeza llena de aquellas impresiones. Los recuerdos borrosos de los espectáculos de fuego, los trapecistas con sus hazañas, los nervios que provocaba el ver a alguno de ellos atravesar la cuerda floja; los gritos del público, carcajadas y aplausos que deben estar guardadas en algún cajón. Soñar. Al día siguiente los borregos salían a pastar cerca de la carpa y las vacas se confundían con el color amarillento de las lonas mientras ellos ensayaban sus actos, lavaban su ropa y vivían.

En el salón de clases continuábamos hablando sobre el *espectáculo*. Algunos llevaban los *souvenirs* que sus papás les compraban en el circo: la pelota de goma con luces que parpadeaban al rebotarla, los pequeños tubitos donde con un ojo a través de un orificio podían ver la fotografía que les habían tomado. No faltaba el que se asomaba por los agujeros de la barda trasera de la primaria para ver la carpa desde ahí. Inventábamos historias. Decíamos que a los animales se los habían robado de algún zoológico, que los dueños de los circos eran mafiosos perseguidos por la justicia. “¿Qué se sentirá vivir en un circo?”

Algunos eran más modestos que otros. Hubo unos que llevaban espectáculos más arriesgados. Ciertas personas recuerdan que muchos años antes fue a Totolcingo el circo de Ramón Valdés, el actor que interpretaba a don Ramón en la serie *El chavo del 8*. Tenía su propio circo cuando todavía no era famoso. Otros tienen en su mente escenas tipo *belle époque*, como cuando don Mariano, que

era el presidente municipal, llegó con su esposa y su corte al lugar que ya le tenían reservado en las gradas. Igual que película antigua de cine: traje, vestido, plumas.

Los últimos circos que visitaron el pueblo se instalaron en el paraje que llaman “La Vereda”, donde ahora hay una gasolinera de Pemex y en el terreno donde en cada fiesta patronal instalan los juegos mecánicos de la feria. El campo de fútbol, nuestro reino de batallas entre *Power Rangers* polvorientos, fue cercado y en la parte donde se instalaban los circos pusieron una preparatoria. ¿A dónde se fueron? ¿Qué habrá sido de aquellos remolques y esas lonas en cuyas grietas se escondían anécdotas de fracasos y nostalgias? El gobierno prohibió el uso de animales en los circos y fue el fin para esos artistas a medio terminar.

Solo ahora se nos ocurre pensar que nunca les preguntamos sus nombres, de dónde venían o si eran felices. Los circos dejaron de llegar y nosotros empezamos a crecer.

3.5 Mariano Redonda: infancia y tierra.

—Ahí está mi vida —dice Mariano Redonda mientras señala un conjunto de fotografías colocadas como *collage* en un par de números de unicel que juntos arman la cifra 90. Fue parte de la decoración que su familia preparó para el día que cumplió esa edad. Ahora tiene 93, camina con ayuda de un bastón, que a ratos ignora, aunque tenga que desplazarse midiendo cada movimiento para no desbalancearse. Camina con la serenidad que identifica a los hombres de campo, pero a ratos habla con la solemnidad y firmeza que lo caracterizó en su carrera política. Se para frente a “su vida”, en la sala de su casa, la que fuera la casa paterna, que heredó por ser el más chico de los hijos de Fernando Redonda Montiel y Clara Martínez Sánchez. “Fui el xocoyote, el hijo más chico”.

—Mira, ahí está Mario Colín inaugurando el jardín de niños, el de aquí del pueblo —dice mientras señala una fotografía. Mariano fue presidente municipal de Acolman durante el periodo 1970 – 1972. De hecho, al preguntar por él en San Miguel Totolcingo, lo primero que la gente recuerda es eso: “don Marianito, el que fue presidente municipal”. Aunque él mismo aclara que Marcelino Moncayo ya había sido presidente de 1939 a 1940. Únicamente ellos, dos presidentes municipales salidos de Totolcingo en un lapso de por lo menos 100 años.

También identifica entre las fotografías a Carlos Hank González, el empresario y político mexicano militante del PRI que fue gobernador del Estado de México de 1969 a 1975. Mariano memora la gira de aquella campaña que le dio a Hank González la gubernatura, ambos paseaban de un lugar a otro con el gobernador en una camioneta Ford del año. “Yo era uno de los pistoleros de confianza de Carlos Hank”, por eso en cuanto hubo elecciones para presidente municipal ni Hank, que ya era gobernador del Estado de México, ni Colín, que para ese momento era diputado federal, dudaron en proponerlo como el candidato del PRI.

—Yo no quería, tenía miedo porque era mucha responsabilidad.

Al final aceptó y, como ya se lo había prometido a sí mismo, se dedicó a construir las banquetas de Totolcingo.

—Totolcingo creció con faenas, con amistades. Así alzamos las obras, en ese tiempo no había presupuesto.

—¿Y cómo hizo para realizar las obras?

—El pueblo me ayudó mucho, me apoyé de todos los que eran mis amigos, ninguno me dijo nunca no. Iba yo con don Jero, écheme la mano con cemento, se lo pago después. Los domingos los usaba para trabajar, nos poníamos traje de trabajo, íbamos a donde estaba la faena y a trabajar.

Pero la vida de político se queda pequeña sobre la vida de hombre de campo. Debe ser porque para la vida del campo no tuvo opción, era la única posibilidad que él y los de su tiempo conocieron. Eran tan pobres que no tenían zapatos ni huaraches, “mi papá me llevaba desde niño al campo, sembrábamos frijol a tapa pie, abrían con la yunta y uno a pie tapaba el frijolito en medio”. Los pies le sangraban, pero cuando se es niño no se entiende de la necesidad ni de la pobreza.

—Iba yo por allá a un arbolito, según iba yo al baño, ahí yo enterraba el frijol. Y decía, ya se acabó.

—¿Y su papá?

—Se conformaba, pero lo malo era cuando nacía el frijol. Estábamos comiendo y mi papá le decía a mi mamá, “oye qué crees que el frijol que fue a sembrar tu hijo está bien bonito. El domingo él y yo vamos a verlo”. Ay madre santísima. “Ándale hijo vamos a ver el frijol, está bien bonito, qué

bien lo sembraste”. Me llevaba y ya que íbamos llegando por allá decía, “córtame esa vara.” Yo tenía que cortar la vara.

Lo tomaba de la mano, le pedía que caminara un poco y lo golpeaba con la vara.

—Veníamos con mi mamá y en lugar de defenderme me daba otra cueriza. “Enséñese a hombre”.

El niño se hizo hombre y hay una frase que lo ha acompañado durante toda su vida, “la necesidad es la madre de la industria”. El niño hacía sus propios trompos de árbol de pirul. “Agarraba una raíz y la secaba, la pulía con un tezontlito” dice don Mariano. El hombre armó el primer enlonado que sirvió para cubrir las mesas y sillas con las que inauguraron su negocio, “la mentada Pasadita”. Uno de los negocios más conocidos en Totolcingo y de los más prósperos. En algún momento llegó a vender, en promedio, la barbacoa de cincuenta borregos cada fin de semana.

—Cuando pusimos la barbacoa, la mentada Pasadita, tres hicimos eso. Una señora que nos ayudaba, todavía vive, doña Tina, yo creo que se llamaba Cristina; mi esposa y yo. Traíamos magueyes. Ahora traen la leña comprada, en ese tiempo no. Yo iba al campo, mataba, iba a traer leña.

Y de nuevo se interponen las soluciones del hombre de campo por encima de todo. Un día el negocio empezó a decaer, su hija, la encargada de la administración, le informó que tal vez era hora de cerrarlo porque las ventas estaban bajando considerablemente.

—Le dije a mi hija que el sábado no abriera los hornos hasta que yo fuera. Destapan el horno y no olía a nada. Era como comer carne de res hervida. El caldo no tenía nada de sabor. Ahí me nació la idea de poner la cría de borregos.

Entonces empezó a sembrar para criar y alimentar a su ganado, ya que hasta el momento habían estado comprando borregos que seguramente alimentaban de forma industrial, con “gallinaza”. Pero Mariano no solamente sabe de borregos, sino también del negocio de tunas, porque en algún momento, junto a su mujer, estableció un sembradío de nopales del cual llegaron a obtener hasta 40 cajas de tuna por cosecha. Y de las gallinas ni hablar.

—Mi esposa y yo nos mantuvimos tres años con quinientas gallinas, así ha sido mi vida. Hemos sido vendedores, sabemos de gallinas, de vacas, de puercos, de borregos, de tunas. ¡Qué barbaridad!

Ha sido tal su irremediable inclinación hacia el campo que incluso cuando era presidente municipal escapaba de sus labores cada que le era posible para ir al campo y tomar la yunta. Confiesa que le causaba “tentación” estar tanto tiempo sin la yunta.

Mariano sigue mirando su vida entre esas fotografías. Recorre la sala y ve en su antigua vitrina las copas de brindis del matrimonio. Su esposa ya no está, pero siguen ahí sus muñecos de porcelana, vestidos a la usanza que su infancia no conoció, esos niños sí tienen zapatos. Conserva el muro de adobe que era parte de uno de los cuartos de la casa que su padre construyó y que a lo largo de los años han ido adaptando. Tiene también su vieja bicicleta y el “preciado” recuerdo que Carlos Hank le dio el último día de su gestión como presidente municipal, un reloj que atesora de tal forma que a veces ni él mismo recuerda dónde lo guardó. Todo eso sobre la tierra que su padre le dejó. —Te encargo que nunca vayas a vender mi terreno —le dijo.

Afuera, las calles del pueblo están casi vacías. Si acaso el rumor de la pelea de gallos que preparan en una casa antigua que tiene aires de rancho, la cual nadie habita, pero ha sido limpiada y pintada para recibir a los apostadores. La plaza está envuelta en una tranquilidad apremiante, es domingo de resurrección. Mario, el sacristán, prepara los cohetes que va a tronar cuando el padre consagre la misa y después sube a la torre para tocar las campanas.

El sonido de las campanas cae sobre el pueblo entero.

3.6 Totolandia

Son cabinas de luces y sonido que transitan los caminos de San Miguel Totolcingo. En la noche, los ecos de su reguetón o su ritmo electro se mezcla con el sonido del panadero y de los perros que le ladran al viento. Son ambulancias porque no falta el herido o enfermo que es trasladado en uno hasta la clínica más cercana; rebotando con sus dolores entre los charcos y baches. Son el transporte oficial de Totolandia.

De la avenida principal a la vereda, de la calle del terror al potrero, del puente al camposanto. Porque si hay difunto en el pueblo los mototaxistas ya saben dónde es el velorio. Y después del entierro están listos fuera del panteón para llevar a la gente a “echarse el taco” a la casa de los deudos.

Si de motocicletas hablamos, Totolcingo sobresale porque su transporte oficial son los mototaxis. Un mototaxi es una curiosa casita atada a una motocicleta, transporta oficialmente a unas tres personas, pero de manera extraoficial caben 5, o 6. Si son muchos, uno de los pasajeros se puede ir en la motocicleta abrazando la espalda del conductor. Pueden llevar a la gente de un rincón a otro, desde la entrada principal hasta la colonia más apartada. Un desfile de pequeñas casitas de colores va bailando sobre el asfalto, su baile es una cumbia que aliviana la pobreza.

Están rotos, la mayoría, descuidados, con la pintura a medio hacer o rehecha después de algún rayón o accidente. Casi todos son invernaderos, cerrados completamente con hules de colores y expuestos al arrogante sol que ataca al medio día. El conductor suele ser un joven que dejó sus estudios para ayudar en su casa. O uno que decidió “juntarse” con su novia, a la que embarazó a los 15 años en la secundaria. O simplemente un chico que quiso comenzar a ganar dinero y tener lo necesario para ser él. En algunos otros casos puede tratarse de un hombre mayor que ha encontrado en esa actividad el sustento para mantener a su familia.

En el origen no usaban motocicleta, en realidad se llamaban bicitaxis. La labor del conductor era entonces más intensa. Jalar esas enormes estructuras de fierro, con su banca, su techo y sus puertas por las calles secas del pueblo. Como antiguos carruajes, pero de hule y sin caballo, con cocheros sudorosos. Ante las tardes repletas de tolveneras, los bicitaxis atoraban su paso y era aún más difícil jalarlos. El pedaleo del conductor era como una escena en cámara lenta, cada vuelta de pedal un triunfo.

De los bicitaxis el número uno era don Ray, como lo recuerda su familia y algunas personas. Literalmente, tenía grabado el 01 en la franja izquierda o derecha de la calandria, la calandria es la estructura de metal donde se suben los pasajeros. Y lo llevaba grabado en la izquierda o la derecha porque lo cambiaba a su antojo. Ese bicitaxi y él eran uno mismo. No solamente convivían en el horario laboral, sino que durante el resto del día don Ray se dedicaba a acomodar cualquier imperfecto que hubiera sufrido su bicitaxi durante las rutas, limpiar las llantas o cambiar cualquier pieza, aunque apenas presentara indicio de falla.

“Tú qué vas a saber”, decía a cualquiera que le cuestionara sobre su obsesión. Le cambiaba el color de las lonas conforme se le iba ocurriendo, el forro de los asientos, la pintura de los tubos. En la calle la gente lo conocía y les hablaba a todos, menos a su familia, a ellos les reprochaba si se atrevían a saludarlo en su horario laboral.

No hubo día que faltara a su labor, la cual empezaba desde muy temprano, tal vez a las 6:00 de la mañana; a esas horas ya tenía pasajeros listos para que él los llevara a su trabajo o a la carretera para tomar el transporte hacía alguna escuela fuera del pueblo. No faltaba, aunque estuviera enfermo. Al medio día regresaba a su casa, con las monedas ganadas en un pañuelo rojo, amarrado, echaba todas las monedas a la mesa. “Váyanse de aquí chamacos”, les decía a sus nietos si empezaban a querer tocar su dinero. El premio para los chamacos era llevarlos a pasear en bicitaxi colgados como bandera, ellos gritaban y brincaban, iban dejando el eco de su ruido de cuadra en cuadra.

Don Ray murió en 2008. Su cortejo fúnebre estuvo rodeado de bicitaxis que lo acompañaron hasta despedirlo en el panteón. Ya no vio llegar las motocicletas al pueblo; sólo se llevó los recuerdos de aquellos años cuando comenzó a andar por esas calles llenas de charcos con tepocates, en los cuales más de un bicitaxista inexperto fue a estampar a su pasaje sin salvarse de los reclamos y reproches de señora con copete.

Esas calles pedregosas y enlodadas se convirtieron en pistas de carrera. Los mototaxistas toman el volante y arrancan. A los 15 o 18 años la vida les vale poco. Ellos también quisieran tener un Ferrari o un Mustang. Son los dueños de la calle porque hacen de ella su lugar de trabajo; la conocen y la dominan. Y si acaso, a veces, alguno de ellos, en algún servicio, se encuentra con otro que fue su compañero de andanzas; en la mente el recuerdo de los juegos infantiles y las travesuras en la escuela; pero la vergüenza los contiene, a ambos. Silencio; sólo el ruido de la motocicleta que se va perdiendo poco a poco en los confines del pueblo.

3.7 Yo no soy de aquí

El polvo envolvía las calles y hacía que todo lo que transitara por ahí apareciera o desapareciera como fantasma de película mexicana de los años 70. Había solamente un carril de la carretera, aparecía el camión “guajolotero” cada hora. La gente le llamaba así porque a veces llevaban guajolotes, gallinas, todo lo que en ese momento era vendible y servía para vivir.

—Ya va a venir el de la una.

—Ya va a pasar el de las dos.

Y corrían a la carretera para abordar el camión e ir hacia la ciudad de México o para esperar a un familiar que llegara de visita. Con el silbido del camión llegaban también historias. Decían que estaban construyendo una ciudad universitaria, la más grande de México, quién sabe para qué. Contaban que había ocurrido una matanza de estudiantes en Tlatelolco.

Ruido de motor que se iba perdiendo entre los viejos nuevos caminos que atravesaban el pueblo desde años inmemoriales. Pero los camiones más extravagantes aparecieron unos años después cuando doña Alejandra Martínez Salazar comenzó a organizar excursiones. Eran carros “guajoloteros” con canastillas arriba. El colgadero de jarros con los que regresaban, las cazuelas y macetas, los costales de fruta. Las cubetas de cajeta de San Juan de Los Lagos. De El señor de los milagros los garrafones de charanda.

No nombraban los viajes de acuerdo con el nombre del estado de la república al que fueran, sino por el santuario religioso que visitaban. Así decían que iban, por ejemplo, “al Señor de las Maravillas” y los que no conocían pensaban que así se llamaba un lugar, o “al niño doctor” y cualquiera imaginaba que era el nombre de un pueblo.

Las casas se llenaron de figuras de aquellos santos, altares y mesas repletas de vírgenes, crucifijos y escapularios, fotografías al por mayor de los mártires a los cuales la gente se volvió muy devota, incluso contaban los relatos de sus milagros y apariciones. También se mezclaban con el talón de pago de las mayordomías (las fiestas patronales), la credencial de elector o cualquier documento de valor que la gente atesoraba debajo del cacarizo yeso de los santos.

El primer viaje que hizo Alejandra fue al Señor de Chalma. En aquel tiempo todavía “Chalmita”, como ella le llama, “no tenía carretera, nada, era pura terracería, llegamos todos llenos de tierra, había la bajada de agua del río. Se bañaba uno re sabroso porque el agua estaba bien clarita, ya de ahí me dediqué a eso”. Alejandra, manojito de nostalgias sentado en una cama color de rosa, rodeada de peluches, crucifijos y guadalupanas. Piel surcada de recuerdos, brazos que a ratos se abren para acentuar el coraje.

Alejandra vio la cara más corrosiva de Totolcingo, dedicarse a las excursiones no le fue sencillo. Ella llegó a vivir al pueblo después de haber “rodado como bala perdida”, de un rancho que se llamaba San José, por los rumbos de Temascalcingo, a la Ciudad de México, cerca del mercado de Jamaica, donde falleció su mamá; y de ahí a Totolcingo donde se casó. —Batallé mucho para

ganarme la confianza del pueblo. Hubo muchos hombres que me quisieron ver la cara, a dos hasta me los cachetie, uno hasta me dejó la baba en mi mano porque yo sabía pegar fuerte. Me quiso manosear.

Ruda y canija, pero a fin de cuentas miedosa. De sus penas no le contó ninguna a su marido hoy muerto. Participó en aquel Club Juarista que emprendió Don Lupe y tuvo todo que ver con los trámites del teléfono, aunque al final no haya sido avisada, por razones que nunca comprendió, de que por fin habían logrado el cableado y la infraestructura para que el pueblo tuviera línea telefónica. “A la mera hora a mí no me tomaron en cuenta. Hicieron una comida para celebrar cuando llegó el teléfono y a mí no me invitaron”.

Las razones más adelante las comprendió, cuando se le ocurrió empezar a organizar excursiones, la gente sentía recelo porque ella no era del pueblo. Para conseguir a los primeros participantes de sus viajes tenía que contar su historia completa a fin de que la gente la identificara y pudieran confiarle su dinero.

—¿Y de dónde es usted? ¿Dónde vive?

—Soy la nuera de la señora Cande

—¿A poco es usted la nuera de Cande? ¿La esposa de Martín?

Al final, y después de algún ceño fruncido, sus primeros clientes aceptaron. Comenzaron las excursiones; no solamente eran un escaparate para visitar santuarios religiosos sino también para divertirse. —Llegábamos al señor de los milagros, de ahí pasábamos a Janitzio para que la gente fuera al lago con las lanchas y muchos se quedaban ahí. Había mucho norteco, nos poníamos a bailar, llegaban otros carros y se acercaban con nosotros porque éramos bien alegres —memora Alejandra.

Prendían el bracero, ponían el comal, echaban la carne. “De los que me adelantaban su pago yo compraba arroz y llevaba una cacerola, que todavía la tengo, llena de arroz, otra de guisado”. Los que en el pueblo no se hablaban ahí empezaban a establecer amistad. Alejandra terminó haciéndose comadre de medio mundo. Y aunque tuvo competencia, porque más adelante a otras personas se les ocurrió también hacer excursiones, los viajes con ella estaban marcados por las carcajadas y la diversión.

—¡Ay Ale!, cantas bien bonito.

“Me ponía a cantar y bailar adentro del camión. Levantaba de los asientos a los hombres para que sacaran a bailar con sus señoras. Era un relajo todo el camino que ni sentíamos cuando llegábamos aquí. No hay fotografías de eso”, dice Alejandra y ríe con la melancolía de quién recuerda la belleza vivida.

Hubo paseos para todas las edades. Los más jóvenes iban principalmente a balnearios. Alejandra tocaba las puertas de las casas donde había muchachas solteras para pedir permiso a sus papás. “Y algunas personas creían que yo era la alcahueta de los muchachos. Los muchachos llevaban, algunos, a sus novias, pero yo iba a sus casas a pedir permiso. Yo me encargaba de su ropa, para que se metieran a la alberca. No me gustaba que se pusieran a tomar y sí me respetaban, iban a bailar. Era muy bonito”.

Para ese entonces la mayoría empezaba a trabajar en las fábricas que comenzaron a establecerse en los alrededores de la zona: en Santa Clara, en Xalostoc, en San Juanico. Pero Totolcingo seguía siendo un pueblo con árboles de capulines, tejocotes y duraznos sembrados entre las tierras de labor; con sus fiestas religiosas en las que la iglesia se llenaba de flores amarillas. Bañado de olvido y en espera del porvenir que parecía no llegar nunca.

“La última excursión la hice a Juquila. Le dije, ay virgencita yo creo que ya me vengo a despedir de ti porque está muy lejos y muy feo tu camino”. Alejandra quiso ayudar al pueblo, no sólo en sus labores con el Club Juarista, sino desde el primer día que visitó la iglesia y la vio descuidada, con su piso de madera y sin sacristía para que el padre se vistiera. Fracasó en todos los intentos. La única forma que tuvo de ayudarlos fue llevándolos a conocer otros cielos. Tuvo mala suerte, pero los que no la aceptaban ya fallecieron y ella sigue ahí, sintiéndose cada vez más del pueblo porque sembró todos sus recuerdos en esas calles. “Lo que es la vida, ¿no?”

3.8 Aquel cuarto de bóveda donde se esconden los recuerdos de Teresa Elizalde

Puerta de metal arqueada. El paso del tiempo grabado en el más escondido rincón de sus formas curvas y gastadas. Abrir la puerta, mirar el techo de bóveda, bajar un escalón. En un instante Teresa recupera el gesto que le producía el olor asqueroso del pulque, de pueblo olor a pulque, infancia

olor a pulque. Castaña, acocote, fuste, raspador. El asombro de la primera vez que vio una televisión. La voz de su madre, una mujer que nunca supo en qué año nació y a la que se le morían todos sus hijos. Muerte, iglesia, fiesta, soledad.

—Mi hijo Vicente, el mayor, entró a trabajar a la General Electric y lo primero que compró fue una televisión. Fue novedad en el pueblo, era de bulbos, con sus patas, estaba grande. Se nos ocurrió cobrar para que la gente viniera a ver la televisión a cincuenta centavos, o tal vez veinte. El que cobraba era mi hijo Alfonso —recuerda doña Teresa Elizalde.

El cuarto donde la gente iba a ver la televisión sigue ahí, como secreto guardado en el rincón de la casa, con su pequeña puerta azul de metales garigoleados y cristales por dónde aún alcanza a atravesar la luz. Ahora es la cocina especial que le sirve a Teresa para hacer la comida cuando tiene reuniones familiares.

—Venían los niños a ver Tarzán o Cachirulo, y los señores el box o Los Polivoces. Era por las tardes. Poníamos la televisión al frente y las bancas atrás como si fuera cine. Mis hijas hacían palomitas para venderlas, naranjas con chilito, también dulces. Yo no me podía acercar ahí cuando había señores.

Es el único cuarto antiguo que conserva en su casa. En realidad, no tiene más de 70 años, pero para ella representa el primer logro de su matrimonio, el primer recuerdo de una familia consolidada y el sueño de tener una casa con techo de bóveda porque su pasado solamente había conocido los techos de ramas y lodo.

—Rara era la casa que estaba techada de bóveda. A las demás les ponían unas ramas que traían del cerro y luego hacían lodo con estiércol y lo tendían como ahora tienden la mezcla. Ponían unos morillos y atravesaban unas varas gruesas del pirul. Cuando llovía se hacían grietas, con el sol se abrían, pero los señores eran listos, tenían sus ceniceros. La ceniza salía de la leña que usaban, cada casa tenía afuerita su cenicero, con la ceniza tapaban las grietas. Tenían montones porque sacaban mucha, incluso venían unos señores a comprarla, nunca supe para qué.

De repente aparece su madre, en la memoria, con los recuerdos del día que llegó a Totolcingo siendo una niña de 8 años. Lloraba porque extrañaba a su mamá y no comprendía la rudeza de esa vida. Supo de un rancho donde había tlachiqueros, arrieros, valedores, escribanos. Los tlachiqueros se dedicaban a extraer aguamiel de los magueyes. Los arrieros transportaban el pulque sobre las

mulas, en castañas, una castaña es como un barrilito cuadrado, tiene dos hoyos por donde ponían el acocote, que es como un guaje, pero largo. Los valedores eran ayudantes en general. Y los escribanos registraban cuentas, pagos o testimonios como este.

—Yo nunca supe en qué año nació mi mamá, ni ella, ella no supo, —dice Teresa con la resignación de quién ya no tiene forma de rascar en la memoria.

Pero su mamá sabía que en 1910 había sido la Revolución y que la gente enterró su frijol, su maíz, porque pasaban los carrancistas y se llevaban todo.

—Mi mamá estaba chica, a ella la escondió mi abuelo en un tronco donde raspaban el pulque, era grandote, ahí la metieron.

Sus recuerdos se mezclan con los de su madre, porque Teresa también supo del rancho, el rancho del Liévano, perteneciente a la Hacienda de Tepexpan, que en algún momento fue propiedad de Conchita Escudero, a la cual también conoció su madre.

—Un día nos encontramos a Conchita Escudero y conoció a mi mamá. Nos dio su dirección, pero nunca la fuimos a buscar.

Pero su madre recordaba un rancho vivo, con hombres raspando los magueyes para obtener pulque, con caballos, gente sembrando la tierra. Teresa solamente memora paredones despojados, cuartos y tinacal ya sin techo ni ese olor repugnante a pulque que marcó su infancia, porque para su madre lo más natural era que ellas bebieran pulque en lugar de agua.

—Todas las casas tenían su olla de pulque en el cuarto, y dormir ahí era una cosa horrible. Mi mamá decía, “no tomen agua, van a tomar pulque”. Nos moríamos de sed y mi mamá no nos dejaba tomar agua.

Hasta que la misericordia de uno de sus vecinos, conmovido con la deshidratación de aquellas niñas, habló con la madre hacerla cambiar de parecer. Entonces corrieron a beber agua, como si no hubiera un mañana. Tomaron el agua de la pileta donde también estaban bebiendo los animales.

Contrario al horror del pulque, Teresa recuerda con amor el sabor del pan de Ricardo el cocolero. Era del Distrito Federal, él apoyó mucho cuando se hizo la repartición de tierras a los ejidatarios. Ellos iban a la ciudad a realizar los trámites ejidales y se quedaban allá con Ricardo Hernández, les daba posada. Querían darle un terreno por el apoyo recibido, pero él nunca lo aceptó. Después hubo

una crisis y se fue a vivir a Totolcingo con su familia. Compraron un terreno dónde el construyó su horno, que aún sigue ahí en alguna casa cerca de la iglesia.

Un 15 de septiembre toda su familia se fue a la escuela. En la escuela, la primaria, hacían los festejos patrios, no había plaza cívica. Se quedaron hasta muy tarde en el baile. Ricardo siempre hacía el pan de noche, así que no lo buscaron, prefirieron ir a dormir. Al siguiente día no aparecía. Revisaron todos los rincones de la casa, preguntaron por él con los vecinos, pero nadie lo había visto salir. A alguien se le ocurrió asomarse al pozo, ahí estaba el panadero ahogado. Dicen que estaba acostumbrado a la ciudad y que Totolcingo era muy diferente. Tenía 7 hijos y la crisis fue muy dura. No soportó la vida en ese pueblo.

Hay una curiosa fotografía colgada en el cuarto de Teresa, justo cerca de los pies de su cama. Es un edificio antiguo, con cielo azul de fondo, nubes blancas y una torre que por lo menos en la fotografía toca el cielo. Una cruz, el elemento más alto de la torre.

—Así era la iglesia de San Miguel Totolcingo antes. No cambiaron la torre cuando remodelaron. Esta tumba era de un señor que vivía en el pueblo, se llamaba Marciano Ortega. Y estás otras tumbas eran de las Maruquitas, unas vecinas, así les decían.

Recorre con los dedos la fotografía y hace un viaje con su huella a través de esos elementos como si pudiera tocarlos. La torre, la puerta, la cruz, las tumbas. Se transgrede la memoria; los nombres se cruzan en los recuerdos y como flechas los días pasan sobre un tiempo imaginario. La mirada se queda perpleja ante el escenario católico, puesto ahí como balcón de oración en las nubes, único rostro del pasado de Totolcingo. Tierra, hongos, hierbas.

—¿Qué te estaba yo diciendo?

—Me estaba contando sobre la fotografía.

—Esa fotografía me la regaló mi comadre, Teresa Ortiz; su papá, Ignacio Ortiz, la encontró en un calendario y la recuperó. Luego mi hijo Guillermo la mandó copiar y puso el otro cuadro más grande que está en la sala.

Comadre que Dios te bendiga y te guarde, para seguir yo con tu amistad sincera y de toda mi confianza recibe este hermoso regalo con cariño de Tere Ortiz. 2-09-2009

Un instinto bohemio desvía la charla hacia las fiestas y la diversión vivida en ese lugar. Ella recuerda las flores de mirasol que crecían como yedra entre las milpas del pueblo, las cuales eran recolectadas por la gente para armar los adornos para la iglesia en las fiestas patronales. Había toritos, castillo, baile. Pero la muerte siempre husmea entre la fiesta.

—A mi hermano Trinidad lo mataron en la fiesta de abril, fue un 16 de abril. Lo mataron cerca de la primaria, por ahí había un corral con pacas. Lo corretearon, le dieron un machetazo.

—¿Y qué hizo la gente?

—El pueblo estaba en el baile. Nosotros todavía pasamos a ver a Trinidad, mi mamá y yo. No estaba tomado. Estaban bailando y bailando. No había luz, la fiesta patronal también se hacía en la escuela. Llevaban unas lamparotas grandes de gas que habían comprado para aluzar, luego las guardaban y las sacaban para la siguiente fiesta.

En medio del ruido y de la borrachera nadie escuchó los gritos de Trinidad. La muerte pasó entre el baile dedicado a la Virgen de San Juan, sacrificio necesario para después volver a jugar a la humildad y rumiar frases sobre los deudos. Trinidad murió entre la paja y la tierra. Lo último que escucharon sus oídos fueron esos rumores de abril de 1950. Teresa y su madre supieron que los hijos también se morían justo cuando parecía que ya estaban logrados.

—¿Por qué se le morían sus niños, ma?, le pregunta Teresa a su madre en una plática imaginaria.

—Pues quién sabe, le hacían ojo o los chupo la bruja, no había doctor.

—La gente de antes sí veía a las brujas, yo no. Una vez mi mamá fue a buscar el rastro de una mujer a la que supuestamente había visto, se había pasado de pulque, yo iba con ella y estaba diciéndole buenas noches al aire, no había nadie. Al día siguiente fue a buscar las marcas de los pies en la tierra, todos andábamos descalzos y se quedaban las marcas, eso era buscar el rastro. No encontró nada —dice Teresa después de recrear un dialogo con su madre. Y se sigue preguntando por qué se le morían los niños, los primeros, porque después vinieron ella y sus hermanos con mejor suerte, sacados del vientre materno con ayuda de parteras, o “rinconeras”, como ella las llama.

Juanita Mejía se llamaba una partera. Vivía en la calle principal frente a dónde hoy está la panadería San Ignacio. Teresa también parió a sus hijos en casa, no iba al sanatorio, “porque mis hijos feos o

bonitos, pero son mis hijos, por allá los cambian”. Y recuerda la risa que le daba al doctor cuando ella le decía de sus creencias. Es consciente de la oportunidad que tuvo de elegir entre médico y partera, su madre no tenía opciones.

—No se me murió ningún hijo recién nacido como a mi mamá, aunque se me murieron grandes, mis dos hijas, Lourdes y Gloria.

Las vigas de concreto de la bóveda de aquel cuarto arrinconado y guardado a fuerza por la necesidad de conservar el pasado tienen grabadas las fechas 1962, 1967 y 1968, escritas a mano cuando el cemento estaba a punto de secar. Son las fechas aproximadas en que construyeron las vigas, escritas por las manos niñas de Lourdes y Gloria. Teresa relaciona todos los sucesos de su pasado con la edad de sus hijos. La luz llegó al pueblo cuando estaba criando a su hijo Alfonso. Cuando se mudaron “la nena” estaba chiquita. El día de la tormenta de pescados Gloria era una bebé de brazos.

A Teresa Elizalde López le gusta tejer y pintar sobre camisas. Cuando sus hijos eran niños le gustaba hacer ropa para ellos. Conserva su máquina de coser que tiene por lo menos 60 años. Es probablemente la mujer más grande del pueblo, va a cumplir 94 años, pero se mantiene erguida como árbol de buena madera; no usa bastón, el oído le falla, pero no lo suficiente como para no escuchar el ruido de la gente que pasa por la calle. Le gusta tomar Coca Cola, aunque no sea lo mejor para su salud. A su mamá la recuerda todos los días porque también conservaba memorias fugaces de su infancia y solía contarlas a todas horas, tanto que un día la grabó hablando de su historia en un CD que por más que quiera no recuerda en dónde está.

De algo está segura, y lo predice como Casandra:

—Después de que yo me muera van a tirar ese cuarto de bóveda.

3.9 El día que vendieron el pueblo

—Tía, pues que nada es de nosotros, que tenemos un decreto expropiatorio.

Tal vez los pájaros guardaron silencio el instante en que Mónica, la sobrina de Georgina, atravesó el patio y entró a la casa a decir que las personas de Corett, que tenían unos meses de haberse instalado en el pueblo, casi en frente del consultorio de la doctora Concha, decían que Totolcingo

había sido expropiado y que la gente necesitaba pagar por su propiedad y obtener escrituras emitidas por ellos.

Fueron a las oficinas, con escrituras del Registro Público de la Propiedad en mano.

—Aquí están las escrituras de mi casa, señor.

—Esas escrituras no sirven para nada. Ustedes son ejido, solares y parcelas sin infraestructura. Ustedes no tienen nada. Tienen un decreto expropiatorio por 58 hectáreas.

Regresaron a casa con sus escrituras en mano. ¿Servían o no? Preocupación y silencio. Georgina y algunas otras personas comenzaron a investigar lo que realmente pasaba. Supieron que Corett era la Comisión para la Regularización de la Tenencia de la Tierra y que en pocas palabras se dedicaba a trabajar con asentamientos humanos “irregulares”. “Sacamos el decreto, en el cual nos dimos cuenta de que eran 58 hectáreas expropiadas y que estaba publicado desde el 13 de septiembre de 1999 en el Diario Oficial de la Federación. Era 2002 y nosotros apenas nos estábamos enterando, nunca fuimos notificados”, dice Georgina aún con el recuerdo intacto del cansancio de esas jornadas.

El pueblo se componía de 681 hectáreas: 600 correspondían al ejido, llamado así porque fueron ganadas a causa del reparto agrario en 1925, y las otras 81 las poseía el pueblo por lo menos desde 1714. En ellas se construyeron las primeras casas, la iglesia, el kiosco, la plaza, todo lo que representa a Totolcingo. El decreto incluía la expropiación de 58 de esas 81 hectáreas, negaba el pueblo, negaba que existieran servicios.

Totolcingo fue calificado como un amontonadero de solares y parcelas irregulares que tenía que ser “vendido” a los vecindados que ya las ocupaban. Los lotes vacantes serían vendidos a los terceros que solicitaran uno o para que se construyeran viviendas de interés social, así como para “la donación de las áreas necesarias para el equipamiento, infraestructura y servicios urbanos municipales en la zona”, como aparece escrito en uno de los documentos que Georgina conserva.

En el decreto expropiatorio, que aún puede consultarse en la versión digital del Diario Oficial de la Federación, de fecha 13 de septiembre de 1999, está escrito que la Corett pagaría: “por concepto de indemnización por la superficie que se expropia, la cantidad de \$963,126.35 (novecientos sesenta y tres mil, ciento veintiséis pesos 35/100 m.n.)”. Firma el decreto un tal Ernesto Zedillo Ponce de León.

La cifra exacta, incluyendo los treinta y cinco centavos, los recuerda Georgina como recuerda su fecha de nacimiento. Habla de amparos como quien habla de recetas de cocina. Sabe que una expropiación como esa primero debía notificarse y después pagarse.

Nunca nos pagaron nada. A nosotros, de propiedad nos pasaron a ejido, y resulta que les teníamos que comprar (a Corett), para que de ejido nos pasaran a propiedad privada. Pero ya éramos propiedad privada, ya existíamos como pueblo con el fundo legal de las 81 hectáreas desde antes de que repartieran el ejido. Además, para que hubiera un ejido tenía que existir el pueblo.

Georgina y sus compañeros obtuvieron el acta, firmada el 31 de agosto de 1999, en la cual las autoridades ejidales del pueblo entregaron a la Corett las hectáreas que mencionaba el decreto expropiatorio. Los ejidatarios sabían de la expropiación desde días antes de que saliera el decreto. También obtuvieron el convenio entre las autoridades de Corett, Francisco Bueno Salas y Humberto Enrique Beltrán, delegado estatal y subdelegado jurídico, respectivamente, y el Ayuntamiento de Acolman, representado por el C. Rigoberto Cortés Melgoza, firmado el 17 de agosto de 2003 en el que ambas partes reconocían que en el municipio existían asentamientos irregulares, entre ellos San Miguel Totolcingo, y la comisión se comprometía a “regularizar” esos predios y reportar al Ayuntamiento de sus acciones.

Georgina y sus allegados, sin darse cuenta, se convirtieron en investigadores. Fueron al Archivo General de la Nación a buscar todos los datos que demostraran que Totolcingo existía como pueblo desde hacía muchos años. También estuvieron en el Archivo General Agrario, para revisar la carpeta básica del ejido. Se dieron cuenta que tres de los ejidatarios que firmaron la entrega del pueblo no tenían titularidad en el ejido.

—Jesús Miranda Espadas, estaba en la cárcel por fraccionador ilegal, el señor Armando Martínez y la señorita Cecilia Hernández no eran titulares del ejido. ¿Entonces quién nos vendió? En resumidas cuentas, nadie nos vendió, pero sí había un decreto que nos dejaba en la calle —dice Georgina y recuerda que muy pronto la comisión empezó a escriturar lo que ya era de la gente, a venderles lo que ya era suyo:

Las escrituras que emitió Corett dicen *CON RESERVA DE DOMINIO*. Y hay gente con dos escrituras, las del Registro Público de la Propiedad y las de la comisión. Cometieron una corrupción tremenda porque al tener dos escrituras del mismo predio existe falsificación de documentos y duplicidad.

Georgina hojea los documentos de su gran archivo personal, abre folders y carpetas, desempolva periódicos y se desespera al no encontrar algo en dónde se suponía que lo había guardado. De pronto, sin recordar cómo lo lograron, menciona que también tuvieron acceso a unos planos que explicaban en gran medida el asunto: “cuando vimos esos planos nos dimos cuenta de que iban a abrir grandes avenidas, ampliaciones. Calles de 40 metros. ¿Para qué? Para el aeropuerto de Texcoco. Y a nosotros no nos iban a dar nada”.

—Nos costó tiempo, lágrimas, falta de sueño.

La lucha de Georgina empezó con una manta que ella misma hizo y que colocaron en el kiosco del pueblo un domingo con el fin de que la gente que iba a misa la viera. *Sepan autoridades ejidales, o respetan la pequeña propiedad como estaba o a ustedes y al pueblo se lo lleva la chingada.* “Hicimos unas mantas, así inicio realmente el movimiento”. Ella, Georgina Martínez Revueltas, fue líder junto con Alfredo Martínez y Carmen Hinojosa. Carmen era quien sostenía la lucha en términos económicos.

—En realidad, éramos pocas, la mayoría mujeres, porque los 100 ejidatarios apoyaban la expropiación y sus familias también. No éramos ni 60 pero así tomamos Los Pinos. Ahí un policía pateó a una de nosotras, a María Luisa Martínez.

Aparecieron en la televisión, en periódicos. El 14 de enero de 2004 el *Uno más uno* publicó una noticia con el título *Bloquean Accesos a Juzgados Federales de Nezahualcóyotl*, mientras que *La jornada* publicó *Mil propietarios se oponen a desalojo en Totolcingo*. *La Jornada* daría seguimiento a la noticia, el 14 de febrero del mismo año apareció otra nota titulada *Habitantes de Acolman acusan a Corett de buscar adueñarse de un pueblo*, en dónde hacen especial mención de las pruebas presentadas por Georgina y su grupo, como testimonios, escrituras del virreinato y hasta planos cartográficos que dejaban claro que el pueblo no estaba dividido en parcelas.

—Llegamos hasta Derechos Humanos. Nos unimos a Atenco.

Porque el pueblo de Atenco había comenzado una serie de movilizaciones desde 2001 en favor de sus tierras y contra la construcción del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Y también fueron llamados locos y revoltosos.

El pueblo entero empezó a enterarse del problema. Corett era una palabra cada vez más común entre los rumores de la gente. Hubo días de preocupación y ansiedad por no conocer exactamente

los alcances de la situación. Algunas personas decidieron acercarse a Corett y realizar los trámites necesarios por el miedo de saberse no dueños de lo que habían construido. Aparecían volantes en las mañanas, con declaraciones sobre los ejidatarios o sobre Jesús Miranda Espadas, que parecía ser el principal responsable de lo que ya nombraban “la venta del pueblo”. Describían a Miranda Espadas y a sus allegados como “ratas”.

Otros tantos acusaban a René Martínez, el hombre más rico del pueblo y del municipio como casi todo el pueblo lo refiere, de ser el principal responsable de todo. Era esa época en la que René Martínez echaba cohetes al por mayor el día de su cumpleaños. “Porque dices que eres el dueño del pueblo y te quieres creer rey echándote cuetes. Quieres creerte como el patrón del pueblo para ponerte en el altar”, dice uno de los volantes que guarda Georgina. De los terrenos que no incluía la expropiación la mayoría eran los de Martínez.

Esos volantes y rumores no eran solamente resultado del movimiento de Georgina, sino que para entonces ya habían surgido otros grupos con suposiciones distintas sobre el origen del asunto, incluso dentro del gremio ejidal. Los ejidatarios estaban divididos, en algún volante, redactado probablemente por algunos de ellos, invitaban a Georgina y su grupo a unirse para luchar por el pueblo. El pueblo se llenó de mantas y bardas pintadas con mensajes como: *¡la tierra no se vende!* Hubo periodistas de distintos medios que acudían a documentar la situación. No había mucha esperanza, toda visión del futuro estaba repleta de imágenes de despojo, arrasarían con el pueblo para transformarlo, no quedaría piedra sobre piedra.

La situación, además de todo era peligrosa, Georgina y su grupo habían sido amenazados de muerte. Para ese momento ya habían tomado la explanada del zócalo, carreteras; Brozo y Canal 13 habían ido al pueblo a reportear el asunto. Y Georgina nunca tuvo miedo. Les dijeron en Toluca que los iban a matar, porque había muchos intereses de por medio, principalmente la construcción del aeropuerto. María del Carmen Hinojosa estuvo a punto de perder a su familia. A uno de sus hijos lo secuestraron y le pidieron cinco millones. Y eso le sirvió para gritar más fuerte.

Georgina, nombre cuyo significado está relacionado con la tierra. La que nunca pensó vivir en Totolcingo porque no le gustaba a pesar de ser el pueblo de sus ancestros, los que tuvieron rancho con peones, machero, troje, tinacal y pozo. Uno de sus balcones, algunos cuartos y un arco aún perduran en la avenida principal, antes de la iglesia, convertidos ahora en estética y tienda. Entre las historias de su familia se cuenta la de una abuela que compró hectáreas de tierra para darle a

cada una de sus hijas, en una época donde las mujeres no merecían herencia, su nombre era Clara Rodríguez. Una mujer con rancho que tenía tienda de raya y ventas de pulque que ella misma manejaba. Su abuelo, Juan Martínez Arias, reconocido en los archivos ejidales como uno de los terratenientes más poderosos en los primeros años del siglo XX en el pueblo.

También suma a sus recuerdos las hazañas de un tío aviador, Felipe Cristóbal, nacido en Totolcingo el 10 de julio de 1907, como está anotado en el diario de Juan Martínez que conserva la familia de Georgina. Cristóbal pertenecía al ejército y en la zona que ahora se conoce como El Fresno llevaba amistades del rancho de La Grande y de otros ranchos y haciendas para celebrar bailes amenizados con marimba y orquesta. Mesa enmantelada, comida, bebida, frutas, dulces. En tiempo de la guerra llegaba con una avioneta que aterrizaba desde la calle Francisco Sarabia para entregar comestibles a sus padres. Una avioneta amarilla que irrumpía aquel silencio de cristal, abriendo el aire para aterrizar en ese paisaje agreste.

No le gustaba el pueblo, a pesar de todo eso, pero llegó para defenderlo. Chaparrita y bravucona, siempre metida en líos porque no soporta las injusticias. “Todo el tiempo estás metida en problemas, otra vez saliste en la televisión”, eran las frases de sus hijos al regañarla, “te van a matar, mamá”. El miedo vivía en ellos, no en Georgina, conocedora de los separos municipales. Cuando joven había sido metida tras las rejas con hijo en brazos y al lado de dos cadáveres que la saludaban mostrándole sus dientes desde la raíz porque tenían desfigurado el rostro. No cualquier cosa podía asustarla. Era la más consciente de la situación, de que no tenían nada, de que en cualquier momento podía llegar un desalojo.

Más de dos años. Dos amparos contra el decreto presidencial perdidos. Una demanda de los ejidatarios contra Georgina y su grupo por difamación de honor. Muchas mesas de negociación, a nivel ayuntamiento, a nivel federal, por todos lados. Dos abogados, uno de oficio y otro pagado por ellos. Varias visitas de peritos de la PGR. Cita tras cita en los juzgados civiles. El único triunfo que recuerda Georgina es una voz sin nombre de alguna autoridad judicial que un día pronunció contra Bueno Salas, el representante de Corett: “señor, en Totolcingo sí hay propiedad privada”. Pero ese recuerdo se contraponen con voces de indiferencia: “sus escrituras sirven para el bote de la basura, ustedes no tienen nada”, “yo defiendiendo grandes extensiones, no sus casuchas, porque para mí sus casuchas no valen nada”.

Y claro que lloraron ese 14 de enero de 2004, día en que perdieron el segundo amparo. Y claro que las pocas fuerzas que les quedaban aquella vez las utilizaron para gritarle al juez que era un corrupto y un vendido. Y claro que el presidente municipal y todas las autoridades sabían que Totolcingo no era territorio irregular, ni un manajo de parcelas mal puestas, sino pueblo fundado desde hacía muchos años. Y claro que el problema iba mucho más allá de las personas que consideraron enemigos públicos en ese momento.

“Seguimos con la duda” dice Georgina, el misterio nunca fue resuelto, hasta el sol de hoy nadie sabe cómo se configuró aquel intento de despojo y quienes fueron los principales responsables. Ella sigue siendo el referente de aquella lucha contra las autoridades, aunque ella misma no sabe si su movimiento sirvió para algo o simplemente las tierras del pueblo dejaron de convenir a los intereses de “los de arriba”. Sin embargo, aún ahora, 21 de marzo de 2022, día en que están inaugurando el aeropuerto en Santa Lucía, cuando la idea del proyecto en Texcoco es prácticamente nula, ella sigue teniendo un mal presentimiento.

Los misterios no sólo se guardan en las ficciones, sino también en baúles y carpetas como los que conserva Georgina. Un ambiente surreal inunda los recuerdos de aquellos días. Entre los papeles, periódicos, fotografías, volantes, que Georgina guarda, ordenados en folders de colores, prácticamente identificados en un inventario que ella atesora en su cabeza, se cuelan los expedientes antiguos donde los indios de Totolcingo reclaman al virrey de la Nueva España las tierras que por derecho les correspondían.

Un día Guadalupe Meneces llegó con aquellos documentos en las manos, servirían para demostrar la antigüedad del pueblo. Había conservado todo ese tiempo esos manuscritos originales que nadie supo cómo llegaron a él. Entonces leyeron los nombres de Juan de la Cruz, de Juan Valeriano, de Nicolas Sebastián, de las demás personas del Totolcingo de 1714; de los arrieros que declararon en favor del pueblo. Totolcingo no era más que un barrio de gañanes necios que querían obtener un pedazo de tierra según las declaraciones de los poderosos.

Durante unos segundos cayeron en cuenta de algo, nunca habían sido más conscientes del pueblo que en ese momento. Como si el tiempo estuviera dando vueltas, se levantó en la imaginación un remolino formado por todo el polvo que recubre la historia de Totolcingo. En ese remolino giraban la pila bautismal, la iglesia, los padres agustinos que se habían mudado al pueblo cuando Acolman

estaba inundado, las encomiendas pagadas a Juan Andrade Moctezuma, las misas que no tenían con qué saldarse. La historia les estaba poniendo en frente un instante que parecía repetirse.

Totolcingo volvía a ser negado como pueblo, nuevamente lo único que podía germinar era la mala suerte de su tierra, marcada por el cuchillo ardiente de la canícula. Y sin embargo no tuvieron tiempo para emocionarse por esa coincidencia, que por más ingrata que fuera también era una maravilla de la memoria de ese territorio ignorado.

LA SAL

El principio de la vida es blanco, como el origen; vacío, como camposanto joven esperando su primer muerto. Blanco como la sal que siempre nos llama. La orilla del lago era salada, por eso las tierras eran infecundas, como las mulas que relinchaban para anunciar que la Revolución estaba perdida. Lo único bueno venía de la sal sobre el agua: los patos, los charales, los tulares, la lluvia de pescados. Pero no de la sal sobre la tierra. Tierras yermas, ganadas en pleito, negadas, malditas. La historia de esas tierras es una devastación, tierras que cuando miran atrás se convierten en instante de sal.

REFLEXIÓN FINAL

Quiero comenzar diciendo que después de contar el pasado del pueblo de San Miguel Totolcingo aprendí que en el periodismo la historia no debe tomarse como una sucesión de hechos y fechas, mucho menos como una fosa cerrada a la que de vez en cuando podemos asomarnos. En la tarea periodística la historia es algo vivo, un fenómeno que afecta de diversas maneras, en todo momento, la realidad del lugar y las personas que estamos estudiando.

Jorge Miguel Rodríguez Rodríguez construye en *Como un cuento. Como una novela. Como la vida misma...* la premisa de que el objetivo que comparten el periodismo y la literatura tiene que ver con un interés por captar la vida en movimiento. En este caso habría que decir la historia en movimiento. Drama, en su sentido más originario es imitación de las acciones del hombre, esta consigna permea en toda la literatura, desde Homero hasta Kurosawa. La crónica es uno de esos lugares en los cuales se puede construir un drama en el que historia es el personaje principal y el escenario está hecho de tiempo

Al inicio de este trabajo el principal obstáculo para encontrar un estilo y tratamiento periodístico del tema fue tomar la historia como algo concluido, pasado. En cambio, visualizarla como un elemento móvil, permitió tener la capacidad de ejecutar los parámetros más importantes de la crónica, muchos de los cuales pertenecen a la literatura, aquellos que permiten crear una fusión entre la información y la emoción situando a diferentes protagonistas en un determinado contexto y tiempo, un tiempo no necesariamente cronológico o preciso.

Eso dio paso a tener conciencia de que la historia no puede ser una obviedad, mucho menos una sucesión de hechos generales. En principio era sencillo plantear la historia de ese pueblo a partir de la historia general de México, desde la etapa precolombina hasta el reparto agrario. Sin embargo, no existían ahí factores de interés periodístico. Fue necesario visualizar la historia como algo ligado al presente y al futuro, a lo cotidiano, a la vida vivida por esas personas en otras épocas y la relación de éstas con el medio natural en el que se desenvuelven; algo muy cercano a lo que Luis González y González nombró microhistoria. Así fue más sencillo desarrollar escenarios en los que el corte periodístico de la información estuviera activo. Entonces pude encontrar elementos latentes a los cuales realmente importaba poner atención porque construyen la realidad, e incluso el imaginario colectivo, de ese pueblo en particular.

El capítulo uno tenía por objetivo mostrar el origen del pueblo a través de la reconstrucción de documentos antiguos. Fue necesario visualizar casi todo ese periodo desde la perspectiva actual. Como en un juego literario, la historia echa un vistazo al presente. Cuando los primeros habitantes de San Miguel Totolcingo cuentan la problemática de la tierra se asoma la idea de ser pueblo algún día, hoy es pueblo; o cuando se cuenta la situación de la iglesia que en el pasado fue humilde, se asoma la imagen de la iglesia actual recubierta de oro.

En el segundo capítulo sucede lo contrario, el presente voltea a ver a la historia. La observación directa fue la principal herramienta para poder lograrlo. Observar implicó no solamente ver, sino escuchar, poner atención a todos esos elementos de la actualidad del pueblo en los que sin duda se asomaba el pasado. El objetivo del capítulo era mostrar el desarrollo de San Miguel Totolcingo. En ese desarrollo, paradójicamente, encontramos un ejido sin tierras, una era sin granos ni trilladoras y un proceso de abandono del pasado.

En el tercer capítulo el objetivo era recuperar memorias, historias particulares, con ayuda de la entrevista. Todos los relatos están contados desde el pasado, se trata de historias particulares, pero sobre las cuales atraviesa algún aspecto general de la historia del pueblo: como la llegada del teléfono y la televisión, las armadas de patos en la laguna o los circos que visitaban aquel territorio. En ese caso, el trabajo con las fuentes definió completamente los alcances del contenido. Tratar situaciones un tanto íntimas, en las que estaba de por medio la reconstrucción del lenguaje y sobre todo la perspectiva particular que tenían esas personas de su historia nos acercó a algo muy cercano a la nostalgia.

El tratamiento general de la información apela a lo que menciona Martín Caparrós en sus estudios sobre la crónica, en los cuales hace hincapié en la mirada del periodista. En el capítulo uno fue necesario mirar el pasado desde el presente, mientras en el dos hubo necesidad de buscar en el presente las huellas del pasado. El capítulo tres significó reportear la memoria mucho tiempo después, el ejercicio que hizo cada entrevistado fue recordarse a sí mismo en ese lugar.

Quiero agregar que la realización de este trabajo implicó, de forma implícita, independientemente de lograr recrear la historia de San Miguel Totolcingo a través de los tres objetivos particulares que ya mencionamos, comenzar a buscar una voz propia, un estilo, elemento que también es inherente a la crónica.

Alguna vez, durante el ejercicio de escritura del proyecto, leí un texto de Leila Guerriero titulado *El negocio del miedo*. Ella dice que las buenas crónicas, esas que son mucho más que un adjetivo, que una coma bien puesta, que una buena metáfora; están escritas con una voz propia que se alimenta de una zona en la que confluyen los libros leídos, las películas vistas, las borracheras, los viajes, los amores vividos. Eso fue para mí una provocación, me permitió reconocer que solamente de esa forma podría contar a mi manera un tema que prácticamente podría ser contado mil formas más. Ese es también el poder de la crónica, con el cual rebasa el mero objetivo de dar solamente una información. Al mismo tiempo es un reto para cualquier egresado de la carrera de ciencias de la comunicación, ya que el estilo se nutre no solamente de los saberes académicos, hay que vivir para encontrarlo, nada de lo que nos rodea es ajeno a la construcción de ese estilo. Por mi parte, quiero seguir construyéndolo.

Finalmente, la crónica como simulacro - puesta en escena, según los fundamentos teóricos utilizados en este trabajo, permitió juntar el pasado con el presente, hacerlos convivir para crear unidades de sentido e ideas, muchas de las cuales no existían antes de comenzar la realización del proyecto. Ese género del periodismo narrativo se convirtió en el espacio en el que puede confluir la información con el tono legendario de los ancestros, la fantasía de las creencias populares, las ilusiones de otras épocas. En síntesis, todo ello, sumado a la búsqueda de una voz propia, me dio la posibilidad de conectar los datos con todo lo que no se puede cuantificar: las emociones, el anhelo, la consagración de un destino (como relato trágico), pequeñas partes de la condición humana.

FUENTES

Bibliografía

- Alvarado Tezozómoc, Fernando, *Crónica Mexicana*. Barcelona: Red Ediciones, 2017 [libro electrónico].
- Bando Municipal de Acolman*, México: Gobierno del Estado de México, 2020.
- Bravo Guerrero, Sandra Cynthia, *Mesones y ventas en la Nueva España. Arquitectura de hospedaje. Caso de Estudio: venta siglo XVIII, Camino Real Tierra Adentro, Jilotepec, Estado de México*, México: UNAM, Facultad de Arquitectura, 2006 (tesis de Maestría en Arquitectura).
- Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, México: Alfaguara, 2002.
- Caparrós, Martín, *La Crónica*, Buenos Aires: Planeta, 2016.
- Carrasco, Pedro, *Estructura político territorial del imperio tenochca, La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Castellanos, José Alfredo, *Empeño por una expectativa agraria: experiencia ejidal en el municipio de Acolman (1915-1940)*, México: Universidad Autónoma de Chapingo, 1998.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, José F. Ramírez (int.), 2 vols., México: Imprenta de José M. Andrade, 1867.
- Eisenstein, Sergei, “El reparto de la acción”, en *Principios de dirección escénica*, Edgar Ceballos (ed. y notas), México: Gobierno del Estado de Hidalgo, 2013, pp. 129-148 (Colección Escenología).
- Gaceta del gobierno de México*, México: Diario del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, 1865, (vol. 10).
- Gamio Manuel *La Población del Valle de Teotihuacán*, México: Instituto Nacional Indigenista, 1922, (vol. 2).
- Garibay, Ricardo, *Cómo se pasa la vida...*, México: UNAM, 1979.
- Gerhard, Peter, *Geografía Histórica de la Nueva España 1519-1821*, Stella Mastrangelo (trad.), México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986 (Espacio y Tiempo, 1).
- González Aparicio, Luis, *Plano Reconstructivo de la Región de Tenochtitlan*, México: SEP, INAH, 1973.

- González Peñalosa, Mireya, *Catálogo del Fondo Documental de la Hacienda de San José Acolman y sus anexas (1680-1840)*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996 (tesis de licenciatura en Historia).
- Censo de Población y vivienda de la República Mexicana*, México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 1930, (vol. 2).
- Juárez González, Araceli, *Acolman: Monografía municipal*, México: Gobierno del Estado de México, 1999.
- López Sarrelangue, Delfina Esmeralda, *Una villa mexicana en el siglo XVIII Nuestra Señora de Guadalupe*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Miguel Ángel Porrúa 2005.
- [Martínez A., José], *Imagen de nuestra señora de San Juan de los Lagos, que se venera, en la parroquia de la Col. Buenos Aires en México, D.F.*, [s. l.], [s. e.], [s. f.].
- Martínez, Rodrigo, “El estilo es un simulacro. La crónica o el discurso periodístico como puesta en escena”, en *Géneros periodísticos: reflexiones sobre el discurso*, María Susana González Reyna (ed.), México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2012, pp. 35-54.
- Matrícula de Tributos*, Nuevos estudios, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1991.
- Molina, Alonso de, *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*, México: 1910 [libro electrónico].
- Pérez-Rocha, Emma, *Privilegios en lucha. La información de doña Isabel de Moctezuma*, México: INAH, 1998.
- “Relación de Tequizistlán”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI*, René Acuña (ed.), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1986, vol. 2, pp. 240-244 (Etnohistoria; Antropológica, 65).
- Sánchez Valdés María Teresa y María de Guadalupe, Suárez Castro, *La venta de Totolcingo, anexa a la hacienda jesuita de San José Acolman*, México, INAH, Dirección de Etnohistoria. En producción editorial.
- Relaciones Geográficas del Arzobispado de México*, 1743, Francisco de Solano (ed.), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, 1988

Rodríguez, Jorge Miguel, *Como un cuento. Como una novela. Como la vida misma*. España: 451 ediciones, 2012.

Villoro, Juan, *Safari accidental*. México: Joaquín Mortiz, 2005.

Humboldt, Alexander, *Ensayo político sobre la Nueva España*, Paris: casa de Jules Renouard, 1827 [libro electrónico].

Documentación de Archivo

AGN, Indiferente Virreinal Historia, [s. f]. Itinerario de lugares para comer y dormir. Se mencionan sitios tales como Totolcingo, San Juan, Apan, etcétera, caja 5968, exp. 129, 1 f.

AGN, Indiferente Virreinal, 1810, Declaración que debe hacer José Álvarez, arrendatario de la venta de Totolcingo, sobre varios extranjeros que han transitado por allí a Veracruz, caja 6100, exp. 66, 7 f.

AGN, Indiferente Virreinal, 1804, Noticia de los reos que salían en cuerda para Veracruz desde la capital hacia siete leguas hasta Totolzingo de su acampar en el campo y del miedo que no los fueran a asaltar, caja 933, exp. 2, 3 f.

AGN, Indiferente Virreinal, 1812, Correspondencia dirigida al Virrey enviada por el Administrador General de Aduanas, Mateo del Castillo, manifestando no haberse introducido pulque en la Capital por que los insurgentes interceptaron los caminos de Totolcingo, caja 6547, exp. 2, 9 f.

AGN, Operaciones de Guerra, 1812, Sobre el orden que se dio al Real Colegio de San Gregorio como dueño que era de la arboleda de Totolcingo para que la talara ya que estorbaba el camino Real, vol. 793, exp. 8, fs. 97-102.

AGN, Operaciones de Guerra, 1815, Oficio informando sobre la escolta dada a un coche con destino a México, en el que viajaba el Cura del Pueblo de Totolcingo Juan Somera, y dos curas apóstatas que según Somera, estaban bajo las órdenes de Serrano y espinosa, pero ignoro si fueron sus capellanes, vol. 970, exp. 7, 13 f.

AGN, Operaciones de Guerra, 1810, Informe de José Antonio Andrade sobre la entrada que hará a la Capital junto con la caballada y la cuarta compañía de Actopan, vol. 712, exp. 24, 66 f.

AGN, Operaciones de Guerra, 1815, Acción contra rebeldes en la arboleda de Totolcingo y detalles de preparativos para acción contrainsurgente, vol. 281, exp. 4. 11 f.

- AGN, Operaciones de Guerra, 1812, Expediciones en venta de Totolcingo y Carpio para recuperación de fruta y semillas, vol. 982, exp. 1, fs. 16–18.
- AGN, Padrones, 1791, Pueblo de Totolzingo, vol. 18, 329 f.
- AGN, Tierras, 1774-1831, Extracto primero de los títulos de las Haciendas de Oculman, Californias, Tepespam, Ystapam y Molinos de Californias y Nesquipayac, con la Venta de Totolzingo, vol. 3513, exp. 1.
- AGN, Tierras, 1759, Los naturales del pueblo de Totolcingo contra el Colegio de San Gregorio por posesión de tierras, vol. 1626, exp. 4, 24 fs.
- AGN, Tierras, 1765, Tadeo Ramírez, mestizo, tributario de Totolcingo, contra Blas de Olvera y de más naturales del dicho pueblo, vol. 2605, exp. 9, 84 f.
- AGN, Tierras, 1715, Totolcingo, San Miguel, Juan de la Cruz, Juan Ignacio, Juan Valeriano y demás consortes, autoridades del pueblo de San Miguel Totolcingo, por los naturales del mismo, de la jurisdicción de San Juan Teotihuacan, contra Jerónimo Carranza, dueño de la hacienda de Ozumbilla, por el deslinde de tierras pertenecientes a la propia hacienda, caja 1010, vol. 2425, exp. 6, 24 f.
- AGN, Real Audiencia, 1701, México; sentencia que declara libre a María de Jesús mulata y a sus hijos, y no esclava de Juan Velázquez, en Totolzingo, jurisdicción de San Juan Teotihuacan, caja 1615, [s. v.], [s. e.], 1 f.
- BNAH, Jesuitas, Primera serie de papeles sueltos, 1752, Memoria de gastos de la venta de Totolcingo del 1 de febrero al 15 de mayo, firmada por Antonio Herdoñana, caja 4, leg. 6, exp. 3, doc. 130, 2 f.
- BNAH, Jesuitas, Primera serie de papeles sueltos, 1751-1752, Memoria de gastos en la obra de la venta de Totolcingo, con expresión de sueldos y materiales. Entregada por Blas de Olvera a Antonio de Herdoñana, caja 4, leg. 6, exp. 3, doc. 131-132, 4 f.
- Archivos particulares, [Autos contra la Hacienda de Tepexpan], 1715–1759, manuscrito en copia, original propiedad de la familia Meneces en San Miguel Totolcingo, 39 F.
- Archivos particulares, [Diario de Juan Martínez Arias], 1871-1921, Manuscrito en fotografías a color, original propiedad de la familia Martínez en San Miguel Totolcingo, 12 f.
- Archivos particulares, [Documentos referentes al cerro de Tlahuilco], 1962-1977, Documentos originales bajo resguardo del Comisionado Ejidal de San Miguel Totolcingo, 149 f.

Archivos particulares, [Movimiento en contra del decreto expropiatorio por más de 58 hectáreas de terrenos de San Miguel Totolcingo], 2002-2004, Originales propiedad de Georgina Martínez Revueltas, 100 f.

Entrevistas

Alejandra Martínez Salazar, San Miguel Totolcingo, 05 de marzo de 2022, entrevistada por el autor.

Alicia Arredondo Monje, San Miguel Totolcingo, 02 de octubre de 2021 y 21 de mayo de 2022 entrevistada por el autor.

Carmen Arredondo Monje, San Miguel Totolcingo, 09 de febrero de 2022, entrevistada por el autor.

Cecilia Hernández, San Miguel Totolcingo, 02 de abril de 2022, entrevistada por el autor.

Georgina Martínez Revueltas, San Miguel Totolcingo, 05 de marzo de 2022, 02 de abril de 2022, entrevistada por el autor.

Gloria Arredondo Monje, San Miguel Totolcingo, 19 de febrero de 2022, entrevistada por el autor.

Guadalupe García Miranda, San Miguel Totolcingo, 29 de enero de 2022, entrevistado por el autor.

Mariano Redonda Martínez, San Miguel Totolcingo, 26 de julio de 2022, entrevistado por el autor.

Modesta Arredondo Monje, San Miguel Totolcingo, 19 de febrero de 2022, entrevistada por el autor.

Pedro Miranda Silva, San Miguel Totolcingo, 04 de junio de 2022, entrevistado por el autor.

Rodolfo Miranda Sánchez, San Miguel Totolcingo, 30 de enero de 2022, entrevistado por el autor.

Teresa Elizalde, San Miguel Totolcingo, 04 de abril de 2022, entrevistada por el autor.

Comunicación personal

Angelica García Laureles, San Miguel Totolcingo, 11 de junio de 2022.

Benito Miranda Sánchez, San Miguel Totolcingo, junio 2017.

Gloria Chávez, Colonia Buenos Aires, Alcaldía Cuauhtémoc, CDMX 03 de julio de 2022.

Julio César Trejo Pérez, Colonia Buenos Aires, Alcaldía Cuauhtémoc, CDMX 03 de julio de 2022.

Miguel Mendoza Sánchez, Colonia Buenos Aires, Alcaldía Cuauhtémoc, CDMX, 03 de julio de 2022.

Martha Morales Álvarez (QEPD), San Miguel Totolcingo, febrero 2017,

Juventina Ramírez (QEPD), San Miguel Totolcingo, febrero 2017.

Enrique Fuentes Castilla (QEPD), director de la Antigua Librería Madero, 02 de septiembre de 2020.

Hemerografía

Ramón, Rene y Silvia Chávez, “Mil propietarios se oponen a desalojo en Totolcingo”, en *La Jornada*, diario, 14 de enero de 2004, No. 6961.

González, Miguel Ángel, “Bloquean Accesos a Juzgados Federales de Nezahualcóyotl”, en *Uno más uno*, diario, 4 de enero de 2004.

[s.a.], “Habitantes de Acolman acusan a Corett de buscar adueñarse de un *pueblo*”, en *La Jornada*, diario, 14 de febrero de 2004, No. 6992.

Carabaña, Carlos, “Minas del NAIM operaron ilegalmente”, en *El universal*, 23 de septiembre de 2019, <https://interactivo.eluniversal.com.mx/2019/minas-ilegales-naim/sociales.html>.

Recursos electrónicos

Anales Mexicanos México-Azcapotzalco, José Fernando Ramírez, (<https://mna.inah.gob.mx/docs/anales/143.pdf>), consultado el 22 de septiembre de 2021.

Códice Mendoza, <https://codicemendoza.inah.gob.mx/index.php?lang=spanish>, consultado el 10 de julio de 2017.

“Colonia San Miguel Totolcingo, Acolman, en Estado de México”, en MarketDataMéxico, <https://www.marketdatamexico.com/es/article/Colonia-San-Miguel-Totolcingo-Acolman-Estado-Mexico>, consultado el 27 de junio de 2022.

“Decreto por el que se expropia por causa de utilidad pública una superficie de 58-31-85.60 hectáreas de temporal de uso común, de terrenos del ejido San Miguel Totolcingo, Municipio de Acolman, Edo. de Méx. (Reg.- 0949)”, en *Diario Oficial de la Federación*, https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4953810&fecha=13/09/1999&print=true, consultado el 07 de marzo de 2022.

Entrevista con Leila Guerriero, *En primera persona*, <https://www.podiumpodcast.com/en-primera-persona/temporada-1/la-cronica-con-leila-guerriero-e01/>. Consultado el 01 de septiembre de 2021.

“Martínez y Villegas S.A. de C.V.”, Directorio del Sector Minero, Secretaría de Economía, <http://www.desi.economia.gob.mx/empresas/empresas3.asp?Clave=1125>, consultado el 18 de junio de 2022.

Representación del M. I. Ayuntamiento de Guadalajara al Exmo. Sr. Presidente relativa al restablecimiento de la compañía de Jesús, <https://books.google.com.mx/books?id=3g2pZvwzZNEC&pg=RA30PA2&dq=es+una+notoria+equivocaci%C3%B3n+que+el+capitan+echeverria&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwihovnu8sf5AhUkDkQIHXR6CU0QuwV6BAGHEAc#v=onepage&q&f=false>, consultado el 29 de septiembre de 2021.

“San Miguel Totolcingo”, en *Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles*, https://catalogonacionalmhi.inah.gob.mx/consulta_publica/detalle/33288, consultado el 23 de mayo de 2022.